



**Administración, Comercio, Artes, Ciencias, Industria, Literatura, etc.**—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.—Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.—En el extranjero 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar 12 pesos fuertes con derecho á prima.

La correspondencia se dirigirá á D. EDUARDO ASQUERINO.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París, con los señores LABORDE Y COMPAÑIA, rue de Bondy, 42.

Se suscribe en Madrid: Librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero, Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.—Anuncios en España: 2 rs. línea.—Comunicados: 20 rs. en adelante por cada línea.—Redacción y Administración, Madrid, calle de Florida-Blanca, núm. 3.—Los anuncios se justifican en letra de 6 puntos y sobre cinco columnas. Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y tres columnas.

**DIRECTOR Y FUNDADOR, D. EDUARDO ASQUERINO.**—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Ríos, Alarcón, Albistur, ALCALÁ GALLIANO, Arias Miranda, Arce, Aribau, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Bachiller y Morales, Balaguer, BARALT, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, CALVO ASENSIO, Calvo Martín, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Costanzo, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Cárdenas, Casaval, Dacarrete, DURÁN, D. Benjumea, Eguilaz, Elias, ESCALANTE, ESCOSITA, ESTEBANEZ CALDERON, Estrella, Fernandez Guesta, Ferrer del Río, Fernandez y G., Figuerola, Flores, Forteza, Srta. García Balmaseda, Sres. García Gutiérrez, Gayangos, Gener, Gonzalez Bravo, Graells, Güell y Renté, Harzenbusch, Janer, JIMENEZ SERRANO, LA FUENTE, Llorente, Lopez García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Lecumberri, Madoz, Madrazo, Montesino, Mañé y Flaquer, Matos, MORA, Molins (Marqués de), MUÑOZ DEL MONTE, Medina (Tristán), Ochoa, Olaverria, Olózaga, Olozabal, Palacio, PASTOR DIAZ, Pasaron y Lastra, Perez Calvo, Pezuela (Marqués de la), Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Ríos y Rosas, Retortillo, RIVAS (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Sagarminaga, Sanchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Trucha, Varela, Vega, Valera, Viedma, Vera (Francisco Gonzalez).—PORTUGUESES.—Sres. Biester, Broderode, Bulhao, Pato, Castilho, César, Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pirés, Magalhães, Cotinho, Mendes Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirín, Rebello da Silva, Rodrigues Sampayo, Silva Tulio, Serpa Imental, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Alberdi Alemparte, Balerezo, Barros, Arana, Bello, Calcedo, CORPANCHO, Fombona, Gana, Gonzalez, Lasterria, Lorette, Matta, Varela, Vicuña Mackenna.

## SUMARIO.

Revista general, por D. E. M.—Abolición y sustitución de las quintas, por D. E. R. Q.—Maquinaciones inútiles, por D. G. Calvo Asensio.—Adelante! [por D. P. Argüelles.—Dos justicias, por D. J. A. y E.—Suelto.—Antecedentes para juzgar la política de Don Alfonso X (continuación), por D. Ramon Pasarón y Lastra.—El Pensamiento y el matrimonio civil, por D. J. A. y Eguilaz.—Biografía de Lamartine. (Traducción de D. Francisco Molins).—Vida antigua y vida moderna, por D. Joaquín Rodríguez Gallinar.—Suelto.—La señorita de la Quintinie (continuación), novela de Jorge Sand, traducida por D. José de Lasa.—Anuncios.

LA AMÉRICA.  
MADRID 13 DE MARZO DE 1869.

## REVISTA GENERAL.

Si por el estado actual de la política de Europa se hubiera de juzgar lo que ha de suceder mas tarde, sin duda alguna que los indicios inclinan á pensar que el año de 1869 será tan pacífico como lo ha sido su predecesor.

Pero ó mucho nos engañamos ó no sucederá así. De otro modo sería absurdo é incomprensible que las naciones del continente sostuvieran esos inmensos ejércitos que consumen la riqueza y aniquilan las fuerzas de los pueblos.

La paz armada es cien veces mas asoladora y terrible que la guerra. La guerra es una tempestad. La paz armada es una calma chicha.

La primera espanta, pero dominada, se respira con tranquilidad. La segunda aniquila y no se puede dominar.

La guerra parece por hoy muy lejana; mas, sin embargo, la paz sigue armada por lo que pudiera suceder.

Al comenzar la primavera, las naciones quizá den á conocer mas claramente sus deseos; Francia podrá llevar sus ejércitos á las orillas del Rin; las auras templadas deshalarán las aguas del Báltico y del Neva, y las escuadras rusas y alemanas podrán llegar hasta el canal de la Mancha, y entonces, ¿quién puede predecir lo que acontecerá?

Narremos, entretanto, los pocos sucesos políticos que han pasado en Europa en estos últimos días.

Las discusiones en el Cuerpo legislativo sobre el contrato celebrado por la ciudad de París y el *Crédit foncier*, han terminado.

Después de los brillantes discursos de los diputados de la oposición, se creyó que podría echarse abajo el proyecto y que la mayoría no sería tan dócil que, habiéndose puesto de relieve todos los defectos que tiene y todas las inmoralidades que se han cometido, le votara faltando á los buenos principios de equidad y de justicia, pero el temor de dar un voto de censura al gobierno y de disgustar al emperador, han hecho á los diputados desoír los gritos de su conciencia.

El proyecto ha sido aprobado por 192 votos contra 41.

La moralidad no ha salido muy bien librada, pero el prefecto del Sena tendrá muchos millones de francos que invertir en el embellecimiento de París, y el municipio se encontrará un día con una deuda imposible de pagar.

Según los últimos cálculos, la deuda de la ciudad de París pasa de dos mil millones de francos; es decir, mas que la que tienen la mayor parte de las naciones de segundo orden.

El Sr. Emilio Olivier, el célebre republicano que tanto combatió en un principio la política imperial, pero que desde hace algun tiempo ha ido doblegándose á los halagos del César francés, va á ser encargado, según se dice en París, de la dirección del *Constitucional*, órgano oficioso del imperio, en remplazo del señor Brauchillare.

El discurso que el rey de Prusia ha pronunciado en la apertura del Reichstag es pacífico, y las palabras del rey Guillermo vienen á dar cierta tranquilidad á la agitada Europa y á esperar que la guerra pueda conjurarse á lo menos por ahora.

En una comida que ha dado el ministro de los Estados-Unidos en Berlín, Mr. de Bismark ha brindado por el general Grant, nuevo presidente de aquella gran República, y Mr. de Bancroft ha contestado con otro brindis á Prusia, á la Confederación de la Alemania del Norte, y á su conservación y consolidación.

Estas simpatías y estrecha amistad que vienen demostrándose los Estados-Unidos y las potencias del Norte de Europa es lo que, sin duda alguna, pone en mayor cuidado á las naciones que son sus rivales.

Los católicos prusianos, tan intolerantes como los españoles, firman exposiciones pidiendo que las escuelas tengan un carácter exclusivamente religioso y sean católicas ó protestantes. La municipalidad de Posen ha convertido las escuelas de ambas religiones en escuelas mixtas é irreligiosas, y este hecho ha

ocasionado enérgicas reclamaciones del arzobispo de aquella ciudad, cuyas reclamaciones se dice serán apoyadas por el ministro de Cultos.

Según los periódicos prusianos, el señor Wolauski, camarero del Papa, ha sido recibido por el rey Guillermo, con el que ha celebrado una larga conferencia. Se da mucha importancia á esta entrevista y se espera que el gobierno de Pio IX acceda á mandar un nuncio apostólico á la capital de Prusia.

La *Agencia Germánica* publica un parte de Frankfurt, en el que dice que 2.000 jóvenes de familias ricas se han hecho naturalizar en Suiza para no verse forzados á servir en la armada prusiana.

Esto demuestra que la Alemania del Norte tiene todavía mucho que trabajar para llegar á una verdadera unificación.

En contra de estos hechos de algunas poblaciones de la Alemania del Norte, vemos otros en la Alemania del Sur que son muy significativos, y que tienden á estrechar mas y mas la armonía y buenas relaciones que comienzan á existir entre ambos países.

La cesantía de Mr. Usedom, embajador de Prusia en Florencia, se atribuye á la falta de habilidad de este diplomático, que no ha sabido contrarrestar la alianza que se cree ya segura en los círculos políticos de Francia, Austria é Italia.

Mr. de Lagueronniere, embajador de Francia en Bélgica, ha estado estos últimos días en París á conferenciar con el emperador y ha vuelto á Bruselas llevando el encargo de decir al gobierno belga que su obstinación en negarse á la aprobación del convenio relativo á la venta del camino de hierro del Gran Luxemburgo á una compañía francesa, obligará al gobierno francés á tomar medidas graves en sus relaciones aduaneras y quizás en retirar su representante en Bruselas.

Se desmiente, sin embargo, por algunos diarios franceses la noticia de la existencia de notas diplomáticas entre los gobiernos de Francia y Bélgica sobre el incidente de la ley de ferro-carriles.

Por ahora, todo parece que ha entrado en buen camino y que no habrá lugar á disgustos por esa cuestión.

Hace algunos días que apenas se reciben nuevas de alguna importancia de Austria; esta nación parece que se halla adormida y que de nada le sirven los esfuerzos que hace su ilustrado ministro baron de Beust, para sacarla de su postración y decaimiento.

La segunda lectura del *bill* sobre la Iglesia de Irlanda se hará uno de estos días en la Cámara de los Comunes de Inglaterra. El día que Gladstone propuso la adopción del *bill*, pronunció un magnífico discurso que fué calorosamente aplaudido.

La discusión de la segunda lectura promete ser sumamente animada, y según dan á entender los periódicos ingleses, Disraeli y todo el partido *tory* piensa refirir la batalla de una manera enérgica, llamando en su auxilio todas las fuerzas y recursos de que disponen para combatir al ministerio y desaprobar si pueden el *bill*; pero la cuestión está ya casi prejuzgada y las Cámaras sancionarán el deseo de la opinión pública.

Las noticias que llegan de Atenas son sumamente satisfactorias; las Cámaras se abrirán dentro de poco, y el rey, después de su apertura, hará un viaje por Europa, visitando las principales capitales.

En este viaje el rey consultará y se pondrá de acuerdo con los soberanos más poderosos del continente, y según se espera, dicho viaje producirá buenos resultados para el reino helénico.

Turquía ha vuelto á entrar en buenas relaciones con Grecia, y según nos anuncia el telégrafo, Photiades, bey, marchará de embajador de Constantinopla á Atenas y Maurocordato, prefecto de Corfú, de Grecia á Turquía.

Pero Turquía, que acaba de disipar de un modo milagroso la tempestad que la amenazaba por Europa, ve levantarse por Oriente una nueva que quizá le sea más peligrosa.

El Shah de Persia ha mandado una nota terrible al gran Visir de la Sublime Puerta, que hace recordar los tiempos en que el enviado de Atala le decía al emperador de Constantinopla: *Me manda mi señor y tu amo que le tengas preparado un palacio.*

Y como los persas han humillado muchas veces el orgullo otomano, temen que un nuevo Tamerlan prepare una nueva jaula á los descendientes de Bayaceto.

La enemistad de los turcos y de los persas ha sido siempre profunda, y la explicación sencilla de esto es que los dos pueblos profesan la religión de Mahoma, pero los turcos siguen la secta de Omár y los persas la de Alí, de modo que, considerándose cada uno de ellos los verdaderos ortodoxos, tienen al contrario por hereje y se odian de una manera implacable.

El imperio del Asia Menor es su continua disputa, y Turquía, obligada á sostener por Occidente la civilización de Europa que la empuja hácia el Asia, y á luchar en Oriente con las viejas tradiciones, no le queda más recurso que, ó regenerarse ó perecer.

Está llamando poderosamente la atención en los círculos políticos extranjeros la extremada amabilidad y benevolencia con que se miran de poco tiempo á esta parte los gobiernos de Austria é Italia.

Las relaciones entre estos dos países, que por espacio de tantos siglos han sido los más crueles adversarios, comienzan á entrar en un período de verdadera amistad, tanto más sorprendente cuanto que aun no se han cerrado las heridas de sus disgustos pasados.

En honor de la verdad, este cambio tan radical, es debido á la iniciativa de Austria, ó por mejor decir, del hábil político baron de Beust, que conviniendo que ya el poder alemán ha cesado para siempre de dominar en Italia, quiere estrechar con esta nación vínculos de intereses materiales y políticos que hagan olvidar sus antiguas enemistades.

Y los soberanos de ambos países, secundando tan buen deseo, tratan de visitarse y mostrar de este modo que la alianza entre las dos naciones es un hecho consumado.

Con este motivo, Mr. Della-Roca, ayudante de campo del rey Víctor Manuel, ha sido encargado de ir á Trieste para saludar al emperador de Austria. Y á su vez el Sr. Mensdorff irá á Florencia para preparar una entrevista entre el emperador Francisco José y Víctor Manuel.

El conde de Bismark mirará con ojos de enemistad y disgusto esta entrevista; pero la diplomacia austriaca tiene hoy más influencia en el gabinete de Florencia que la prusiana.

Tal vez siguiendo los impulsos de esta influencia, no gane tanto como con la prusiana; pero el temor de disgustar también á Francia, ha obligado al gobierno de Víctor Manuel á inclinarse á la política austro-francesa.

En los círculos políticos de Lisboa sigue creyéndose como inevitable una crisis ministerial y la retirada del ministerio Sa-da-Vandeira.

Hay, sin embargo, quien asegura allí que la crisis será parcial y que solo quedarán en el ministerio los señores Alves Marturs, Colpeiros y Latino. La cartera de la Guerra parece que ha sido ofrecida al Sr. Amaral.

Se desmienten las noticias que habían corrido estos últimos días de la enfermedad y muerte del Papa y la suspensión del Concilio ecuménico. En Roma se siguen haciendo grandes preparativos para esta solemnidad.

No reina, según se asegura en estos momentos, la mejor inteligencia entre las cortes de Rusia y Prusia.

La causa es la pretensión que tiene esta última de apoderarse del canal marítimo del Eider, y hacerse dueña por este medio de las obras del mar Báltico; pero las dos poderosas cortes del Norte conocen sus intereses, y aunque se enfaden no refirirán.

Esta pequeña disidencia entre los dos colosales de allende del Rhin, habrá quizá motivado que la guerra en Europa se haya contenido.

El general Grant, nuevo presidente de los Estados Unidos, ha dado al tomar posesión de tan alto puesto una alocución, diciendo la marcha que se propone se-

guir durante el tiempo que le desempeñe. La alocución es digna del jefe de tan gran país.

La política de España sigue su marcha tranquila y majestuosa y reconstituido el ministerio de la misma manera que se encontraba á la apertura de las Cortes Constituyentes, estas han comenzado sus discusiones, demostrando á la Europa, que las contempla con asombro, que se pueden hacer radicales revoluciones sin desórdenes ni anarquía.

El orden más completo y la tranquilidad más admirable reina en toda España; el desarrollo de la riqueza comienza á tomar nueva vida, y con la confianza que renace y la libertad que se consolida, llegará este país, en otro tiempo abandonado, á ocupar el lugar á que es acreedor en la civilización y progreso humano.

E. M.

Con el fin de oír todas las opiniones sobre la gravísima materia de la abolición de las quintas, pero sin participar por completo de ninguna de ellas, damos cabida al siguiente artículo que se nos ha remitido:

#### ABOLICION Y SUSTITUCION DE LAS QUINTAS.

«Con la revolución de Setiembre recobró y proclamó la nación su soberanía, la ha ejercido con el sufragio universal y la practican las Cortes Constituyentes.

Proclamada la soberanía nacional quedaron abolidas las quintas: el derecho natural emanado de Dios es sagrado, inviolable é ilegible, y, por consiguiente, no hay potestad en lo humano ante la razón, la justicia y la conciencia para obligar al hombre á prestar forzosamente el servicio de soldado, bajo los preceptos bárbaros é inhumanos comprendidos en las ordenanzas militares.

La razón y la civilización proclaman la abolición de la pena de muerte y la abolición de la esclavitud, y sin duda hay mayores razones para abolir las quintas: hay más: la revolución de Setiembre abolió las quintas á la vez que dijo: *Abajo los Borbones!*; los diputados constituyentes traen la misión de sancionar todas las libertades proclamadas, y saben bien que, los pueblos todos, unánimemente, prefieren la de quintas á todas las demás, por ser la calamidad más cruel que han conocido; y no permitirán que los padres y familias vuelvan á derramar lágrimas por la quinta, antes bien, querrán imprimir en su memoria que, con la revolución de Setiembre y la caída de los Borbones fueron abolidas las quintas; y todos rechazarán con decisión la restauración borbónica, temiendo, con razón, que serán con ella restablecidas las quintas: la misión de los diputados en esta parte es: 1.º sancionar la abolición de las quintas ó acordar que se someta al sufragio universal; no tienen atribuciones para votar la continuación, abolidas por sus poderantes antes de ser elegidos por los mismos; y 2.º, supuesta lógicamente la sanción de abolición, proveer á la necesidad de sustituirlas por otros sistemas y medios más justos, equitativos y morales que partan de la libre voluntad del individuo, consecuencia legítima de la soberanía nacional proclamada.

Pero al llegar aquí, pareceme oír á los egoístas aludidos, y á muchos que no lo son, porque no han pensado en las injusticias notorias de aquel bárbaro sistema criticar y decir: ¿cómo es posible reemplazar el ejército solo por suscripciones y enganches voluntarios?... Contestación: ajustándolos bajo condiciones convencionales, como se practica con la Guardia civil: sobre todo *justicia*. Fuera abusos: que será más costoso, ¿quién puede dudarlo? Sin embargo, no tanto como la Guardia civil, si se estudian y adoptan muchos medios aplicables al objeto: también hemos gritado: ¡Viva España con honra! pues bien; aunque cueste más, mantengamos un ejército de soldados voluntarios; amen de que un voluntario vale por dos ó más forzosos, el soldado forzado, arrancado de los brazos de sus padres y familia, desde que entra en caja hasta que toma la licencia, tiene sobre sí la pena de muerte por las ordenanzas, sin que le baste cumplir bien con sus deberes.

Nada hay más natural que desear el país la reducción del ejército para reducir las contribuciones á la vez que las miserias y deudas públicas; pero no bastan deseos, y fuera grande imprudencia suprimir el que tenemos en las circunstancias críticas que nos encontramos; ningún verdadero liberal lo aconsejará, estoy seguro: acaba de caer el árbol podrido, bajo el cual se cobijaban los conocidos obstáculos tradicionales, mancomunados al calor del falso cuanto hipócrita derecho divino, y es probable intenten recobrar sus goces: debemos vivir apercebidos para exterminarlos donde quiera se revelen, amen de otras eventualidades y complicaciones que pueden surgir de nuestro estado constituyente: si tenemos la suerte de arribar á época normal, tranquila, sancionadas las libertades proclamadas, ya en estado constituido, será de los primeros en pedir razonadamente la reducción del ejército, si quiera no pueda ser en absoluto mientras en las grandes potencias veamos organizarse ejércitos á porfía como en vísperas de batirse: ¡admirable sinrazón al lado de la civilización del siglo XIX! Repito, con este motivo, lo que dije en el artículo que publicó *El Universal* del 4 de Diciembre último: á la prensa toca pedir diaria y constantemente en todos los países, que el

gran Congreso de la paz se constituya y dirima todas las cuestiones internacionales, disolviéndose los ejércitos causantes de las miserias que arrastra la humanidad.

Ahora bien: sustitución de las quintas; á grandes rasgos indiqué, en el citado artículo publicado en *El Universal* del 4 de Diciembre, varios medios convenientemente aceptables, á mi modo de ver: de conformidad hoy los amalgamo con el decreto del Gobierno publicado en la *Gaceta* del 1.º de este mes, mejor dicho, con los artículos 2.º y 3.º; los condensé y terminé el pensamiento con la proposición de una cantidad módica á cargo de los agraciados, en beneficio del Tesoro.

Explicación: 1.º La organización de la Milicia ciudadana, será forzosa desde 17 á 50 años, y voluntaria en adelante en todas las capitales, cabezas de partido y pueblos grandes; será voluntaria en los demás pueblos que lo pidan y se ha de conceder á juicio de las diputaciones provinciales; pero sin separarse del decreto orgánico respecto á servicios y fatigas; resultando así, que se reconozca al ciudadano el derecho de estar armado, á la vez que presta un servicio voluntario en interés común: 2.º Que se establezcan suscripciones ó banderas de enganche y reenganche en todas las capitales, cabezas de partido y cuerpos del ejército, donde estarán de manifiesto las condiciones convencionales bien explícitas, no solo en poder de las autoridades encargadas, si también al público en forma de edictos, que deberán publicar los *Boletines oficiales* con frecuencia: 3.º Servirán de condiciones convencionales respecto á haberes, pluses y premios los artículos 2.º y 3.º del decreto del Gobierno publicado en la *Gaceta* del día 1.º de este mes de Marzo, destinado al mismo objeto, en los cuales se expresarán también gradualmente los premios correspondientes á los años de servicio, cuyo estudio, emanado del conocimiento práctico del Consejo de reedcciones, debe merecer la aprobación de las Cortes: 4.º Serán invitados á enganches y reenganches todos los soldados que se hallan sirviendo, los que hayan servido, mas los solteros y viudos sin hijos desde la edad de diez y siete á cuarenta años: 5.º No se exigirá talla, solo sí robustez y actitud física á juicio de las autoridades, previas instrucciones del Gobierno, teniendo en cuenta la mayor ó menor necesidad, y la mayor ó menor concurrencia de pretendientes: 6.º Se consignarán en una ley todas las plazas de entrada á empleos civiles del Estado dotadas hasta la cantidad de 5.000 rs. y serán reservadas á los soldados, cabos y sargentos que cumplan bien, por lo menos ocho años de servicio, prefiriendo los que más años sirvan, siempre que sepan leer, escribir y contar, etc., (extinguéndose los abusos de proveerlos en favoritos sin ningún mérito.) y 7.º La aplicación de levas ó corrección de la vagancia, ayudará al mejor resultado de los enganches si se publica una ley especial al efecto.

Con tales ó parecidas condiciones, considero seguro el remplazo del ejército, cualquiera que sea el número de soldados que se necesitan anualmente, hoy no sujeto á cálculo, por las razones y circunstancias expresadas.

Estimo excesivos los pluses y premios señalados en el art. 3.º del citado decreto, si se acuerda por ley la condición 6.º, por razones que están al alcance vulgar, la cual, sirviendo de grande estímulo á los pretendientes, producirá grandes economías al Tesoro nacional.

Pero es una verdad que el Gobierno se encuentra en circunstancias extraordinarias, sin recursos metálicos con que subvenir á las apremiantes obligaciones como las de Cuba, y seguramente crecerán mucho, si las quintas son abolidas, pues bien: los mozos que por la ley deben sufrir la suerte en el sorteo próximo, reciben una grandísima gracia si la quinta es abolida, como creo, entretanto que los soldados de las últimas quintas continuarán hasta cumplir, de cuyo hecho resultará desigualdad notable y falta de equidad: para promediar en parte la desigualdad, ¿no sería oportuno, y hasta cierto punto justo, que aquellos mozos que están obligados á sufrir la suerte contribuyan por una vez con una cantidad módica, ayudando y remunerando al Tesoro por la diferencia ó aumento de gastos que sufrirá pagando soldados voluntarios en vez de quintos? En tal concepto, ¿no sería aceptable y aun equitativa ante el principio de igualdad en las contribuciones ordinarias que todos los sorteables que no tengan excepción conocida paguen una quinta parte de la que por contribución tienen señalada sus padres, tutores, etc., en el año corriente? Por ejemplo, los que deben pagar 100 rs. de contribución anual, pagarán 20 extraordinarios; los que deben contribuir con 500 rs., pagarán 100, y por este orden gradual pagarán 2.000 los que deben satisfacer 10.000 de contribución; quedarán agraciados por completo los que por ser pobres no pagan contribución.

Por último, fácil es al señor ministro de la Guerra saber cuántos de los soldados hoy en servicio aceptan el aludido artículo 3.º, ó sea los pluses y premios que se ofrecen á los que se quieren reenganchar, y será muy conveniente saber el número cuanto antes, para saber las bajas que resultarán al licenciar los que cumplan este año; pero, en mi opinión, cualquiera que sea el número, no estimo prudente sacarlos de la quinta, después de ser proclamada la abolición á la vez que la soberanía nacional.

Descubrimiento: *La Epoca* encuentra justísimas las

quintas: ¡Y aun habrá quién dude del liberalismo de *La Epoca!*»

Madrid 10 de Marzo de 1869.

El coronel retirado,

E. R. Q.

### MAQUINACIONES INUTILES.

Antes de la apertura de las Cortes, los reaccionarios de todas clases pusieron todo su conato en que acto tan solemne y tan ansiado por todos los buenos liberales, como principio de una era de verdadera prosperidad para nuestra patria, no pudiera verificarse; y fomentando aquí la desunion, allí haciendo de continuo llamamiento á las pasiones mas bastardas, ora inventando los mas monstruosos absurdos y las mas extravagantes noticias, ora calumniando á la revolucion y aterrando, mejor pretendiendo aterrar, á los asustadizos en demasia, trataron de explotar un soñado estado de perturbacion incesante en provecho de sus quiméricas tentativas de restauraciones imposibles. Todo inútil; ni el fanatismo, ni la demagogia, hábilmente puestas á contribucion por tan vulgares políticos, labraron en el ánimo sereno de los que, firmes en sus convicciones, fijos los ojos en el ideal político á que aspiran, no solo no temen los obstáculos que á su paso se opongan, sino antes bien, sienten alegría en sus corazones al removerlos y apartarlos de su camino, mostrando, con la facilidad de la victoria, el inmenso poder que en sí tiene la revolucion que hoy se opera en nuestra patria. Las Cortes se han abierto, los cálculos de los reaccionarios han salido fallidos: la historia consignará en sus páginas ese nuevo mentis que los hechos han arrojado á los enemigos irreconciliables del actual orden de cosas.

Pero esta nueva derrota no les ha desanimado; por cuantos medios estén en su mano esos cortesanos del absolutismo, procurarán asestar traidores golpes á la noble causa de la libertad y del progreso, que no oponerse resuelta y denodadamente, frente á frente, con la visera alzada y partido del sol, en franca é igual lucha, á su definitivo triunfo. Ellos, seguirán comprando alborotadores de oficio para organizar motines; ellos, seguirán derramando la calumnia, y manchando con sus acusaciones infundadas, cuanto lleve el sello de la revolucion; ellos, seguirán excitando aviesas pasiones para lograr encender la guerra civil, con el infame intento de levantar un trono, sobre cimientos amasados con sangre y lágrimas, y cuando tentados una y otra vez todos esos medios, la mas vergonzosa de las derrotas sea una y otra vez, el justo premio de sus esfuerzos, siempre encontrarán el cómodo y añejo recurso de imputar sus deslealtades y sus crímenes, á los que con noble arrojo y levantado patriotismo, castigaron unos y otros.

Poco puede importar su arrogancia y su teson; las Cortes Constituyentes están abiertas; en ellas ha depositado el pueblo el tesoro de sus libertades, y seguros estamos todos, que con su sabiduría y su prudencia sabrán vencer todas las dificultades, salvar todos los escollos, y con firme mano, una vez construido el magnífico edificio, á cuya obra han sido llamadas, izar en su frontis la bandera que lleva escrito el lema de la soberanía, y que supo levantar de entre el lodo el valor admirable de los exforzados adalides del progreso.

Maquinen, conspiren, forjen á cual mas desatinados planes, viertan á torrentes el oro, derrame lágrimas la Borbon y amenace el Terso, vayan y vengán emisarios, ridiculicéense los actos del Gobierno, sáquense á plaza sin motivo ni excusa los altos destinos de una religion, y defiéndanse sus intereses, nunca tan bien garantidos como lo están hoy, y mejor aun, como lo estarán una vez libertada de la incomprendible tiranía que el Estado sobre ella ha ejercido, declarándola independiente, que todos esos esfuerzos y esas cábalas se estrellarán ante la firme voluntad del pueblo español, penetrado ya de su alta misión y decidido enérgica y resueltamente á ser libre.

Ya lo habeis visto, reaccionarios de todos matices. Esas Cortes soberanas han dado ya muestra de su valer en sus primeras y solemnes discusiones. Fiábais en que el espíritu de partido, en que la ciega ambición, en que las ilegítimas pasiones del momento podían influir en el ánimo de los representantes de la nacion, hasta el punto de hacerles desconocer sus deberes y entrar en animosas y mezquinas luchas de personas, tan propias para producir graves conflictos y dolorosos escándalos, y ya lo habeis visto; los republicanos han defendido sus principios y solo en ellos han basado sus argumentaciones; y en vez de entregarse á los excesos de una demagogia, de que solo vosotros sois capaces, han abierto anchos horizontes á la idea, sin descender ni un momento del cielo de la inteligencia, ni dejar caer de sus manos el cetro del pensamiento y de las convicciones en el fango de las bajas arterias políticas, hijas de la calumnia y de la envidia. Vuestros cálculos han salido fallidos. Los partidarios de la revolucion son de ella dignos: las alusiones personales, las rivalidades de partido, y no de escuela, las escenas escandalosas á que conduce el pugilato de los odios y las enemistades, son solo propias de aquellos Congresos de familia, en los que solo se discutian la consecuencia, el patriotismo y hasta el talento y el honor de los hombres políticos, sin tomar

para nada en cuenta las nobles aspiraciones, los principios fundamentales, los dogmas y creencias de cada partido.

Sois impotentes para pelear con las armas en la mano, porque vuestras desacreditadas teorías son miradas por la mayoría del pueblo con soberano desprecio, y no podreis allegar número respetable de adeptos que la sostengan en el día de la lucha: sois impotentes en la esfera de la ciencia, porque vuestros sofismas ridículos han sido victoriosamente refutados, y los misterios terribles y que tanto asustaban la conciencia de los ignorantes y en que fundábais vuestro poder, ya no ponen miedo al corazón, porque los rayos del sol los han disipado á la manera que ahuyentan las sombras de la noche; sois impotentes en el Parlamento, porque aunque lo pretendais, vuestras maquinaciones no tendrán resultado y nuestros representantes sabrán evitar toda sospecha de odio ó encono á las personas, por mas que le profesen grande y justificado á los absurdos y monstruosidades de vuestra escuela; y á semejanza de los antiguos romanos, llenos de la firmeza de la convicción, se sacrificarán por la patria y recibirán en sus cursales sillas, impasibles á los nuevos galos, si osan entrar en el Capitolio con la espada de la traicion en sus manos liberticidas; sois impotentes en todos terrenos, en todas las esferas; y si fuérais capaces de algo grande, ya que no imiteis á Catón abriéndolos las venas al derrumbarse el pasado, á cuya sombra vivais, os retirariais envueltos en el sudario de vuestros errores y preocupaciones al último rincón de nuestra España, contemplando con envidiosos ojos su ventura y esperando la última hora de nuestra existencia, que está señalando el dedo de Dios en el cuadrante del tiempo.

Pero no lo hareis; conspirareis, perturbareis, tratareis de sacrificar de nuevo á vuestras ambiciones esa patria querida, á la que tanto habeis oprimido, y cuando os convenzais de vuestra nulidad y querais disculparos ante la posteridad, su maldición será la que responda á vuestros débiles y odiados acentos, y la que selle la lápida de vuestra tumba.

G. CALVO ASENSIO.

### ADELANTE.

La revolucion de Setiembre mas que ninguna otra ha merecido el nombre de gloriosa.

Hemos arrancado de raíz y arrojado del estadio de la política todos, absolutamente todos los elementos reaccionarios.

El cambio ha sido tan radical como completo, y con asombro de los grandes políticos, por avezados que estuvieran á juzgar de las sacudidas y de las evoluciones de los pueblos que han vivido largo tiempo bajo un régimen opresor y afrentoso, nosotros hemos sabido hermanar la decision y la energia en el ataque, con la prudencia y el respeto debido, despues de la victoria, á todas las opiniones y á todos los intereses creados.

Por eso el movimiento nacional iniciado en Cádiz y llevado á sus últimas consecuencias con la constitucion del Poder Ejecutivo, producto de la soberanía de la nacion, no tiene en contra de sí ningun hecho censurable, y por eso nuestra revolucion vendrá á ser en su día apreciada por la historia con la justicia que merece, y presentada como un acto grandioso, digno de un gran pueblo, modelo de cordura, codicioso de las conquistas de la civilizacion y lleno de virtudes y de patriotismo.

Aquí ha cumplido cada cual con su deber. Los partidos liberales confundidos en una misma aspiracion despues de destruir un orden de cosas repugnante, á fuerza de haberse identificado y revestido con todos los caracteres del vicio, se disponian á levantar el edificio de nuestras libertades, elaborando una ley fundamental que cerrara para siempre las puertas del poder á la tiranía, á las ambiciones ilegítimas, á las ingerencias de todas clases y á las trasgresiones de cualquier entidad social ó política, aunque su puesto en el orden gerárquico fuese el mas alto y el mas respetable de todos.

Así viviamos en perfecta armonía, atentos solamente á desviar del camino que habiamos de recorrer cualquier género de escollos y de obstáculos, estrechando en lo posible los lazos ya muy poderosos que unen á los partidos liberales, borrando antiguas denominaciones, y rivalizando á porfia unos y otros y todos en abnegacion, en desprendimiento personal y político y procurar en el bien de la patria y el afianzamiento de nuestras libertades conquistadas á fuerza de tantos sacrificios.

Aquí habia cumplido cada cual con su deber, lo repetimos poseídos de un legítimo orgullo. Esa minoría republicana habiadado un altísimo ejemplo de sensatez, una verdadera prueba de amor patrio, manifestando á la faz del país la satisfaccion con que habia oído el discurso del duque de la Torre, en los momentos supremos de ser investido con el encargo de formar ministerio; ejemplo único en nuestros fastos parlamentarios, que nosotros saludamos y acogimos como un señalado progreso en nuestras costumbres políticas y como prueba irrecusable de que marchamos á constituirnos rápidamente para consolidar las conquistas de la revolucion.

Ninguna intransigencia, ni personalidad, ni suceso desagradable habia venido á perturbar esta perfec-

ta armonía, mortificante en sumo grado para nuestros enemigos y sorprendente para los extraños, cuando algunos periódicos, prescindiendo de todo género de consideraciones y con ocasion del discurso pronunciado por el señor ministro de Fomento, dirigieron á este y al Sr. Sagasta ataques tan injustos, y de género tal, como nunca los vimos en publicaciones liberales.

Pero nosotros, que no queremos contribuir en manera alguna á la desunion de las huestes revolucionarias, ni favorecer en nada la causa de la reaccion, y menos con los arrebatos inconscientes de que han dado prueba esas publicaciones, ni siquiera vamos á ocuparnos en calificar ó comentar aquellos artículos.

De ellos protestamos oportunamente con toda la energia de que somos capaces: ahora procuraremos hacer la luz, desvanecer las alarmas y reponer las cosas en su verdadero punto de vista, para que ocupe cada cual el puesto que le corresponda y desaparezcan todo género de desconfianzas.

Lanzado el ataque cundió la alarma entre los elementos de origen progresista. Las Cortes, en uso de sus facultades, habian en aquellos dias encomendado al general Serrano la formacion del ministerio llamado á sustituir al Gobierno Provisional.

La ocasion se prestaba mucho á los comentarios y á todo género de recelos y temores. ¿Cómo no ver una segunda intencion en aquellos artículos? ¿Quién no habria de considerarlos producto de un plan preconcebido, quizás el medio de descartarse de elementos que formaron parte del Gobierno Provisional, ó acaso el primer acto de exclusivismo de cualquiera de los grupos que constituyen la mayoría?

De la excitacion producida resultaron multitud de versiones; se aumentó la desconfianza; los círculos y periódicos progresistas publicamos enérgicas protestas, y todo parecia indicar que habia llegado el momento de la disolucion y de la ruina de nuestra propia obra, apenas iniciada, ó mejor dicho, apenas asentados sus cimientos.

Pero las Cortes Constituyentes habian sabido elegir la persona encargada de formar el primer ministerio nacido del sufragio universal despues de nuestra gloriosa revolucion, y este quedó constituido con los mismos elementos de que estuvo compuesto el Gobierno Provisional. Acto digno de un verdadero repúblico, que nunca será bien ponderado, ni nunca tampoco bien agradecido.

Este hecho, por sí solo, con las circunstancias que le precedieron, bastó para que la calma se restableciera, y los espíritus mas suspicaces se tranquilizaran; pero no estará de sobra que nosotros declaremos plenamente autorizados para ello que de las ideas, juicios y apreciaciones de todos géneros insertas en los diarios á que venimos refiriéndonos, son sus redactores los únicos responsables, y que ni las amistades personales de estos, ni sus afinidades debe tenerse en cuenta para atribuir en la ocasion presente determinado carácter á sus escritos. Esta misma declaracion la hicieron ya esos periódicos, y como á nosotros nos consta la certeza de sus afirmaciones, las corroboramos en los términos precisos que dejamos consignados.

Cumplido este deber, solo nos resta decir á los partidos liberales: «Fuera las extravagancias, las genialidades y las excitaciones de la malicia.

La patria lo espera todo de nuestra tolerancia, de nuestra respectiva abnegacion.»

¡ADELANTE!

P. ARGUELLES.

### DOS JUSTICIAS.

Hay en el mundo dos clases de justicia; la justicia estricta adherida á la forma mas que al fondo, apegada á la letra legal, y que tiene por santas todas las fuentes de derecho escrito, sin inquirir su mayor ó menor legitimidad y la justicia verdadera, la equidad que busca lo sustancialmente bueno, y rompe con las prácticas y las tradiciones, saltando por cima del derecho escrito para buscar el derecho natural.

Generalmente, cuando las sociedades siguen exclusivamente el sistema de la justicia estricta; cuando dan por legítimos todos los fundamentos del orden legal existente, sean cuales fueren; cuando aceptan, en fin, la legalidad del momento sin cuidarse de su origen; cuando todo esto sucede, repetimos, el instinto popular concluye por comprender que se camina al suicidio, á la muerte, y entonces derriba de un golpe el orden de cosas que le oprime y anula los derechos que siendo tales con respecto al tenor estricto de la legalidad actual no lo son, sin embargo, en el fondo porque reposan sobre bases ilegítimas.

Si todos los llamados derechos que han existido en el mundo se hubieran respetado, el mundo hubiera muerto por atonía, por paralización, por desecamiento. En todas las grandes ocasiones ha sido preciso saltar por cima de ellos, atropellarlos, anularlos para dar aire, vida y movimiento á las naciones que ya no podían respirar, que agonizaban, que se estancaban en el sueño de la tumba.

Solo á costa de continuas ilegalidades se ha podido progresar. Pero entiéndase bien que, si esas ilegalidades lo eran con relacion al texto de las disposiciones existentes, en realidad no merecian tal nombre, puesto que al desconocer ciertos derechos adqui-

ridos lo hacian porque su adquisicion se habia fundado en un órden social, irregular, abusivo, anticuado y ya sustituido por otro mas perfecto.

¡Respeto á los derechos adquiridos! dicen siempre los que saben en su conciencia cómo los adquirieron; pero que saben tambien que sus títulos externos están ajustados y formalizados. Pero justamente las revoluciones nacen y se verifican en el mundo para hacer, en virtud de la convicción moral lo que con arreglo á la justicia minuciosa y estricta no podria hacerse. Para las épocas normales queda el atenerse á la letra del derecho y á sus pruebas materiales: para las revoluciones se reserva el obrar contra esas pruebas y contra ese llamado derecho, en virtud del convencimiento moral de que las unas y el otro son ilegítimos en su esencia. Las épocas normales son como el juez que se fija exclusivamente en lo que resulta de los autos por una parte y en el texto legal por la otra, aunque moralmente sepa que lo que resulta de los autos es falso y aunque considere el texto legal injusto.

La revolucion es como el hombre libre y sin trabas que, ateniéndose á su evidencia personal por un lado, y á las simples reglas de derecho natural grabadas en su corazón por el otro, aplica la justicia prescindiendo de todas las fórmulas consagradas.

Ahora bien: todas estas consideraciones deben tener presentes en las Cortes los representantes del país para no esclavizarse en nimiedades y para fundar el nuevo órden social y político con arreglo á la equidad que está mas alta que las minuciosidades legales. Al tratar de hacer economías radicales, al mejorar, al abolir, al establecer, acuérdense sin cesar de que, con el respeto á todos los derechos que han existido, aun gemirian los pueblos bajo infinitas y terribles cadenas. La revolucion es la justicia excepcional que salta por cima de la ordinaria para que la civilizacion no se detenga.

J. A. y E.

La escuadra de Tokugawa se ha apoderado el 6 de Diciembre último de Hakodate. Las operaciones iban dirigidas casi en su totalidad por oficiales europeos. La resistencia ha sido débil y la pérdida insignificante por una y otra parte. Los sitiadores han puesto el mayor esmero en evitar los actos de crueldad por parte de la poblacion, y que se molestara en lo mas mínimo á los extranjeros. Los comandantes han dado á conocer su intencion de apoderarse y confiscar todos los buques extranjeros que trasporten tropas, provisiones ó cualquiera contrabando de guerra.

La Gaceta del Japon afirma, que Shonai, Nambu y todos los Daimios del Norte se han sometido á la autoridad del Mikado.

El gobierno ha informado á los comandantes de las fuerzas navales extranjeras, que la paz ha sido restaurada y que las tropas del Sur van efectuando la retirada á sus casas.

Los buques de guerra Venus de la marina francesa, y Satellite de la armada inglesa, han salido para Hakodate con el fin de proteger á sus nacionales caso de renovarse las hostilidades. El vapor de guerra inglés Argus, tambien saldrá pronto para el mismo puerto.

Se dice que el gobierno japonés ha recibido una intimacion de las autoridades rusas, significándole que su tratado ha sido celebrado con el Taicoun, como soberano del Japon; que nunca han oido que el Mikado tuviera poder de celebrar tratados, y que ellas consideraban su tratado con el Taicoun como el único válido y con fuerza de ley. Es considerable la ansiedad que se ha apoderado del gobierno en vista de esta determinacion de Rusia; se dice que Stotsbashi ha recibido órden de marchar inmediatamente hácia el Norte para avistarse con las autoridades rusas y zanjar el asunto con ellas.

La junta de comercio de Yokohama ha celebrado una reunion para discutir el proyecto del gobierno japonés sobre establecimiento de papel-moneda.

Con inmensa satisfaccion manifestamos á nuestros lectores que el ayuntamiento de Barcelona ha decretado por fin el matrimonio civil, despues de detenidas discusiones. Sirva este ejemplo, unido al de las muchas poblaciones de menor importancia que tambien le han dado, para generalizar por todas partes esa importantísima mejora, esencialmente liberal, que hasta por el Austria ha sido ya adoptada, merced á la iniciativa de su salvador y regenerador el conde de Beust.

Hé aquí ahora el texto de las disposiciones acordadas:

1.º Que los que deseen contraer matrimonio deberán dirigir al alcalde primero una solicitud suscrita por ambos contrayentes, legalizadas sus firmas por un notario.

2.º Que acompañen con dicha solicitud un documento fehaciente que justifique la edad, la cédula de vecindad y un certificado librado por el alcalde del barrio y por dos vecinos del de los contrayentes como testigos, en que se acredite su estado civil y se exprese si se hallan ó no sujetos á la patria potestad ó á la curatela.

3.º Si se hallan sujetos á la patria potestad ó á la curatela deberán acompañar un documento que justifique el consentimiento del padre ó del curador, á tenor de lo prescrito para estos casos en la legislación vigente.

4.º Si alguno ó ambos de los contratantes fuese ó fuesen menores de edad segun las leyes civiles y estén libres de la patria potestad, pero carezcan de parientes inmediatos que acre-

diten el consentimiento, se acompañará un certificado del alcalde de la poblacion en que estuviesen domiciliados en los dos últimos años, justificando el estado civil y demás requisitos referidos.

5.º Se publicarán los correspondientes anuncios en los periódicos de la capital fijándose otro en la puerta de las Casas consistoriales, señalando el plazo de tres dias para las reclamaciones de derecho.

6.º Si uno ó ambos no se hallasen con dos años de anterioridad domiciliados en esta capital se expedirán edictos á los respectivos alcaldes de su procedencia, señalando el plazo de diez dias para toda reclamacion.

7.º Llenados todos estos requisitos pasará el expediente al síndico para que en vista de sus resultantes conceda ó niegue la licencia para casarse.

8.º Obtenida la licencia los contrayentes se presentarán ante el alcalde popular, acompañados de dos testigos, y de los que hubiesen firmado el certificado ó en su defecto dos de los parientes mas próximos, de los que hubiesen dado el consentimiento y del secretario.

9.º El acto se celebrará en la alcaldía popular y con el ceremonial siguiente: «Revestido el alcalde con los atributos de su autoridad, teniendo á su derecha el secretario, á su izquierda los parientes de los contratantes y demás personas que hubiesen intervenido en la tramitacion del expediente, en frente los futuros cónyuges y á ambos lados los testigos, les leerá la licencia y preguntará á cada uno si quiere ser cónyuge del otro, y contestando afirmativamente, preguntará al varón si dá su palabra de honor de portarse bien y fielmente como buen marido, hará igual pregunta á la mujer, les leerá íntegro el párrafo 1.º del artículo 395 del Código penal y pronunciará las palabras siguientes:

«En nombre de la ley representada por mi autoridad popular autorizo públicamente y doy por celebrado el matrimonio contratado entre D. N. y doña N.» quedando fundada legítimamente nueva familia y formalizado el estado civil que acabais de adquirir por consentimiento mútuo expreso. Para el estricto cumplimiento de los nuevos deberes que acabais de imponeros con esta union é indisoluble lazo, hago un llamamiento solemne á vuestra dignidad é invoco la autoridad de todo lo mas caro, venerable y santo.»

10. Se extenderá inmediatamente el acta firmada por los contrayentes, el alcalde, el secretario, los testigos y demás.

11. Se librarán del acta cuantos testimonios se pidan, y podrán los contrayentes hacerla protocolizar por el notario del ayuntamiento ú otro de esta capital.»

El señor ministro de la Guerra, autorizado por los artículos 4.º, 13 y 22 de la ley de redencion y enganches del servicio militar de 29 de Noviembre de 1859, modificada por la ley de 26 de Enero de 1864 y 24 de Junio de 1867 ha decretado lo siguiente:

«Artículo 1.º Todos los mozos que desde la quinta inmediata en adelante sean declarados soldados, y deseen redimir su suerte á metálico dentro del término que la ley de reemplazo concede, podrán verificarlo mediante la entrega de 6.000 reales con las mismas formalidades que hoy están prevenidas. Los que pertenezcan á otras quintas anteriores deberán entregar la cantidad que en aquella época estaba señalada para redimirse.

Art. 2.º Los individuos de tropa de los diferentes cuerpos del ejército, Guardia civil é infantería de Marina que se redimen á metálico por concesion especial del Gobierno, deberán entregar por cada año ó fraccion de año que les falte que servir la cantidad de 900 rs.

Art. 3.º Los enganches y reenganches sucesivos en los cuerpos de la Península y Ultramar darán derecho á los premios y pluses que corresponda á los años de compromiso en la forma siguiente:

PREMIOS.			
Ejército de la Península.			
	Primer plazo.	Ultimo plazo.	TOTAL.
1 año. . . . .	200	300	500
2. . . . .	300	700	1.000
3. . . . .	400	1.300	1.700
4. . . . .	500	1.900	2.400
5. . . . .	600	2.600	3.200
6. . . . .	700	3.300	4.000
7. . . . .	800	4.200	5.000
8. . . . .	900	5.100	6.000

Ejército de Ultramar.			
	Primer plazo.	Ultimo plazo.	TOTAL.
1 año. . . . .	250	375	625
2. . . . .	375	875	1.250
3. . . . .	500	1.625	2.125
4. . . . .	625	2.375	3.000
5. . . . .	750	3.250	4.000
6. . . . .	875	4.125	5.000
7. . . . .	1.000	5.250	6.250
8. . . . .	1.125	6.375	7.500

Pluses en los ejércitos de la Península y Ultramar.

Sargentos segundos.	Hasta ocho años de servicio. . . . .	50 cénts. diarios.
	Desde ocho á catorce años. . . . .	1 real.
	Desde 14 á 20. . . . .	1,50 cénts.
Cabos, soldados é individuos de banda.	Hasta 15 años de servicio. . . . .	50 cénts. diarios.
	Desde 15 á 20. . . . .	1 real.
	Desde 20 en adelante. . . . .	1,50 cénts.

Art. 4.º El gobernador dará cuenta á las Cortes de este decreto con arreglo al párrafo último del art. 22 de la ley de redenciones y enganches.»

La Gaceta ha publicado el siguiente decreto:

«Suprimida la Guardia rural que desde su creacion atendió á la custodia de los campos y los montes, se cometen daños de incalculable trascendencia en las propiedades rurales, á cuyo remedio es preciso atender con premura si han de salvarse im-

portantes masas de bosques del Estado, de los pueblos y de los establecimientos públicos.

Las juntas revolucionarias han sentido la necesidad de no dejar abandonada la riqueza forestal restableciendo los antiguos guardas mayores en unas provincias, y en otras creando guardas que interinamente se ocupasen en este cometido. El Gobierno Provisional no debe prescindir de poner á salvo la pingüe riqueza montuosa cuya administración é inspeccion le competen, porque de ella depende el bienestar social y aun la existencia de comarcas enteras de la nacion; y por eso, aunque con carácter puramente transitorio, interin las Cortes Constituyentes resuelven sobre el particular lo que se mas acertado, cree llegado el momento de encomendar á un personal pericial y de guardarla la defensa y fomento de los montes públicos.

No permiten las apremiantes atenciones del Tesoro crear desde luego el número de plazas que son necesarias para atender al objeto de su instituto; pero considera que 80 ayudantes, 300 sobreguardas y 500 guardas con el título de agrimensor ó perito agrícola los primeros, y escogidos los demás entre los licenciados de la guardia civil y del ejército con buenas notas, y los cesantes del ramo, si no logran evitar todos los daños que ahora se cometen, pues 15.505 hectáreas que correspondieran á cada sobreguarda y 9.304 á los guardas no se custodian con holgura, impedirán cuando menos que los dañadores de los montes ilegalmente conviertan en su provecho las existencias leñosas que pertenecen á la generacion presente y á las venideras.

Por estas consideraciones, y usando de las facultades que me competen como presidente del Gobierno Provisional y de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El personal subalterno encargado de la custodia y fomento de los montes públicos exceptuados de la desamortizacion se compondrá de 80 ayudantes, 300 sobreguardas y 500 guardas, con el sueldo anual de 600, 400 y 300 escudos respectivamente.

Art. 2.º Para ser nombrado ayudante se necesita poseer el título de agrimensor ó perito agrícola.

Art. 3.º Los sobreguardas deberán saber leer y escribir, siendo preferidos los sargentos y cabos licenciados de la guardia civil y del ejército con buena nota.

Art. 4.º Los nombramientos de guardas recaerán tambien con preferencia en licenciados del ejército ó de la guardia civil con buena nota que sepan asimismo leer y escribir.

Art. 5.º El ministro de Fomento, oyendo á la direccion general de obras públicas, agricultura, industria y comercio, distribuirá el personal entre las provincias como mejor convenga al servicio de los montes.

Art. 6.º Los nombramientos de ayudantes se harán por el ministerio de Fomento, y los de sobreguardas y guardas por la citada direccion general.

Art. 7.º No podrán ser nombrados ayudantes, sobreguardas ni guardas los tratantes en maderas ó leñas, los ganaderos ni los que ejerzan industrias ó posean fábricas ó establecimientos de cualquier clase en que se hayan de emplear productos de los montes.

Art. 8.º Queda suprimido el personal de capataces y auxiliares creado por decreto de 10 de Junio último.

La cantidad destinada á este servicio en el presupuesto general del Estado se aplicará á cubrir hasta donde alcance los gastos que origine el personal que se establece por el presente decreto.»

Por decreto del ministerio de Ultramar se ha autorizado á los gobernadores superiores civiles de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas para disponer desde luego la ejecucion de obras públicas cuyos expedientes estén terminados en aquellas localidades, siempre que su presupuesto no exceda de 80.000 escudos, sean cuales fueren los fondos de que se costeen, y con arreglo á las disposiciones vigentes respecto á toda clase de obras.

Quedan en su consecuencia derogados los artículos de los decretos de 10 de Diciembre de 1867 en lo que se refieren á imponer á aquellas autoridades la obligacion de esperar para el remate de toda clase de obras hasta cinco meses despues de haber dado cuenta al Gobierno para Filipinas, y dos meses para Cuba y Puerto-Rico, siempre que el coste no exceda del tipo marcado en el artículo anterior.

Por el ministerio de Ultramar han sido nombrados: Secretario del Consejo de administración de las islas Filipinas, D. José Patricio Clemente.

Director de administración local de dichas islas, don Pedro Orozco y Riera.

Administrador de la aduana de Manila, D. Rafael Perez de Guzman.

En otro lugar de este número encontrarán nuestros suscritores la biografía de Lamartine, escrita por Mericourt. Hoy que la Francia y el mundo de las letras acaban de perder al ilustre poeta, creemos que se verá con gusto la narracion de los principales actos de su vida.

Las noticias contradictorias que han circulado en París estos últimos dias sobre cierto movimiento del alto personal diplomático, se confirman.

Mr. de Gramot, embajador de Francia en Viena ha llegado hoy y deben llegar de un momento á otro el Sr. Benedette, embajador en Berlin y Mr. Bouré embajador en Constantinopla.

En los círculos políticos se quiere atribuir cierta importancia á la reunion de estos diplomáticos.

Se ha restablecido la tranquilidad pública en los varios puntos de Hungría donde habia sido turbada con motivo de los preparativos electorales.

No ha sido necesario que las autoridades empleasen la fuerza armada.

Las elecciones para la Dieta húngara han empezado ayer en algunas ciudades con el mayor órden.

Ha presentado al Congreso el general Grant un proyecto de ley prohibiendo á los ministros el comercio. Esta declaracion la ha impugnado el Sr. Sumner; y el Sr. Steward, negociante de los mas ricos de Nueva-York, se retira del ministerio.

## ANTECEDENTES PARA JUZGAR LA POLÍTICA

DE DON ALONSO X.

(Continuación.)

Muerto el gran Pelayo, y poco después su hijo Favila, se cedió la corona Don Alonso el Católico en 739 sin título hereditario, porque solo era yerno del primero, ni se tiene noticia de que se le hubiese elegido en algún Concilio. Sucedió su hijo Fruela, sin que conste tampoco la causa de esta sucesión. Prestos dió á su hermano Vimarano para contrariarla, puesto que le hizo matar el mismo Don Fruela, muriendo este algún tiempo después á manos de su primo Aurelio, que se apoderó del trono á pesar de haber dejado aquel á su hijo Alfonso. Sucedió á Don Aurelio Don Sila, sin mas razón aparente que la de ser su cuñado. Seguidamente Mauregato, hijo natural de Don Alfonso el Católico. Después Don Bermudo el Diácono, sobrino de este, que concluyó su reinado renunciando en Alfonso II el Casto, hijo del rey Don Fruela.

Visto está que en esta serie de sucesiones ni prevaleció el principio hereditario, toda vez que se interpusieron cuatro monarcas entre Fruela y su hijo Alfonso, ni tampoco el electivo, puesto que no son conocidos ningún Concilio ni junta en que hubiese tenido lugar la elección, según la ley visigoda. Lo que sí se ve muy claro es la sangrienta lucha entre la base hereditaria, sostenida por los reyes y la electiva, que proclamaban los otros parientes colaterales para subir al trono. La consecuencia precisa de esta anarquía no podía ser otra que la de conseguir reinar el mas afortunado ó afortunado de la familia real, sin preferencias de grado, línea, ni legitimidad de sangre.

A la muerte de Don Alfonso el Casto había corrido mas de un siglo desde el principio de la restauración, y precisamente en este período debió perder mucho proselitismo entre los magnates y clases poderosas la base electiva; porque solo así se comprende que los restos de aquella altiva nación visigoda, que había proclamado no ser esta patrimonio de ningún monarca, deponiendo de todas sus dignidades y encerrando además en algún lugar fuerte al que enagenase bienes de la corona ó del Estado, no solo hubiese sufrido que Don Alfonso el Casto nombrase sucesor del reino á Don Ramiro I, hijo del mismo rey Don Bermudo, que había abdicado en él, sino que continuasen sin elección en las grandes juntas, Concilios ó Cortes las tres sucesiones directas de Ordoño I, Alonso III y Ordoño II, fundador del reino de Leon.

Hasta la de este último, en 913, no se tiene noticia de que se hayan celebrado mas Concilios ó Cortes que uno en tiempo del Casto en el año de 811: otro en 876, al que asistieron Don Alfonso III, la reina, sus hijos, prelados, condes con el pueblo católico; y otro en 901. Se ignora si en ellos se haya tratado de la sucesión hereditaria ó electiva del trono; pero es lo cierto que Don Alfonso el Casto, al atreverse el primero á nombrar por sí al que le había de suceder, dió un grande impulso al principio de herencia, sin cuidarse de que detrás de este había de surgir una cuestión gravísima, cual era la de división de la corona entre los hijos de cada monarca, puesto que todos habían de alegar iguales derechos. Es de notar que también prevalecía en aquella época, con olvido completo del Código visigodo, la base hereditaria en los nuevos reinos de Navarra y Aragón que á mediados del siglo VIII, y á ejemplo de Asturias, levantaron en Rivaporza, Sobrarbe, Urgel, la Cerdeña y en las márgenes del Arga, Garci Jimenez y el conde Aznar, á la manera que algunos años después fundaba el de Castilla su primer conde ó gobernador D. Rodrigo.

Con efecto; al realizarse de hecho esta grave alteración en las leyes tradicionales y constitutivas de la antigua monarquía, nació lógicamente el pretendido derecho que los infantes hijos de los monarcas creyeron asistírles para repartirse el territorio nacional como un patrimonio, no queriendo tener en cuenta que si tal derecho existiese, la división de la monarquía, á la muerte de cada rey en tantas partes cuantas fuesen sus hijos ó parientes mas próximos, haría imposible la unidad, la integridad y la grandeza del reino; inútiles los esfuerzos de valor y de heroísmo desplegados para arrancar del poder Ismaelita sus conquistas; sería dividir la nación para subdividirla hasta el infinito y dejarla reducida á pequeñas fracciones, condenándola además á guerras intestinas y perpétuas que la hiciesen otra vez presa del enemigo común ó de otro extraño.

Estas funestas verdades no se dejaron esperar mucho tiempo. Don Alonso III, rey por herencia directa desde el Casto, vió arder la discordia fuera y dentro de su propio alcázar, encendida por su mujer Doña Gimena con la pretensión de arrancarle la corona para dividirla entre sus hijos Don García y Don Ordoño. Potente para apagar el fuego exterior, no lo fué para hacer otro tanto con el doméstico, y tuvo al fin que ceder entregando el reino de Leon á su primogénito Don García, y el de Galicia á Don Ordoño, que muy pronto reunió ambas coronas por la muerte del primero. ¡Funesto ejemplo que alentó en lo sucesivo otras pretensiones parecidas, origen de guerras destructoras! ¡Acto ilegal con que violó la ley visigoda que garantiza la integridad de la nación bajo severas penas al infractor! ¡Rasgo de apocamiento indisculpable en un monarca que había sabido adquirir el renombre de Magno en las batallas como rey, yendo

después á pelear como bueno, pero en calidad de vasallo de su hijo rebelde!

Así quedaron reducidos á hechos prácticos, pero sin sanción legal, la abolición del principio electivo y de la integridad nacional; la primera por Don Alonso el Casto, y la segunda por Don Alonso el Magno, sin que hubiese precedido ningún acuerdo de Concilio ó Cortes, siendo de notar que precisamente estos monarcas convocaron los tres únicos que dejamos citados, y que hasta entonces se conocen desde el principio de la restauración. Ancho campo encontraron las ambiciones inquietas en estas profundas novedades para buscar pretextos de alteraciones y guerras civiles. Nuño Fernandez y otros cuatro condes de Castilla, atraídos engañosamente á Leon por Ordoño, fueron decapitados. Muere este dejando hijos, y su hermano Don Fruela usurpa la corona, haciendo degollar á muchos magnates y negándole su obediencia los castellanos, que eligieron para gobernarlos con el modesto título de jueces á Lain Calvo y Nuño Rasura.

A la muerte de Fruela muchos parciales de Don Ordoño II invocan el principio hereditario, y colocan en el trono á su hijo Don Alonso IV en 924, pero una conjuración, le pone en la necesidad de abdicar en su hermano Don Ramiro II sacrificando el derecho de su hijo Don Ordoño, que hace quitar los ojos al mismo Alfonso IV y lo encierra perpetuamente con los hijos de Don Fruela, que también pretendían la corona como herederos de su padre, viniendo además á Don Ordoño, que tenía iguales pretensiones como hijo de Alonso IV.

A este cuadro desgarrador siguieron otros producidos por la misma lucha de los dos principios electivo ó hereditario. Ordoño III subió al trono en 950 como heredero de su padre Don Ramiro II. A su hijo Bermudo que después se llamó el Gotoso, lo suplantó su tío Don Sancho el Gordo. Asturias, Galicia y Leon se pronuncian á favor del derecho hereditario, que correspondía á Don Bermudo, hijo de Alonso IV el monje, cuando este había abdicado en su hermano Ramiro, y vencidos por el Gotoso murió Don Sancho en 967, habiendo celebrado Cortes en Leon en 958, sin que en ellas se hubiese tratado de leyes fundamentales. Le sucedió como heredero su hijo Don Ramiro III, á quien disputó el trono Bermudo el Gotoso, que al fin se cedió las coronas de Galicia y Leon.

Tampoco en los dos Concilios ó Cortes de Astorga y Leon que reunió Don Ramiro en 974 se deliberó sobre ninguna ley fundamental. Temiase, sin duda, tocar este punto delicado; y después de los dos siglos y medio de guerras civiles que dejamos historiados á grandes rasgos, hemos llegado, como á punto de descanso, á un corto período de paz debido á que Don Bermudo encontró extinguidas las líneas de donde podía esperar oposición. Convocó Cortes en 985 en Oviedo para acordar los medios de resistir al poderoso Almanzor, rey de Córdoba, y habiéndole sucedido pacíficamente por derecho hereditario su hijo Don Alonso V en 999, murió este, en el sitio de Viseo en 1028 sucediéndole Don Bermudo III, su hijo.

Digno es de tenerse en cuenta el Concilio celebrado en Leon en 1020 en tiempo de Don Alonso V. Tratóse en él de reformar algunas leyes fundamentales de los visigodos, que no designan las oscuras crónicas de aquellos tiempos, y árduas debieron ser las dificultades cuando se creyó mas prudente no resolver nada sobre este punto. Tres decretos de aquella Asamblea, compuesta de prelados y grandes, revelan el influjo prepotente que el clero había adquirido. Se declaró por el primero que en los Concilios sucesivos se tratase antes de todo de las cosas pertenecientes á la Iglesia. Después de las que tocasen á los reyes, y en seguida de las que interesasen á los pueblos, por cuyo medio el mismo clero se aseguraba la intervención en todos los grandes negocios del Estado.

En el segundo decreto se declaró la inalienabilidad y perpetuidad de los bienes pertenecientes á la Iglesia, estableciendo la amortización eclesiástica y constituyéndose así á no dar nada á los demás, mientras que estaba facultada para recibir de todos.

Y en el tercero se creó la jurisdicción única y exclusiva de los prelados sobre los clérigos, sustrayéndose, por consiguiente, de la potestad civil, y formando una asociación aparte; pero con toda la suma de derechos á su favor y sin ningún deber ni dependencia para con los demás.

Conócense los acuerdos de este Concilio con el nombre de fuero de Leon. Ordenóse en él, entre otras cosas que no conducen á nuestro objeto, que en todas las municipalidades hubiese jueces; y es un hecho innegable que por aquel tiempo iba ganando la representación nacional, puesto que se repetían con frecuencia las grandes Asambleas llamadas Concilios ó Cortes, que era natural fuesen recuperando el alto grado de autoridad que habían tenido en la monarquía visigoda, y al cual llegaron después.

Casado Don Fernando I rey de Castilla con Doña Sancha, hermana única y sucesora hereditaria de Don Bermudo III de Leon, muerto sin hijos en la batalla de Carrion, se verificó por la primera vez la feliz reunión de las coronas de Castilla, Leon, Galicia, Asturias, Portugal y Extremadura. Debido fué, sin duda, tan próspero suceso, y aun la paz interior que disfrutaron entonces estos reinos al principio hereditario que los fué incorporando unos á otros, y á la circunstancia afortunada de que en los cincuenta y cinco años transcurridos desde la muerte de Don Bermudo II hasta la del tercero de este nombre, no hubo

en la dinastía parientes colaterales para disputar la corona al amparo de la ley visigoda, como se había venido haciendo en los dos y medio siglos anteriores. De hecho el triunfo lo obtuvo el principio hereditario; pero la dificultad estaba en el modo de establecer la sucesión dentro de la dinastía reinante.

Si era directa, ¿se dividiría el reino entre todos los hijos? Y si no era divisible, ¿quién de estos, ó por su falta, cuál de los parientes mas próximos debía ser el preferido? Solo á la ley tocaba resolver tan grandes cuestiones; pero esa ley no existía, ni probablemente se habían atrevido á proponerla los monarcas en los Concilios celebrados, ni en el posterior de Castro-Coyanza, hoy Valencia de Don Juan, reunido en 1050 por Don Fernando I, ni en ningún otro. Un siglo después, un rayo de luz providencial brilló sobre la excelsa diadema de Don Alonso X, y aquellas cuestiones quedaron y vinieron resueltas hasta el día en que una inmensa revolución va á decidir la subsistencia ó modificación de esas mismas resoluciones.

RAMON PASARÓN Y LASTRA.

(Se continuará.)

## EL PENSAMIENTO Y EL MATRIMONIO CIVIL.

Sin matrimonio civil no hay revolución; si las Cortes (lo que no creemos) dejasen de plantear el matrimonio civil, la revolución por ese solo hecho habría muerto.

Así lo comprenden los neo-católicos y por eso *El Pensamiento Español* que es el representante mas falto de pudor de ese desdichado bando político, ocupa sin cesar sus columnas en declamar contra el matrimonio civil y en llamarle amancebamiento. Pero por la misma razón nosotros no dejaremos nunca de insistir en refutar un día y otro día las venenosas palabras con que se intenta manchar una reforma verdaderamente indispensable.

¿De dónde ha deducido *El Pensamiento*, ese diario escrito con hiel, que los que se casan civilmente se amanceban? ¿No firman los contrayentes en ese caso un contrato en toda regla? ¿No autorizan ese contrato los testigos necesarios y un notario, un representante de la fe pública? ¿No queda el contrato archivado y protocolizado para que siempre conste la celebración del matrimonio y para que de él puedan obtenerse las copias que se hayan menester? Y el matrimonio así celebrado, ¿no surte todos, absolutamente todos los efectos del matrimonio llamado religioso? Verdad es que algunos difamadores de profesión engañan á las gentes sencillas haciéndolas creer que el que se casa civilmente puede abandonar cuando quiera á su mujer y á sus hijos; pero esa es una mentira indigna, esa es una falsedad cuya propalación nos causa la mas profunda repugnancia.

Los que se casan civilmente contraen las mismas obligaciones y las mismas responsabilidades que los que se casan simplemente ante el párroco; y por tanto, falta á la verdad el que sostenga lo contrario y el que diga que el matrimonio civil es un amancebamiento. ¿Sabe Vd. señor *Pensamiento*, para hablar claro y sin rodeos, dónde es el amancebamiento efectivo y real? Pues es en los hombres que, haciendo voto de castidad, no los cumplen; y no siéndoles permitido tomar mujer á la luz del día la toman á escondidas, pudiendo, por tanto, renegar de sus hijos y de las madres de sus hijos cuando quieran.

Sentimos que *El Pensamiento* con su procaz lenguaje nos haya obligado á decir esto; pero al decirlo no hacemos mas que repetir lo que todo el mundo sabe, lo que todo el mundo dice, lo que es público y notorio, lo que está expresado en refranes y coplas populares, y en suma, lo que después de todo es lógico y natural; pues los hombres son siempre hombres y los cánones de todas las iglesias juntas son impotentes para cambiarlos de naturaleza.

Por otra parte, en la cuestión del matrimonio civil hay que considerar otros muchos puntos. En primer lugar el matrimonio no es sacramento, señor *Pensamiento Español*, y ya varias veces lo hemos dicho sin que Vd. ni ningún neo como Vd. se haya atrevido á contestarnos, porque Vd. y todos los neos como usted saben que el matrimonio no es sacramento, y no podrán probar que lo es. La misma Iglesia católica en sus primitivos tiempos, es decir, cuando no estaba llena de los vicios que después la han corroido, consideraba el matrimonio puramente como institución social, como institución civil, y solo con el trascurso del tiempo cuando se hizo soberbia y monopolizó el poder supremo en Europa fué cuando opinó de distinta manera. Y esto, señor *Pensamiento*, tampoco lo podrá usted negar, porque tampoco lo ha negado cuando en mas de una ocasión le hemos provocado numerosas veces á que lo haga.

Y en segundo lugar, aunque el matrimonio no es sacramento como lo sabe muy bien la Iglesia, esto no obsta para que cada cual haga de su capa un sayo y se case ante el párroco y ante veinte párrocos si así le conviene, porque el planteamiento del matrimonio civil no le impedirá cumplir su voluntad. Con el planteamiento del matrimonio civil lo único que se hace es obligar á los novios á casarse firmando el contrato civil y considera la copia del contrato civil como la única prueba legal de la verificación del matrimonio, dejando á los contrayentes en libertad de hacer bendecir su unión por un clérigo.

Pero digamos algunas breves palabras acerca de ese pretendido carácter de sacramento que la Iglesia quiere dar al matrimonio y que en realidad con arreglo á su misma doctrina no le corresponde.

Sacramento, segun todos los escritores teológicos, es el signo externo y visible de un efecto interno y espiritual que Dios opera para santificar las almas, ó en otros términos, la forma visible de una gracia invisible.

Los sacramentos así entendidos y explicados constan, pues, de dos partes, á saber, de una señal sensible y de una cosa invisible, aneja á la ceremonia. La señal sensible, á su vez, consta de cosas y palabras, ó como se ha acostumbrado á decir modernamente, de materia y forma, de tal suerte que el signo por sí solo es ineficaz hasta que se pronuncia la fórmula consagrada.

Ahora, y con estos datos preliminares, ¿quién es capaz de ver en el matrimonio un sacramento? ¿Dónde está el signo necesario? ¿Dónde está ese signo que, como el agua en el bautismo y el pan de la cena, debe ser completamente indispensable para dar al matrimonio el carácter sacramental?

Porque para que haya sacramento en el matrimonio las palabras del sacerdote tienen que unirse á una materia sensible, visible y perceptible: ahora bien, esta materia no existe ni parece por ninguna parte; por lo tanto, la forma carece de materia, ó por mejor decir, ni hay materia ni forma; porque el matrimonio no es un signo, sino un hecho; y ese hecho no se ha realizado, ni se realiza, ni se realizará jamás en el fondo, sino por medio de un contrato.

Así lo han reconocido siempre las mismas autoridades de la Iglesia que no podían negarse á la luz de la evidencia. Por eso Santo Tomás dice que el consentimiento de los contrayentes es la causa eficiente del matrimonio; por eso San Buenaventura dice que la causa eficiente del matrimonio es el consentimiento de las almas, manifestado por palabras de presente; por eso, y para no amontonar citas, el mismo Cavallario en sus *Instituciones de derecho canónico* se ve obligado á confesar que el matrimonio es un contrato por su naturaleza y origen, aunque despues contra viento y marea se empeña en convertirle en sacramento.

Para que se vea el maremagnum de contradicciones en que se han sumergido los que sostienen esta última opinión, basta considerar que la Iglesia nada dice, y los teólogos andan cada uno por su lado para averiguar cuál es la forma, cuál es la materia y cuál el ministro del pretendido sacramento. Así hay quien toma por materia á los mismos contrayentes (lo cual es chistoso hasta lo sumo) por forma las palabras que expresan el consentimiento y por ministro el sacerdote, mientras otros creen que las palabras son á la vez la materia y la forma y que el ministro son los novios y así sucesivamente, porque las opiniones encontradas en esos puntos son infinitas, y cada una de ellas mas disparatada que las restantes.

Y en qué consiste el Concilio de Trento, tan tremebundo para anatematizar al que diga que el matrimonio no es sacramento, no se ha dignado siquiera advertirnos quién es el ministro que le confiere? Limitase, en efecto, á indicar que despues de la publicación de las amonestaciones, el matrimonio se verificará ante la Iglesia en presencia, al menos, del cura y dos ó tres testigos, con lo cual parece asimilarse el cura á los testigos, como es la verdad, pues el cura no es mas que un testigo mas ó menos autorizado.

Pero la Iglesia no se acomoda á que el cura sea un testigo, porque esto no la tiene cuenta, y por eso trata á toda costa de que el cura sea el que confiera el sacramento, doctrina sostenida por el dominicano Melchor Cano y por otros muchos argumentadores de sacristía. Sin embargo, cuando se defienden absurdos la division estalla sin remedio, y nada menos que un jesuita, el cardenal Belarmino, ha sostenido lo contrario, diciendo que el consentimiento de los novios, es la materia; la expresion del consentimiento, la forma y los novios, los contrayentes, son los ministros del sacramento. ¿En qué quedamos, pues? ¿Reside la esencia del matrimonio en el consentimiento de las partes, como afirman hasta santos canonizados? ¿Se necesita la intervencion del cura? Y en este caso, ¿interviene el cura como ministro, ó como testigo? Este caos, en que los teólogos se envuelven, produce otros muchos incidentes curiosísimos. De ahí depende, por ejemplo, el que el Concilio de Trento no ordene la confesion y comunión antes del matrimonio, mientras el de Tours, queriendo ser mas lógico, lo disponga ya terminante.

Pero no queremos dedicarnos á poner de relieve las mil monstruosas aberraciones á que los teólogos se han entregado con motivo de una cuestion que el simple sentido comun resuelve llanamente y sin esfuerzos, reduciendo el matrimonio á lo que verdaderamente es, á un contrato. Solo deseáramos que los periódicos neos nos dijeran siquiera quién ha instituido ese sacramento matrimonial, que es para nosotros un geroglífico. Y si son tan amables, tambien les agradeceríamos nos explicasen los antiguos matrimonios entre cristianos y gentiles, bajo su singular punto de vista.

La verdad es que la Iglesia, como ayer decíamos, consideró al principio el matrimonio como institucion civil y solo con el trascurso del tiempo, desde el siglo IX especialmente, fué cuando, á imitacion de *El médico á palos*, arregló las cosas á la moderna, es decir, en el sentido de sus pretensiones soberbias y de sus intereses pecuniarios. Pero hoy, que afortunadamente no tenemos ya mordaza en la boca, todos los periódicos liberales haremos ver á nuestros conciuda-

danos lo que antes no se permitía que vieran, y el matrimonio civil será muy pronto un hecho en España, como lo es en Austria, como lo es en todo el mundo civilizado.

De las ligeras observaciones hechas hasta aqui, resulta que el matrimonio no puede ni debe ser considerado como sacramento por carecer de los requisitos necesarios para ello. Esta es una verdad que todos los teólogos juntos son capaces de negar con argumentos que ofrezcan alguna solidez.

Pero, en fin, aun concediendo que el matrimonio fuera sacramento, ¿sería motivo suficiente esa circunstancia para obligar á los que quisieran contraerle á verificarlo ante el párroco? De ninguna manera. Desde el momento en que en un país se declara la libertad de cultos (y en España puede considerarse como declarada) el Estado nada tiene que ver con las conciencias de los ciudadanos, cada cual es dueño de profesar la religion que mejor le parezca, y á nadie se le puede obligar á que rinda vasallaje á una religion determinada.

De nada vale, pues, el que la Iglesia católica diga: «el matrimonio es un sacramento y solo puede conferirse en calidad de tal.» En primer lugar, esa asercion es inexacta, y en segundo lugar, aunque fuera exacta, ¿qué tiene que ver con ello el que no pertenezca al catolicismo? Cada cual está, por tanto, en el derecho de decir al Estado: «yo no profeso la religion católica; pero quiero casarme y exijó de tí que me des un medio de hacerlo sin acudir á esa religion, que no es la mia.» A estas palabras no hay contestacion posible.

En efecto; la institucion del matrimonio civil es una consecuencia lógica, fatal, necesaria, indeclinable de la libertad de cultos y de los derechos individuales proclamados por la revolucion de Setiembre. ¿De qué sirve que entre esos derechos se cuente en primer término el de la independencia y la inviolabilidad de la conciencia, si toda esa independencia y esa inviolabilidad se reducen á permitir á los individuos que tengan cuatro paredes, dentro de las cuales puedan orar á Dios á su manera?

El contraste es horrible cuando al mismo ciudadano á quien se le permite eso se le dice despues: «tú puedes rezar en tu iglesia como te parezca; pero yo, Estado, yo, Gobierno, no te consiento tener mujer legítima é hijos legítimos, no te consiento constituirte en familia si no reniegas de esa misma religion que te permito, y no acudes á un templo católico y á un sacerdote católico para casarte.» Ahora bien, ¿quién no vé en esto una sangrienta burla? ¿Quién es capaz de asegurar que con tal proceder no se convierten en una farsa los derechos individuales? Libertad de cultos sin matrimonio civil es un contrasentido; es mas que un contrasentido, es un absurdo; es mas que un absurdo, es una mentira, una falsedad, un engaño, una comedia indigna. Las cosas ó se hacen ó no se hacen; pero hacerlas por un lado y negarlas por otro no es propio de quien en algo se estima. Lo que al Estado le toca es obligar á todo ciudadano que contrae matrimonio á verificarlo de una manera pública, ante un magistrado civil, con asistencia de los testigos necesarios, y levantando una acta solemne en que conste la creacion de la nueva sociedad conyugal.

Hecho esto, que será lo forzoso, lo indispensable, cada cual podrá hacer bendecir su matrimonio por un sacerdote de la religion á que pertenezca; pero esto será en él potestativo, voluntario, y para acreditar la celebracion del casamiento no habrá mas título legítimo, mas testimonio atendible que el del contrato civil y sus copias debidamente autorizadas. De igual manera los nacimientos de los hijos de ese matrimonio se harán registrar ante el mismo magistrado civil, y los documentos que este expida serán los únicos que acrediten esos nacimientos, quedando dueños los padres de bautizar ó de practicar con sus hijos las ceremonias que les dicte su religion. Así y solo así es como los derechos individuales son respetados; así y solo así es como la libertad de cultos puede merecer el nombre de tal.

Téngase, pues, entendido que ya se considere el matrimonio como sacramento (lo cual en buena doctrina católica es insostenible) ya se piense de otro modo, siempre y en ambos casos el Estado debe limitarse á mirarlo como un contrato y á obrar en su consecuencia, estableciendo el registro civil para casamientos, nacimientos y defunciones. Seguir otra conducta sería apostatar del culto que todo liberal debe rendir á los derechos individuales, sin cuyo reconocimiento la reaccion es y será perpétuamente soberana de los pueblos.

J. A. Y EGUILAZ.

#### BIOGRAFIA DE LAMARTINE

Alfonso Lamartine nació en Macon, en la plaza de la Iglesia Nueva, á 21 de Octubre de 1791.

Su abuelo, segun algunos biógrafos, era intendente general de los bienes de la familia de Orleans, y su padre capitán de un regimiento de caballería de la casa real (1). No queriendo este afiliarse con los

(1) Háse dicho que el nombre de Lamartine era un pseudónimo, pero esto es falso, puesto que el capitán de caballería tenía el nombre de Lamartine; sino que en Borgoña para distinguirlo de sus hermanos le llamaban Prats, nombre de un terreno que el abuelo poseía en Franche-Comté.

terroristas, salió de París en 1794 con su esposa é hijos, y se retiró á su hacienda.

No se necesitaba tanto durante aquella triste época para verse expuesto á las sospechas y ser conducido á la guillotina: así es que el Comité de salud pública, expidió órdenes á Macon, y el padre de Lamartine fué llevado á la cárcel; mas felizmente pocos meses despues, el 9 termidor, cayó el hacha de las manos de los verdugos y el capitán pudo volver al seno de su familia.

Temiendo, mas bien por esta que por sí mismo, la vuelta de la tormenta revolucionaria, resolvióse á llevar la vida de caballero lugareño, escogiendo para su retiro el antiguo palacio de Milly, situado en una comarca casi silvestre, y el cual ha dejado, sin embargo, recuerdos bien deliciosos á su hijo.

Notable cosa es que todas las bellas inteligencias, todas las almas elevadas, todos los nobles corazones, todos los hombres de puro ingenio, hayan tenido junto á su cuna una madre cristiana, uno de aquellos ángeles terrestres de serena y dulce frente, que enseñan á creer, á amar y á bendecir.

Escuchemos algunos pormenores dados por el mismo Lamartine.

«Enseñábame mi madre á leer con una Biblia de Royaumont, con láminas, que en todas las páginas representaban objetos sagrados. Había Sara, Tobias con su ángel, José ó Samuel, y singularmente aquellas bellas escenas patriarcales en donde la primitiva natualeza de Oriente se confundía en todos los actos con aquella sencilla y maravillosa vida de los primeros hombres.»

«Despues de haber recitado mi leccion y leído sin cometer falta alguna la media página de la historia santa, mi madre, en recompensa, enseñábame las láminas, y sosteniendo el libro abierto sobre sus rodillas, hacíamelas mirar y me las explicaba.»

«Tenía mi madre un alma tan piadosa como tierna; todos sus pensamientos eran sentimientos y todos sus sentimientos imágenes: su bella, noble y delicada figura reflejaba en su radiante fisonomía, cuanto en su corazón ardía, cuanto en su mente pasaba. Su voz argentina, afectuosa y apasionada, daba á cuanto ella pronunciaba un acento poderoso de encanto y de amor que todavía retumba en mis oídos, ¡ay! á pesar de tantos años de silencio.»

«Cuando volvíamos de nuestros paseos campesinos, mi madre hacíame pasar casi siempre por delante de las casas de los pobres enfermos, ó de los indigentes de la poblacion; con esas visitas diarias les auxiliábamos, pues uno de nosotros llevaba hilas y aceite aromático para los heridos y el otro vendas para los cabezales.»

«Sin cesar estábamos ocupados, singularmente yo, por ser el mayor, á llevar lejos, á las casas solariegas de la montaña, ora un poco de pan blanco para las mujeres enfermas, ora una botella de vino rancio y terrones de azúcar, ora un refrigerante caldo para los ancianos achacosos, constituyéndonos así en administradores de sus limosnas, pues ella no ambicionaba aqui abajo mas tesoro que las bendiciones de los pobres y la voluntad de Dios.»

Despues de esta cándida y tierna relacion, de la que solo nos fuera dado disminuir el efecto, nada tenemos que contar de la infancia de Lamartine.

En el seno de una madre tan santa, véase asomar el genio del poeta cristiano. A la edad de diez y ocho años abandonó el hogar paterno y los viejos tilos de Milly, para comenzar sus estudios en el colegio de Belly, dirigido por los jesuitas, en donde se portó brillantemente, pues al fin de cada año ganaba todas las coronas, y los profesores alentábanle en sus primeras composiciones poéticas.

La musa de Lamartine ensayaba sus fuerzas; en sus diferentes composiciones, á pesar de su inespereciencia, traslucíase su capacidad.

En Milly tratóse de la carrera que debía darse al hijo mayor de la casa, y el padre, soldado veterano, deseaba que Alfonso abrazase la carrera de las armas; pero su tierna madre no era del mismo dictámen.

En vano César desplegara sus gloriosas banderas y recorria con sus triunfantes armas de un extremo á otro la Europa; su madre no se dejó deslumbrar, y no permitió que su hijo se lanzara en medio de las hecatombes humanas ofrecidas á la victoria: envióle á su vuelta del colegio, á Lyon á pasar una temporada; y despues pudo alcanzar que le dejaran pasar á Italia, con unos parientes suyos que debían hacer aquel viaje.

Pero el jóven cansóse bien pronto de una compañía que no le daba entera libertad, y deseando sustraerse á la vigilancia de que era objeto, escribió á Milly á fin de solicitar permiso para viajar solo; pero sin esperar contestacion dirigióse hácia Roma. Si mi súplica es negada, decia entre sí, llegará demasiado tarde: me reñirán, mas quedará perdonado, entonces me volveré, pero ya habré visto algo.

Ya tenemos, pues, emancipado á nuestro colegial, á nuestro turista de diez y ocho años, viajando por sendas italianas, á la sazón pobladas de bandidos.

Encontróse con un primer tenor, que iba á hacer su debut en el teatro de San Carlos, en Nápoles, acompañado de un sobrino suyo, hermoso viajero de la misma edad que Lamartine. Los dos jóvenes trabaron una amistad mútua, muy íntima; hablaban, reían y dormían en el coche, permitiéndose, uno despues de otro, que sus hombros les sirviesen de almohada: llegaron á Roma y se hospedaron en una misma posada. Al siguiente día, su compañero de viaje despierta á La-

martine llamando á su puerta gritándole que el almuerzo está ya dispuesto: vistese, corre á abrir y da un grito de espanto; pues en vez del sobrino del tenor vé á una muchacha romana, de encantadora figura, vestida con elegancia y cuyos cabellos negros trenzados con cintas alrededor de su frente, estaban sujetos por detrás con dos largos alfileres de oro con remates de perlas, como llevan las aldeanas de Tivoli. Era su amigo que al llegar á Roma había vuelto á vestir el traje de su propio sexo.

El traje no cambia el corazón, le dijo la hermosa romana, sonrojándose; pero si os diré que ahora ya no dormireis mas en mis brazos.

De lance en lance Lamartine llega hasta Nápoles. En el momento en que su bolsa estaba vacía encuentra en las alamedas de limoneros de la Chiaja á su mas querido condiscípulo, Aymon de Virien, que viajaba con un crédito sin límites, abierto en todas las casas de banca de Italia.

Nuestros dos discípulos de los jesuitas, en sus paseos por el golfo, ó á lo largo de la Margellina, no tardaron en encontrar algunas rubias napolitanas «en cuyas miradas hay aquel tinte celeste que los ojos de las mujeres del Asia y de la Italia toman del fuego ardiente de su sol, del apacible azul de su cielo, de su mar y de su noche.»

Lamartine hacia tiempo que había echado al olvido á su hermosa romana.

En Nápoles amó una pobre muchacha, hija de un pescador, que su pasión hacía él la condujo al sepulcro.

¡Pobre Graziella, morir tan joven y tan hermosa! ¡Cuántas lágrimas derramaste por aquel hijo del Norte, demasiado joven para comprender bien tu corazón, y cuya cuna no había sido caldeada, como la tuya, por aquel ardiente sol que hace morir de amor!

La tristeza que el joven á su vuelta experimentara, es dable solo comprenderla cuando se lee aquella tierna historia de Graziella, enteramente impregnada de recuerdos y de lágrimas.

Recibieronle, cual el niño pródigo, con festines y caricias: toda la familia había salido de Milly para ir á vivir á Macon.

El poeta dice en sus *Confidencias*: «Mi madre no pudo menos de palidecer y temblar visiblemente al notar que mi larga ausencia y mis secretas angustias habían enflaquecido y alterado mis facciones; mi padre solo veía el desenvolvimiento de las hermosas formas en mi adolescencia; aquella echando de ver en mí con una mirada el sello de las sensaciones de ella, sentóseme junto á mi cabecera el día siguiente y me dijo: «Ya has vuelto, pues, ¡pobre hijo mío! ¡cuán pálido estás y cuán triste pareces! ¡Quién me hubiese dicho que tendria que ver á mi hijo marchito en el vigor de su espíritu y de su corazón á la edad de veinte años!»

«Al oír estas palabras salté, como si mi madre, al hablarme de esta suerte, hubiese faltado al respeto á un recuerdo que yo respetaba mil veces mas que á mí mismo.

«¡Oh! por favor, le dije, juntando las manos, y en tono de severa súplica; no, no me habéis con ese desden de un dolor del cual no habéis conocido jamás el objeto. ¡Si supiéseis!...

«Nada quiero saber, díjome poniendo su hermosa mano en mi boca. ¿Qué es lo que vas á hacer ahora? ¿Cómo sobrellevarás esa existencia vacía, monótona, ociosa, tanto mas expuesta á las reprehensibles pasiones del corazón, cuantos menos deberes y ocupaciones tengas en una carrera activa? Nuestra reducida fortuna ha menguado considerablemente y se ha perjudicado por tu educación, por tus viajes y por tus faltas: no te lo digo por echartelo en cara, pues sabes bien que si las lágrimas de mis ojos pudiesen convertirse, para tí, en oro, derramarías todas en tus manos.»

No sabemos frases que expresen una abnegación mas afectuosa, ni mas ternura maternal.

En casos semejantes las copias dan al lector una descripción tan verdadera y tan natural, que fuera vituperable reemplazarlas con frases nuestras; pues no tendria, ni la misma dignidad, ni el mismo candor. Impulsado Lamartine por su vocación literaria, deseaba vivir en París, foco de todas las celebridades, único lugar en que es dado combatir y triunfar.

Señaló su padre, para su manutención y estudios, la modesta pensión de mil doscientos francos, insuficientes para vivir en la capital; mas tenía á su excelente madre, que sacando de su cajita de joyas un grueso diamante que tenía en un anillo, el único quizá que le quedara de su juventud, dejólo deslizar ocultamente en la mano de su hijo.

«¡Vé á buscar la gloria! dijo esta.

Y el joven tomó el camino de París, llevándose una multitud de recomendaciones para la sociedad mas escogida del noble barrio; mas al propio tiempo la mas enérgica resolución de no aceptar nada del emperador.

Lamartine, espontáneamente formábase, como todos los jóvenes, una opinión de arlequin, de pedazos descosidos de la opinión de otros.

En Roma, sentado con un pintor demócrata en una colina del pueblo de Pamphili, desde donde se descubre la antigua ciudad, sus cúpulas y sus ruinas, había soñado la República y maldecido al César: en París, hablando con Talma, que le daba consejos para el plan de una tragedia de *Saul*, fué momentáneamente bonapartista; pero el barrio de Saint-Germain demostró que sus opiniones eran las mejores. Bailando en los salones de la otra parte del Sena, conspiraba;

allí las mujeres tenían pretensiones aristocráticas y provocadoras. Lamartine no se acordó ya ni de la República, ni del imperio, ni de su tragedia de *Saul*, y se hizo legitimista exaltado.

A menudo veremos girar la rueda, y á la veleta política ser juguete de otros vientos.

Para no permanecer mas, á lo que él llamaba reinado brutal del cálculo, de la fuerza, de los números y del sable, el joven salió nuevamente de Francia é hizo un segundo viaje á Italia.

Hemos oído sostener que seguía la pista, de ciudad en ciudad, á una joven condesa bonita, que con sus coqueterías le había entusiasmado; pero este hecho es completamente falso.

Lamartine volvió á pasar los Alpes, llevado por su ilusa naturaleza y renunciando á las locas distracciones del mundo, que momentáneamente le habían hecho olvidar sus recuerdos. Quiso ir á llorar en la tumba de su dulce Graziella y pedir perdón á su memoria.

Cerca de los sitios en que la había conocido; debajo de los floridos naranjos que guarecían sus amores en las solitarias enseñadas en donde las olas las mecían, compuso una parte del primer volumen de las *Meditaciones*, sublimes y melancólicas elegías, inspiradas por sus pesares y dolores.

Jamás ningún poeta ha llevado á tan alto grado la dulzura del ritmo y la pureza de las armonías. Amenuo sus ideas no tienen sus contornos muy limpios; agítanse en el vacío, piérdense en vaporosa lontananza donde los esfuerzos para seguirlos son vanos; mas si en el fondo carecen de solidez y riqueza, sus formas siempre son deslumbrantes, y el lector desvanecido por su armonía déjase mecer dulcemente por sus cadencias sonoras.

Como Victor Hugo, el autor de las *Meditaciones*, no tiene aquella fuerza suprema, aquel atrevido nervio, aquella ardiente tenacidad del hemistiquio, que sujeta el verso en el yunque, le da forma y le temple enérgicamente. Lamartine es una flauta melodiosa, que encanta y adormece de vez en cuando.

Hugo, clarín en cuanto á los sonidos de metal, disperta, electriza y toca la botasilla para cabalgar el Pegaso en la margen de la Hipocrene.

Lamartine es un magestuoso río, que corre apaciblemente por sus orillas bordadas de eterna sombra.

Hugo es una mujiente catarata, un espumoso torrente que todo lo arrastra al vasto seno de los mares.

Aquel es un cisne; este un águila.

Hugo tiene el poder del génio: Lamartine tiene la calma, la gracia y la belleza del talento.

En las orillas del golfo de Nápoles, nuestro joven poeta supo la invasión de la Francia por las tropas aliadas y el restablecimiento de la dinastía de los Borbones. Manda á buscar caballos de posta, corre á París y solicita entrar al servicio del rey, con gran satisfacción de su anciano padre, siempre fiel á Belona, que trataba bizarramente á las Musas de hipócritas, creyendo que su hijo se fastidiaría de su culto. Mas nosotros sospechamos que Lamartine entró de guardia de corps para ablandar el rigorismo del bolsillo de su padre.

Durante los cien días dejó la espada, y cuando Luis XVIII volvió á ocupar las Tullerías, atravesando el silencioso y desolado campo de Waterloo, no quiso volverla á empuñar mas.

Lamartine, á la sazón, tenía un serio y profundo amor. No era ya aquella débil adolescencia que permanece fría ante las angustias de un alma enamorada, pues ya comprendía todas las ilusiones y todos los delirios; mas escrito estaba que un duelo cruel vengaría en los goces presentes la desdenosa ignorancia y la voluntaria ingratitud de lo pasado.

La muerte arrebató á Elvira de los brazos del poeta y llevóla á la tumba en donde cinco años hacia reposaba Graziella.

De esta época data el Lamartine cristiano, puesto que al salir de una grave enfermedad, causada por la dolorosa pérdida que acababa de experimentar, quemó todas sus poesías profanas y únicamente conservó aquellas que tenían el sello de la fe.

Sus primeras *Meditaciones* aparecieron en 1820 (1). Jamás el siglo había tenido tanta afición á la prosa, pues los versificadores chavacanos y los necios compositores de idilios del imperio habían causado repugnancia al público; de suerte que creyendo que la poesía había muerto, al verla reaparecer con su esplendente aureola y cuando los sonos de otra arpa eoliana se dejan oír, resuena un grito de admiración de un extremo á otro de Francia, saluda al poeta que, cual otro Redentor, con la cruz en la mano, rompe el ídolo del materialismo y destrona á Voltaire.

Cosa rara de la que nadie á la sazón supo darse cuenta; Lamartine aprovechó de aquel magnífico éxito para entrar en la carrera diplomática.

Hoy en día parece verdaderamente que los poetas se empeñan en desprestigiarse á los ojos de sus admiradores, pues por una tenacidad incomprensible descienden de su trono de gloria y van á perderse en el carril político. Ya se les puede gritar, cuidado! cuidado! y prevenirles que no corresponde á Dante convertirse en discípulo de Maltus y de Maquiavelo: muéstranse sordos á todos los avisos, dirigense de frente al derrumbadero, topan en él, y cual ciegos, dan un tumbó; y se levantan sin su corona de laurel.

(1) Lamartine pasó dos años sin encontrar editor, mas al fin un librero llamado Nicole decidióse, por favor, á publicar un manuscrito del poeta, y se hizo rico.

Mas no nos anticipemos á los acontecimientos.

Desde luego Lamartine se permitió creer que la política no apagaría su génio.

En menos de dos años el editor de las *Meditaciones* vendió de esta obra cuarenta mil ejemplares.

Todo el mundo leía con entusiasmo el *Lago*, la *Oracion*, la *Inmortalidad*, el *Cristiano moribundo*, la *Tarde*, el *Otoño*, y veinte obras maestras mas, entre las cuales es necesario no echar en olvido aquella magnífica *Oda á Byron*, de la cual Chateaubriand decía:

«Esto vale mas que todo mi *Genio del cristianismo*.»

No hay mas que leer el preludio de aquel combate sublime, en donde el poeta de la fe lucha cuerpo á cuerpo con el poeta de la duda y de la desesperación.

Este primer volumen de poesía no llevaba el nombre del autor, y, sin embargo, la Europa entera pronunciaba el nombre de Lamartine.

Con este éxito concedióle el cielo la felicidad.

Bajo el cielo de Florencia apareció nuevamente otra Elvira, una rubia y graciosa hija de Albion, que ya había encontrado en los baños de Aix.

El poeta acababa de ser agregado á la embajada de Toscana, y unos dos meses despues casábase con la encantadora inglesa que, enamorada de la gloria de Lamartine, le entregaba su corazón y una dote espléndida.

En 1823 apareció el segundo volumen de las *Meditaciones* (1) que tuvo el mismo éxito que el primero. Notóse tan solo que el poeta hubiera debido manifestar mas nobleza en su realismo, menos recriminación al mártir de Santa Helena.

La *Oda á Bonaparte* y *El canto de la Consagración* decidieron al gobierno á ofrecer la cruz á Lamartine.

Habiendo fallecido por aquella época uno de sus tíos, le instituyó su heredero universal. Desde entonces tuvo una fortuna considerable cuyos productos derramaba como un príncipe ora en Londres, ora en Nápoles, á donde fué enviado sucesivamente de secretario de embajada. No tardó á subir otro escalón y volvió á Toscana con el título de encargado de Negocios.

Ahora nos detendremos un momento en estudiar nuestro personaje, puesto que hemos llegado al punto que debemos trazar su silueta, así física como moral.

El señor Lamartine es hermoso, su frente tiene un sello de inusitada belleza y en su mirada nótese á la vez dignidad, dulzura y altivez.

Mimado por las zalamerías mundanas, siempre se presenta como Luis XIV, mas sin tanta frialdad en su apostura, pues sabe dar una exquisita gracia á su altiva gallardía. Y creyendo que se le admira sin cesar, se pavonea con la mas íntima convicción de su propio mérito, y una maravillosa buena fé.

Una tarde, en una reunión, dignóse leer algunas estrofas; y la señora de la casa dijo á uno de sus amigos:

—Acabas de ver y oír al ilustre poeta: ¿le has examinado bien?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Encuentro que se asemeja á un pavo real.

—¿Qué te atreves á decir?

—Querida mía: el pavo real es un ave que tiene los pies muy feos (2), que canta muy mal y hace la rueda; y el Sr. Lamartine canta bien; ahí está toda la diferencia.

No todo el mundo juzga con tanta severidad al poeta, pues un día oímos que le decían: «Nacisteis para ser rey.» En efecto, su imparable majestad, su afición á presentarse, su amor á la lisonja, el modo de derramar el oro con tanta largueza y generosidad, su presencia de ánimo que nada le sorprende, y singularmente, la gloriosa sonrisa con que recibe á las señoras, hubiesen hecho de él un cumplido monarca.

Uno de nuestros mas ingeniosos folletinistas ha dicho de Lamartine:

«Es un sultan que no tiene pañuelo.»

Me parece que esta frase no carece de exactitud. Con grandes pretensiones de reinar en los corazones, y vanagloriándose de recibir cartas de señoras de las cuatro partes del mundo, jamás el poeta ha abusado de sus conquistas; teme las conversaciones á solas por no lastimar, sin duda, su dignidad que á todo trance quiere conservar.

Cuando trasluce en las personas que le son presentadas un sentimiento de admiración, siente hacia ellas una gran simpatía, y al contrario cuando nota que les causa un sentimiento opuesto.

—¿Encomendareis al ministro el joven que ayer os entregó una carta mía? le preguntó uno de sus amigos.

—En verdad no, respondió el autor de las *Meditaciones*.

(1) Este volumen contiene las poesías altamente notables *Safo*, *El poeta moribundo*, *El espíritu de Dios*, *Bonaparte*, *Las Estrellas*, *Una noche en Roma*, *El Crucifijo*, y el *Último canto de la romería de Harold*.

(2) El autor de las *Armonías* tiene unos pies por el estilo de los del Sr. Dupin, y va tan mal calzado como este.

Habiendo mandado á Couture que le hiciese su retrato, este le copió sus zapatos con toda exactitud, así es que Lamartine no lo aceptó. Adam Salomon, escultor judío y autor de un medallón de Carlota Corday, estuvo mas inspirado, por cuanto hizo una pequeña estatua de dicho señor con unos pies imperceptibles, y de este modo el taller de este artista se ve honrado con algunas visitas del original.

ciones; es un muchacho sin porvenir, pues mi presencia no le ha conmovido.

Muy ávido Lamartine de popularidad admite en sus salones al primero que se le presenta; si sale en coche le ofrece á personas que apenas conoce, y él continúa su camino á pié: y todo lo hace para crear admiradores y adquirir amigos.

Durante el período de su existencia literaria ha recibido mas de ochenta mil cartas de felicitacion, y á ninguna de ellas ha dejado de contestar.

Todos los alumnos de segunda enseñanza y de retórica hánle enviado versos y todos pueden enseñar un autógrafo concebido, poco mas ó menos, en los siguientes términos:

«M. S. M.: Es Vd. mas poeta que yo, trabaje Vd. con brio; cultive Vd. su buen talento, y confie en la gloria.

LAMARTINE.»

Sediento de alabanzas, acéptalas á medida que se las tributan, y las devuelve con usura (1).

Sin ningun empacho se le podrian quemar en sus narices todos los perfumes de la Arabia, pues no le darian ningun vértigo.

Mas dejando aparte esas nimias ridiculeces, muy tolerables á pesar de todo, nótese á nuestro poeta cualidades de las de mas valia, por cuanto está dotado de los mas ricos dones del corazon: jamás ningun desgraciado ha llamado á su puerta en vano. Todas sus asignaciones, como miembro del gobierno provisional, distribuyólas á los escritores pobres, sin ninguna instancia por parte de estos, acompañándoles preciosas cartas que duplican el valor de su buena obra.

Lamartine es una de aquellas bellas naturalezas caballerescas de la antigüedad, tan raras en nuestros dias.

Muchas veces, en sus lejanas excursiones, ha visto sin palidecer la muerte ante sus ojos, y mas de una vez con toda la impasibilidad, hija del verdadero valor, ha arriesgado su propia vida.

Una mañana, en Florencia, ve que la puerta de su gabinete se le abre extrepitosamente.

—¿Quién se atreve entrar de este modo en mi casa? dice el poeta, levantándose de su silla y mirando sorprendido á un militar de alta graduacion, que se le acerca con ademán, amenazador y un libro en la mano.

—¿Es Vd. el Sr. Lamartine? pregunta aquel inesperado visitante.

—Sí, señor.

—¿Ha escrito Vd. el *Ultimo canto de la romería de Harold*?

—Se lo confieso á Vd.; responde el poeta. Le suplico á Vd. se digne explicarme el motivo....

—¿Qué me ha traído á su casa de Vd.? Me parece que este libro se lo indica á Vd. suficientemente. Yo soy el coronel Pepé, hermano del general de este nombre: la Italia es mi tierra natal, y Vd. ha insultado á la Italia.

—Pero, señor.....

—¿Quizá ya no se acuerda Vd. del texto? Es necesario que yo ayude su memoria de Vd., y abriendo entonces el libro el coronel, lee en voz alta:

«De esta tierra cuyos hijos no son como sus pasados; cuyo suelo envejecido, da tan solo hombres gastados.»

—Sepa Vd. que soy jóven, y que en mis venas arde sangre, dijo con calor interrumpiéndose á sí propio el lector; pero permita Vd. que acabe.

«Donde en las frentes veladas se cierne nube sombría, Y con armas degradadas se hiere con cobardía.»

¡Voto á brios! una espada le probará á Vd. lo contrario; ahora mismo iremos á batirnos, á la luz del dia, si Vd. no borra de su obra esos ignominiosos versos.

—Dispense Vd., dijo Lamartine con calma; alguna vez cedo á una súplica, pero jamás á una amenaza.

—¡Pues bien! ahí tiene Vd. una poesía que le llevará mas lejos; pero escuche Vd., no todo acaba aquí.

Y le lee unos versos que herian aun mas vivamente el amor propio de los italianos.

—¡Sangre di Cristo! Vd. borrará eso, caballero.

—No, contestó el poeta. Vd. intenta intimidarme, y se equivoca Vd. En mi obra no haré borrones; por lo demás, estoy á las órdenes de Vd.

—¡Vamos! exclamó el coronel.

—Con mucho gusto, dijo Lamartine.

Y en el fondo del mismo jardin de la embajada se batieron, y el autor de la *Romería de Harold* recibió una herida grave, de resultas de la cual estuvo seis semanas luchando entre la vida y la muerte.

Toda Florencia vituperó al brutal patriota que estuvo á punto de matar al mas amable de los poetas por una antítesis: todo el mundo iba á inscribirse en casa de Lamartine; de hora en hora dábale el parte del estado de su salud, y el dia que se supo que ya estaba curado, fué un dia de alegría.

Las señoras italianas son aficionadas á las fiestas y diversiones, y hubiesen echado muy á menos las reuniones casi régias del encargado de Negocios de Francia.

En medio de sus trabajos diplomáticos, Lamartine continuó dedicándose á la poesía, y su talento se desenvolvía medido por los universales elogios.

Vuelto á París en el mes de Mayo de 1829 publicó

(1) Abusa tanto de esta reciprocidad de encomio, que hasta llegó á comparar al Sr. Dumas con Horacio por haberle enviado una carta en verso.

las *Armonías poéticas y religiosas*, sublime libro, que le abrió gloriosamente las puertas de la Academia.

No citaremos la multitud de obras maestras que contienen las *Armonías*. Los versos del poeta espiritualista están en la memoria de todo el mundo; pues encierran consuelos y acentos para todas las edades.

En aquella época hablábase de enviar un ministro plenipotenciario á Grecia, y el gobierno se resolvió á confiar á Lamartine aquellas altas funciones, cuando de repente estalla la revolucion de Julio, y nuestro poeta queda fuera de combate.

La antigua corona de Carlomagno y de San Luis cayó otra vez en el cenagoso arroyo del motin, y el pueblo recogióla para ofrecerla á Luis Felipe que la aceptó tal como se hallaba, sin limpiarla.

Lamartine, en vez de partir á Grecia, se marcha á distraer el mal humor bajo las sombras de Saint-Point, noble castillo feudal debido al legado de su tio; mas bien pronto cánsase de su retiro.

La gloria de las letras estaba lejos de satisfacer su ambición; ¡cuán triste es ser únicamente un gran poeta para su país natal!

La celebridad del señor Guizot no permitia á Lamartine estar mano sobre mano.

Oigamos lo que á la sazón escribia:

«Lo pasado no es mas que un sueño; no se deben derramar lágrimas inútilmente; no se debe tomar parte en una falta que no se ha cometido; es necesario volver á entrar en la categoría de ciudadanos; es necesario pensar, hablar, obrar y combatir con la familia de las familias, con el país.»

No es posible anticiparse mas directamente con el nuevo gobierno; pero los electores de Toulon y de Dunkerque obstinaronse en no querer comprender toda la intencion de aquel cambio, pues cometieron la imprudencia de no dar los votos á Lamartine á pesar de haberseles este pedido con tanto donaire.

La *Nemesis*, redactado por Méry y Barthélemy, azotó rudamente al poeta, quien al contestar, se colocó en la mas alta cima de una nube, prescindiendo de que se hallaba en la tierra, cerca de una urna electoral, al recibir los latigazos.

Abatido Lamartine por no poder entrar en la Cámara, resuelve privar á su ingrata patria de su presencia, y se embarca con su mujer y su hija Julia en un buque de su pertenencia, cuya tripulacion estaba á sus órdenes. Si con su salida la política experimentara una pérdida, la literatura gana un bello libro (1).

Lamartine hizo de tripas corazon, como vulgarmente se dice, sacrificando momentáneamente á su musa todas sus pretensiones parlamentarias.

«Inquieto, dice él, por el deseo de ir á visitar aquellos montes de los cuales Dios descendió, aquellos desiertos en donde los ángeles acababan de enseñar á Agar el oculto manantial para reanimar á su pobre hijo desterrado y muerto de sed, aquellos rios que salian del paraíso terrenal, aquel cielo del cual se veian bajar y subir los ángeles en la escala de Jacob. Yo soñaba un viaje á Oriente, como un gran acontecimiento en mi vida interior, y componia en mi mente sin cesar una vasta epopeya, en la cual aquellos hermosos sitios constituyeran su principal escena: parecíame que las dudas de mi alma y las vacilaciones religiosas, encontrarían allí su solucion y su reposo.» ¡En hora buena!

Ahora volvemos á encontrar á nuestro poeta tal como verle deseamos, tal como debiera siempre haber sido, siendo consecuente consigo mismo.

*Amar, orar, cantar; hé ahí toda mi vida.*

Pero ¡ay! el envidioso demonio de la tribuna debia cortar las alas al armonioso cisne.

Ahora en el punto en que nos hallamos, Lamartine está en el cenit de su gloria; sin embargo, volveremos á verle bajar nuevamente, perdiéndose en un laberinto.

El *Viaje á Oriente* y *Jocelin* son los últimos límites de su derrota poética; veremos cómo su estrella desaparece de la vista, y que su primera caída será la *Caida de un ángel*, y los *Recojimientos* no pueden ya ser sino un débil eco de las *Meditaciones* y de las *Armonías*.

No se crea que en Oriente se ocupase de aquel vasto poema del que hace poco nos ha hablado con tono tan solemne: desde Atenas y Jerusalem entabla una activa correspondencia con los electores de Dunkerque. En las orillas del Jordan sueña con el palacio de Borbon y en los muros de Jericó con la cartera de Estado.

Su sentimiento mas grande consistia en pensar, que, teniendo la Francia celebridades políticas, su nombre no figurase entre ellas.

En su *Viaje á Oriente* notamos un episodio curioso, contado por él mismo.

Es la visita del poeta á la señora Esther-Stanhope, sobrina de Willam Pitt, especie de loca iluminada, millonaria, que despues de haber pasado la mayor parte de su juventud corriendo de un extremo á otro del continente, al fin se quedó á vagamundear en la Siria, en donde, segun se asegura, las tribus árabes maravilladas de su magnificencia, proclamáronla en un hermoso dia reina de Palmira. Nuestro viajero encontróla en una especie de fuerte castillo con gigantescas murallas que ella se habia hecho construir en medio de las soledades del Libano. La señora Stanhope no creia en Dios, mas en cambio creia en la astrología.

—Nació Vd. dijo á Lamartine, bajo la influencia de

tres felices, poderosas y buenas estrellas, que dotaron á Vd. de iguales cualidades. Dios le ha conducido á Vd. aquí para iluminar su entendimiento: es Vd. uno de aquellos hombres de voluntad y deseo, necesarios como aquellos instrumentos indispensables para llevar á cabo las obras maravillosas.

Bien pronto volverá Vd. á Europa y la Europa ha acabado ya; la Francia sola tiene que desempeñar una gran mision y Vd. tomará parte en ella.

Con las ideas que germinaban en la cabeza del poeta no se necesitaba tanto para que se lanzara en las mas espantosas cimas de la ambicion; así es que se separó de la inglesa intimamente convencido de que era un hombre providencial, y que su destino era inseparable del destino de la Francia.

Mas ¡ay! la reina de Palmira, la hechicera de Druces no habia leído en las estrellas que Julia, aquella hija tan querida del poeta, su única hija, su orgullo, su alegría, su amor, estaba atacada de una enfermedad mortal en el mismo momento en que su padre se embriagaba con tan magníficas predicciones.

Habíala dejado en Beyrouth, bajo el celo de su madre, y al volver de la Siria encontróla que estaba agonizando.

Marsella, que vió salir á Julia llena de salud, de fuerzas y de juventud, al volver, vióla sepultada en un ataúd.

Durante la ausencia de Lamartine el colegio electoral de Dunkerque, con la influencia de celosos amigos, decidióse, al fin, á confiar al poeta un cargo legislativo. Nuestra tarea debiera terminar aquí: pues nada hay tan triste y doloroso á los hombres fieles á la religion del arte, que verse forzados, alguna que otra vez, merced á las locuras y cambios humanos, á sacar un ídolo de su pedestal sin poder tributar en su altar el incienso que antes se le habia quemado.

Por mas que se le dijo á Lamartine: ¡Sed poeta! encojase de hombros y contestaba: No lo espereis: la poesía ha sido para mí lo que es la oracion, el acto mas breve de mi pensamiento, y el que absorbe menos tiempo á mi trabajo: he hecho versos como vos cantais, estando solo, andando por las sendas solitarias de los bosques, pues aquellos cantos marcan el paso y prestan la cadencia de los movimientos del corazon y de la vida; y no pasan de aquí.

¡Oh, poeta, poeta! ¿Tú eres quién hablas así? ¡Y aquel entusiasmo que causásteis en nuestros corazones, aquellas inspiraciones sublimes con que enardecisteis nuestras almas, aquellos maravillosos cantos que escuchamos como un eco celestial, todo eso lo desprecias, lo pisoteas, y te burlas de nuestra natural admiracion! ¡La poesía para tí no era un sacerdocio, un culto! era solo un pasatiempo, una distraccion, un medio para ocupar tus ocios, te marcaba el paso, te prestaba la cadencia para adelantar mejor en la senda política!

¡Profanacion!

El dia que trataste tu Musa con tan vituperable ligereza, se te escapó para no volver mas.

Abofeteaste en ambas mejillas á aquella hija del Pindo, la arrojaste ignominiosamente, y en su sitio colocaste á una Gorgoña desgredada que ha cogido con sus descarnadas manos ¡pobre cisne! torciendo el cuello á tu genio para siempre.

No cabe duda, lo decimos en voz muy alta; ahora eres un prolista de mérito, un hombre probo, un ciudadano digno de recomendacion, un patriota de conciencia, hasta en tus mas grandes extravíos, pero ya no eres poeta.

El Lamartine que en nuestra juventud aplaudimos, el cantor de Elvira, el noble talento cuyos triunfos celebramos, ya no existe.

La historia que vamos á terminar es la de otro Lamartine.

En vez del poeta sublime, veremos al orador oscuro, al declamador sonoro y vacío, al hombre de partido sin horizonte, sin brújula, arrastrado por todas las corrientes y chocando contra todos los escollos. En vez del cristiano veremos al filósofo inquieto, indeciso, que llama á la puerta de todos los sistemas, que participa de todas las dudas, que hoy acepta las ideas de unos, mañana las de otros, vacilante, andando á tientas, sin tener el valor de volver á subir aquella radiante cima de la cual espontáneamente ha descendido.

¿A qué atribuiremos la decadencia de un genio tan noble y tan elevado?

Como á todos los ángeles de luz, el orgullo ha perdido á Lamartine.

Al ver resplandecer junto á sí aquellos meteoros que cruzan en las revoluciones, su falaz brillo le deslumbra, precipitase tras de él, y no conoce que va derecho á las tinieblas.

Cual niño á quien enseñan un fuego fátno que se agita entre cañaverales, corre en pos de la fugitiva llama y se atasca en el pantano.

El diputado de Dunkerque no causa ningun efecto en la Cámara.

Si se ha contraído el hábito de viajar por las nubes y de tratar con ángeles, muy mal se está aquí abajo con los hombres; por cuanto os llaman visionario, se burlan de vuestras huecas palabras, os tratan de cimbalo ruidoso, de serafin parlamentario, y os envían al tercer cielo; y el Sr. Lamartine juró que no volvería mas á él.

Los cielos, decia para sí, seguramente que están muy bien organizados; mi deber es organizar la tierra, en la cual quiero gozar las delicias del Eden. Y vedle ahí que revuelve todos los sistemas, todas las teorías y examina todas las doctrinas.

(1) El *Viaje á Oriente*.



Hácese sucesivamente *humanitario* con el autor de las *Palabras de un creyente*, *industrialista* con Saint-Simon y hasta se inclina á la escuela socialista; estudia los grupos, las atracciones, las falanges y todo con la mejor buena fe del mundo, con una confianza y una vanidad infantil, persuadido que la señora Stanhope leyó su porvenir en el gran libro de los astros, y que Dios le tiene destinado para hacer una brillante reforma en las sociedades modernas.

Su fama, su elevada posición respecto á fortuna, hácenle propio para ser jefe de partido.

Bien pronto el radicalismo le acoge á su bandera; prodígasele las lisonjas, excítanse todas las fibras de su amor propio; mas sus nuevos amigos son pobres y es indispensable que él les abrigue con su opulento manto; les da, y á fuerza de dar una parte á todos, nada queda para él: nuestro San Martín político se queda sin blanca.

Mientras Lamartine estuvo de embajador gastaba mucho mas de lo que tenía de renta: su viaje á Oriente costóle cerca de medio millón. Nada cercenaba á su esplendor, y veía que su fortuna iba decayendo rápidamente; la venta de sus obras en mucho no alcanzaba á cubrir sus deudas.

Bajo su noble mano, crisol en donde se fundía el oro, siempre había abierta otra mano extraña. Lamartine daba, daba sin cesar; cuando tenía su bolsa vacía pedía prestado.

—Me muero de hambre, escribióle lacónicamente un personaje muy conocido.

Lamartine le responde inmediatamente:

«Tengo cinco francos, ahí los tiene Vd. y dispense Vd. que no envíe mas. De Vd. de corazón.»

¡Ah! ¡si fuese rico, verdaderamente rico! solamente por un día! exclamaba Lassally, aquel gitano del buen Dios, que vivía á la ventura y sin hogar como los pájaros.

—¡Rico! le dice Lamartine, ¿cuánto necesitáis para serlo?

—Cinco luises; y le da cincuenta.

Al instante nuestro gitano compra zapatos charolados, un brillante sombrero, unos suaves guantes nuevecitos, puños finos, pero sin camisa, y vase á almorzar al café de París, come en Véfour, fuma delicadísimos cigarros, y se entrega una semana entera á una vida embellecida de delicias y amores.

Arsene Houssaye, que estaba enterado de la anécdota, —al verle pasar en un coche con un tronco, exclamó:

—Ved ahí los mil francos de Lamartine; ¡cuán bien empleados están!

Aquellas locas é imprevisoras generosidades han obligado mas de una vez al poeta á tener que pedir prestado. Viendo su caja vacía háse visto obligado á acudir á la de los libreros: así es que estos muchas veces han creído que era avaro.

¡Por Dios! No, era un escritor arruinado (1).

Respecto á aquella famosa historia de cartas comenzada en Inglaterra y terminada en las Tullerías, ignoramos hasta qué punto son verdaderos los pormenores.

Si no se atiende mi súplica, había dicho Lamartine, publico los *Girondinos*.

Por lo demás, la monarquía de Julio no era aficionada á prestar; pues, como todo el mundo sabe, tenía una numerosa familia, y cabalmente en aquel año en toda la Francia la cosecha había sido mala y el trigo estaba caro; y antes de pensar en estraños, es necesario pensar en los parientes.

Luis Felipe hizo oídos de mercader, y los *Girondinos* vieron la luz pública.

Esta obra, considerada literariamente, quizá tenga un gran mérito; mas mirada bajo el aspecto de la humanidad, es una mala acción.

Si alguien hubiese intentado rehabilitar á los hombres del terror, por cierto que no debiera haber sido Lamartine; jamás su pluma, ni la del Sr. Thiers, podrán borrar las manchas de sangre.

Por haber sido Luis Felipe demasiado económico, poco tardó en ver cómo la República pasaba disimuladamente la cabeza por debajo de su trono. Entonces dió gritos de espanto, llamó al Sr. Guizot, pero ya era tarde. Ni el ministro, ni el rey, descubrieron aquella mina subterránea; y estallando el motín véase Lamartine natural y repentinamente en el poder, pues este, á fuerza de pronunciar discursos en la Cámara, había adquirido al cabo muchas cualidades de orador.

Su hermosa cabeza arrogantemente erguida, su gesto digno y sóbrio daban á sus sueltas maneras un no sé qué de solemne é irresistible; de suerte que dada por fin al olvido su falta de lógica y su argumentación incoherente, todo el mundo se dejaba llevar por el atractivo de aquella frase melodiosa, que en prosa susurra reminiscencias poéticas.

Cuando Lamartine se dirigía á la tribuna, sus colegas decían por lo bajo:

—Bien: ¡ahora vamos á tener música!

Esta frase encierra toda la historia del papel que desempeñó nuestro héroe en 1848.

Para cambiar su lira por el baston de legislador había trabajado quince años, y al fin y al cabo, siempre le ha quedado su lira en sus manos.

Quizá Dios lo tenía así dispuesto para salvar la Francia.

(1) Su editor dice á los que quieren escucharle:

«Cuando publico una obra de Lamartine, solo el público sale ganando, pues yo siempre pierdo en ella. Háblame tan bien de sus caballos, de sus criados y sus pobres, que saca el doble de lo que yo quería darle.»

Cuando las hordas populares, furiosas, desgredadas y rujiendo, invadían las Casas consistoriales, aparecía Lamartine con majestuosa mirada y serena frente: hablaba, y todo quedaba tranquilo.

—¡Vamos á tener música! decía el pueblo, lo mismo que decían los diputados en la Cámara.

Sin embargo, el día de la bandera roja no fué solo la lira la que se oyó, pues Lamartine tuvo que apelar á los mas enérgicos arranques de su brio personal.

Ante el leon revolucionario que aguzaba sus garras sediento de sangre, no se traslució en el orador la menor señal de temor ó debilidad: extendió su poderosa mano, subyugó al monstruo y humillóle á sus pies (1).

Al ver el Sr. Lamartine que hasta aquel día se había aliado con los incendiarios, se hizo bombero.

Momentáneamente se pudo creer el árbitro de los destinos de Europa: de suerte que la hechicera de los Druzes llegó al cabo á tener razon.

Mas para organizar necesitase algo mas que elocuencia y valor:

Lamartine conservó su papel de Orfeo político y no le fué dado desempeñar otro: sus colegas encargáronle se cuidara de recibir todas las diputaciones y de pronunciar todos los discursos.

Anunciase una mañana que los delegados del *Grande Oriente* se dirigían á las Casas consistoriales en número de unos doscientos.

Para recibir á esa multitud había cuatro miembros del gobierno provisional. Lamartine, Ledru-Rollin, Armando Marrast y Cremieux.

—A fé mia, dice el autor de *Jocelyn*, eso ya no me toca á mí, pues en verdad que no sabría qué decirles; en mi vida he sido francmason.

—A mí tampoco, dijo Ledru-Rollin.

—Ni á mí, añadió precipitadamente Marrast.

—Confieso, dijo Cremieux, que he formado parte de la órden, mas un incómodo resfriado me ha puesto ronco, y me es imposible pronunciar ni una palabra: esto me impide hablar.

—Y á mí tambien, dijeron á la vez los otros dos, y dejaron solo á Lamartine que ya no podía escusarse: la diputacion entra.

Nuestro desgraciado miembro provisional no sabia cómo salir del paso: con azorados ojos miraba á todos aquellos hombres buscando una frase en su mente, y no encontraba ninguna.

De súbito su vista se fija en la bandera de la diputacion y al ver en ella su discurso, ya respira.

—¡Sed bien venidos, ciudadanos! exclama.

Al ver vuestra noble bandera, os reconozco hermanos. Su divisa es la de la Francia, es la mia, es la de todos nosotros: *Libertad, igualdad, fraternidad*. Soy francmason, siempre lo he sido y lo seré hasta la muerte... Y durante tres cuartos de hora hilvana períodos sobre este tema en medio de frenéticos aplausos: esto es lo que se llama elocuencia.

Otro día sus colegas le cogieron en un caso parecido; mas no salió tan airoso de él.

Tratábase de dar las gracias á las ribeteadoras y á las cardadoras de lana que acababan de presentar su ofrenda á la patria.

Lamartine echa una mirada á aquella cuadrilla de mujeres vestidas todas con zagalejos, sin ver entre ellas una fisonomía pasadera.

Fra la diputacion de la fealdad: así es que no podía hablar ni de gracias, ni de hermosos ojos, ni de blancas manos. ¡De qué habló, pues? Jamás ni él mismo se ha acordado: pronunció su arenga y sudó la gota gorda.

¡Oh ambicion! ¡Oh amor del poder! ¡Oh tarántula política! Todos han sido inficionados de ella.

Vuelto á sus magníficos salones de la calle de la Universidad, Lamartine consolábase de las molestias de las Casas consistoriales, aceptando los homenajes de sus aduladores. Allí fué donde una tarde una de las mas lindas mujeres de París quiso besarle su ilustre mano, y le dijo:

—Franklin decía á Voltaire *Dios y libertad*: yo digo *Dios y Lamartine*, y los que estaban presentes aplaudieron.

Otra tarde, un cortesano menos mañoso, insinuó al dueño de la casa que, segun todas las probabilidades, iba á nombrársele presidente de la República.

—Se equivoca Vd., contesta con frialdad Lamartine. El título de que Vd. habla corresponde á Víctor Hugo: yo seré presidente de la República universal: unas cuarenta personas oyeron esta contestacion. ¡Negad ahora las picadas de la tarántula!

¡Ay cuán corto ha sido el sueño y cuán triste el despertar! Las aves de la prosperidad huyen cuando la desgracia aparece (2).

Actualmente Lamartine ya no tiene su palacio, y su séquito se ha dispersado; pues, junto á él, háse sentado la desgracia; mas sin perder jamás su ánimo, la combate por medio del trabajo, y á pesar de eso, vuelve á aparecérsese con el negro cortejo de ugie-res, enseñándole una sima en la que echa un volúmen tras otro, un talego tras otro, sin poderla llenar.

(1) Bien sabida es la frase histórica: «Ciudadanos, la bandera roja que me presentais solo ha recorrido el Campo de Marte arrastrada en la sangre del pueblo, al paso que la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria y la libertad de la patria.»

(2) El jefe del gobierno provisional desde su caída no ha vuelto á ver á ninguno de sus aduladores; nadie le ha consolado, nadie le ha auxiliado. Por espacio de un mes háse visto en casa de un chalan de la calle de la Magdalena un retrato de Lamartine hecho por Laurencé, y al ver que la ingratitude de la clase media lo dejaba á la vergüenza, un literato lo compró.

Las innumerables entregas del *Consejero del pueblo*, la *Historia de la Restauracion*, *Rafael*, *Genoveva*, *Las Constituyentes* (1) y veinte obras mas han quedado sepultadas en el abismo; y el escritor siempre trabaja, pues trabaja á los sesenta y cuatro años, en cuya edad debería ya descansar en su gloria.

Y trabaja para evitar que ávidos acreedores no le arrebatasen á trozos el terreno y el edificio de aquella antigua morada en que descansan su abuelos y que él, á todo trance, conserva religiosamente á pesar de las gabelas y las hipotecas.

Todos los años va á pasar el otoño con su señora, el ángel de su hogar y el consuelo de su decadencia.

La señora Lamartine siempre ha sido tan buena, tan generosa y tan grande como él. Dargaud, su fiel amigo, inquieto al verla, siempre cómplice de su prodigalidad, entra una mañana indignado en la modesta estancia que ahora ocupan, en la calle de la Ville-l'Éveque, y exclama:

—Dénseme todas las llaves que yo voy á instalar-me aquí: seré el *factotum*, el mayordomo, de aquí en adelante yo tendré la bolsa.

¡Pobre Dargaud! ¡Qué deber te impusiste!

Una señora de la caridad de la Magdalena se presentó al día siguiente á pedir limosna para los pobres.

El *factotum* había creído poderse ausentar sin temor alguno teniendo la llave del secreter en el bolsillo.

La señora Lamartine manda al ayuda de cámara que descerraje el secreter. Y entonces ella saca los ochocientos francos que le habían quedado en billetes de Banco, los dobla con su blanca mano con todo cuidado y los echa en la limosnera.

Su esposo la miró sonriendo y acariciándola.

Mas Dios vela por las almas privilegiadas: esos últimos días ha corrido la voz de que una incógnita mano ha enviado impensadamente al Sr. Lamartine una esquila.

Abierta la carpeta dícese que bajo este dichoso sobre ha hallado veinticinco mil libras pagaderas al portador. Si el hecho es cierto, bendigamos á la anónima Providencia que acude noble y santamente al auxilio del poeta.

Tributémosle gracias por la literatura; tributémosle gracias por la Francia.

Pues si el Sr. Lamartine, en nuestro concepto, ha cometido faltas políticas que nos hemos permitido echarle en cara impulsados por el deber de historiadores, no es menos cierto que nos quedan sus obras, obras sublimes, obras eternas que constituyen la gloria de la patria y alcanzan los aplausos del mundo.

(Traducción de Francisco Molins.)

#### VIBA ANTIGUA Y VIDA MODERNA.

Durante la estancia de nuestros opresores en el poder, el Estado, imaginándose poseedor del magnífico don de la infalibilidad y creyendo erróneamente tener para con sus mismos súbditos los deberes que al padre de familia para con sus hijos ha señalado la naturaleza, lejos de limitarse á realizar el derecho, único de los fines de la vida social cuyo cumplimiento es de su competencia, invadía el campo de acción del individuo, le despojaba de la iniciativa que para cumplir el fin industrial, el científico, el artístico y el religioso le corresponde, imponiéndole un tipo ideal á cuya realización debía dirigir sus aspiraciones y esfuerzos, señalándole método y reglas de que para ello hacer uso, sometiendo á la Inquisición tan eficaz y vejatoria como irritante de sus delegados, llevando su afán de inmiscuirse en todo hasta el punto de asociarse á las empresas mercantiles por los particulares acometidas, y consecuencia de esta sed hidrópica de atribuciones era que legislaba á su arbitrio, velaba por la rigurosa observancia de la ley, vinculaba en sí mismo el derecho de consagrarse á la investigación de la verdad, monopolizaba el de difundirla por medio de la enseñanza, sometía las creaciones del ingenio á la censura previa de Zoilos, que encumbrados por él á la dignidad de Aristarcos, mutilaban estúpidamente ó condenaban á la oscuridad las no vaciadas en el raquítico molde oficial, convertíase en empresario, en fabricante, en mercader, en tasador de los productos á la venta pública destinados, cuidaba solícito de proveer á la subsistencia de la clase proletaria proporcionándole trabajo, practicaba la virtud de la caridad, estableciendo asilos benéficos para socorro de la indigencia, determinaba las relaciones que unen al hombre con el Sér anterior á toda anterioridad y pos-

(1) El Sr. Lamartine escribe tan aprisa la historia como si la inventase (a). Es prodigiosa la facilidad con que trabaja. Un director de un periódico pidió un extracto de *Los Girondinos*. El autor nada tenía preparado, y en media hora, sin cesar de hablar con el personaje que le visitaba, escribe tres columnas. En su sitio de Saint-Point, dice el Sr. Houssaye en uno de sus últimos libros: «Lamartine se levanta á la hora de los pájaros, trabaja como los labradores y se acuesta á la puesta del sol.»

(2) Nota del traductor. El Sr. Pelletan, escritor profundo, de amena frase y elegante estilo dice: «El Sr. Lamartine, es, en nuestro concepto, un historiador; y si á nuestra vez no temiéramos que nos tomasen por poetas añadiríamos un excelente historiador.»

Conoce perfectamente la parte incisiva é inédita de la historia, y en situaciones ex-otíneas, dadas, narra admirablemente las causas y sus efectos; en una palabra, está dotado del don de intuición; y leyendo en el fondo de los acontecimientos abre, á su grado, las puertas de lo misterioso.»

terior á toda posterioridad, como diría Pelletan, imponiendo á sus súbditos la religión á que él rendía culto; en una palabra, como con graciosa exactitud decía algun tiempo hace, no recordamos cuál de nuestros colegas, ocupándose de la multitud de funciones que desempeñaba el Estado bajo la babilónica dominación de los reaccionarios que hoy gimen en el ostracismo, lo era todo, absolutamente todo, desde legislador hasta nodriza; y consecuencia natural de este régimen ha sido que una parte del pueblo, creyendo deber darle esa multiplicidad de atribuciones que absorben al individuo ó juzgándola excesiva, pero habituado á no cumplir la misión que de perfeccionarse le impuso el Hacedor Supremo, sino sometiendo ciego y vitaliciamente á la tutela del poder, haya abdicado en él su iniciativa y entregándose al quietismo enervador que le impulsa á exigir á este intervenga en cuantos actos al cumplimiento de su destino encaminados, ejecute, á la manera que el débil y tierno infante acude en demanda de auxilio á los autores de su existencia, para satisfacer la mas mínima de sus volubles y escasas necesidades.

¿Pueden, acaso, armonizarse esa indolencia ó timidez con la libertad planteada tan latamente como aspiran á establecerla los iniciadores de la revolución? No: la limitación de las facultades humanas que sujeta al hombre á la observancia de la ley económica de la división del trabajo divulgada por Adam Smit, no comprende solo al individuo, alcanza también á los pueblos, y si es que de nuestra patria ha de seguir marchando por la senda liberal en que se halla, fuerza es que, haciendo al constituirse la separación de potestades que la ciencia política preceptúa, confie al Estado el cumplimiento del único fin, cuya realización abandonada á los particulares conduciría inevitable y rápidamente á la ruina del cuerpo social, el de derecho, y se reserve aquellas cuya posesión le es indispensable para efectuar todos los demás, sin admitir del Estado otra intervención que la puramente necesaria á este para garantizarle la libertad al realizarlos. Si digan lo que quieran los entusiastas *laudatores temporis acti*; á eso, y solo á eso debe quedar reducida la misión del Estado, porque la razón y la historia de todos los pueblos demuestran irrefragablemente que, allí donde merced á una falsa noción de él se le ha conferido ese cúmulo inmenso de funciones que ejercer, la civilización, lejos de avanzar, se ha inmovilizado.

Erígido el Estado en investigador y propagador de la ciencia, la razón, esa antorcha de cuya luz tan cuidadosamente tratan de preservar sus doctrinas los astutos partidarios del neismo, falta de lo que para su desarrollo requieren las facultades del espíritu humano, el libre ejercicio, se embota, se aniquila y el hombre muévase inconscientemente á arbitrio del poder, sin acordarse para nada de investigar ni el móvil, para él misterioso, que le impulsa, ni el espacio que recorre, ni el término de su carrera; y si alguno, aguijoneado por la curiosidad ó quizás por un presentimiento instintivo y vago de la grandeza de su misión, se consagra á escudriñar la ciencia; medita, estudia, analiza, juzga, compara las verdades á cuyo conocimiento llega con las que constituyen el credo oficial y hallando estas erróneas, osa exhortar á sus conciudadanos á abjurarlas revelándoles su falsedad, es al punto obligado á enmudecer ó expía su heroísmo yendo á ocupar un puesto en el martirologio de los libres pensadores. A no haber existido *verdad oficial* no hubiera Grecia dado á Sócrates la cícuta, no hubiera Italia cometido el crimen de torturar á Galileo, no hubiera España perseguido á Vives y á Andrés Besalio, encerrado á fray Luis de León en las mazmorras del Santo Oficio, ni arrastrado durante tanto tiempo las cadenas, en Alcolea despedazadas.

Si inadmisibles de todo punto es el derecho de investigar y difundir la ciencia hasta ahora concedido al Estado, acreedor á mas acerbos anatemas es todavía el que de exigirle trabajo creen erróneamente que asiste al individuo algunos liberales, idólatras tan ardientes como ofuscados de los delirios demagógicos de Fourier, que partiendo del absurdo principio de que existen los individuos para el Estado, y no el Estado para los individuos, abogan con mas calor y energía que razones por el establecimiento de una República, semejante á la soñada por Licurgo, no echando de ver que el derecho de propiedad, uno de los comprendidos bajo la denominación general de naturales, es, como ha sostenido Proudhon, incompatible con el de derecho al trabajo, que planteado con la latitud con que la observancia del principio de la igualdad obligaría á establecerle á sus defensores, caso de que la fortuna les deparara ocasión de poner en práctica su sistema político, no habría de dar otro fruto que un nombre mas que escribir en el registro mortuario de las naciones suicidas.

La caridad, síntesis de las doctrinas por el Mártir del Gólgota predicadas, ejercida por el Estado, lejos de ser fructuosa, produce efectos diametralmente contrarios á los que sus panegiristas aseguran. Sobre imponer al hombre la obligación inexigible en la tierra de practicar la virtud, agota la caridad individual y engendra en él la imprevisión, sepulcro del ahorro y cuna de esa terrible dolencia social que, en mayor ó menor grado, aflige á las naciones europeas y que conocemos con el nombre de pauperismo. Los que juzgan erróneo nuestro aserto, consulten la estadística y en sus páginas hallarán demostradas con el elocuente laconismo de los números, la ineficacia y perniciosidad de la beneficencia pública que justa y graciosa-

mente satirizaba ya el festivo escritor Iglesias, considerándola como una de las causas del acrecentamiento de la pobreza en nuestro país.

Pero el derecho que mas urge restituir al individuo, es el de profesar la religión que mas sea de su agrado, porque de la libertad de cultos proceden todas las que, reunidas, constituyen la personalidad humana, y renunciando á su establecimiento no tardaría en derrumbarse el edificio por la revolución levantado, pues como decía el célebre Ercilla:

A máquina que en falso asiento estriba  
Su misma pesadumbre la derriba,

y daríamos una vez mas el tristísimo espectáculo de volver á gemir bajo el yugo clerical á que somos deudores de la ruina de nuestra agricultura, de nuestra industria, de nuestro comercio, de la pérdida de ricos y dilatados países, del aislamiento cenobítico en que vegetábamos infringiendo la ley divina de la fraternidad humana y de tantos otros males que la historia registra en sus páginas. Déjese, por tanto, á cada individuo abrazar y rendir culto á las creencias religiosas que juzgue verdaderas, y desaparecerá de España esa *unidad de hipocresía* (como diría el eminente escritor don C. Rubio) en que para vergüenza nuestra por espacio de algunos siglos hemos vivido. En las naciones solo el Estado tiene la obligación de ser ateo.

Fácil nos sería poner mas de relieve aun los males que á los pueblos ocasiona la intervención oficial en los asuntos de la exclusiva competencia del individuo, pero creemos basta lo ya dicho para que se comprenda cuán justas y patrióticas son las exigencias de los que tan calurosa como reiteradamente claman por la disminución de las funciones del Estado. Despójesele, pues, de las extrañas á la altísima misión que le corresponde realizar; restitúyase al individuo y conságrmonos al ejercicio de ellas con celo y ánimo varonil, no tímidamente; que somos los por la Providencia destinados á regenerar la patria afianzando en ella la libertad, y hazañas tales solo al valor es dado ejecutarlas: la vida de los tímidos nunca fué ni será otra cosa que una serie de tentativas frustradas.

JOAQUÍN RODRÍGUEZ GALLINAR.

Hemos recibido por la vía de Nueva York el siguiente documento publicado por la *Gaceta de la Habana* con fecha 12 de Febrero último:

1.ª sección.—Oficinas superiores generales.—Gobierno superior político de la siempre fiel isla de Cuba.—El plazo fijado por mi decreto de 12 de Enero espira el 29 de este mes. El Gobierno Provisional de la nación quiso dar ejemplo de tolerancia y de concordia, y fué el primero en proclamar, con los principios salvadores de la revolución de Setiembre, una nueva era de reconciliación y de olvido. Yo así lo dije en su nombre, y á mis palabras fueron muchos los insulares que comprendiendo el verdadero y legítimo interés de la patria, aceptaron el honoroso beneficio de una medida que, á mas de proporcionarles bienestar y reposo en el seno de sus familias, auguraba el término de una lucha para ellos desesperada y estéril.

Los trastornadores, sin embargo, del orden público; aquellos que fan su importancia presente y su medro futuro en la inevitable destrucción y aniquilamiento necesario de la tierra en que nacieron, y otros que procuran retardar de esa manera la acción de los tribunales de justicia, lejos de cesar en ellas, redoblaron sus astutas maquinaciones con el criminal propósito y deliberado fin de colocarme en la dolorosa alternativa, ó de permanecer indiferente y tibio en presencia de los proyectos insensatos que fraguaban, ó de recurrir á medidas violentas, de viciosa interpretación siempre, y que, sobre haber repugnado á mi carácter, hubieran contribuido á poner en duda la estabilidad de las concesiones políticas de la revolución, y el noble deseo y regeneradores impulsos del Gobierno Provisional.

Desgraciadamente para ellos, han conseguido lo segundo. Abierto, empero, tienen el camino trazado en mi decreto de amnistía los insurrectos de Yara y cuantos se encontraban con las armas en la mano el día 12 de Enero: abierto le tienen hasta el día 20 del presente mes.

No así los que hoy, alucinados sin duda por la imaginaria y química posibilidad del triunfo, se levantan en son de guerra al grito de independencia, incendiando fincas, y destruyendo el porvenir de un número infinito de familias. No cuenten esos, ni los que de ellos se sirven como de dóciles instrumentos, con la generosidad del Gobierno. Las cuestiones sociales reclaman eficaces remedios y terribles sacrificios. Se han equivocado grandemente al interpretar como flaqueza lo que ha sido tolerancia del gobierno.

La opinión pública en el resto de la nación española se manifiesta unánime: la integridad del territorio á todo trance, y el sosiego público, como el mejor cimiento de la libertad política de un país. El Gobierno Provisional contrajo el solemne compromiso de conservar aquella y el de salvar el sagrado depósito que le encomendó la revolución española.

El Gobierno Provisional cumplirá tan ineludible obligación. Deplora, sin embargo, verse compelido, por la mala voluntad de los menos y la absurda ingratitud de los mas, á la adopción de medidas que no porque las autorice la legalidad de la revolución dejan de ser contrarias al espíritu de progreso y á la esencia de las instituciones modernas.

Así, pues, y en uso de las facultades extraordinarias de que me ha revestido el Gobierno Provisional de la nación, decreto lo siguiente:

Artículo 1.º Cesan por ahora y mientras duren las actuales circunstancias, los efectos de mi decreto del 9 de Enero sobre libertad de imprenta.

Art. 2.º Queda restablecida la previa censura.

Art. 3.º Las causas, incoadas ya, seguirán los trámites que marcan las leyes, con arreglo á las prescripciones del decreto de 9 de Enero.

Art. 4.º No se repartirán los periódicos sin el permiso escrito del fiscal.

Art. 5.º No podrá publicarse ningún periódico sin licencia del gobierno superior político.

Art. 6.º La contravención á cualquiera de estas disposiciones será considerada como delito de infidencia, y sus autores entregados á los consejos de guerra.

Habana 12 de Febrero de 1869.—Domingo Dulce.

—En uso de las facultades extraordinarias de que me ha revestido el Gobierno Provisional de la nación, decreto lo siguiente:

Art. 1.º Los delitos de infidencia serán juzgados por consejos de guerra ordinarios.

Art. 2.º Las causas incoadas ya seguirán los trámites que marcan las leyes para los tribunales de justicia.

Art. 3.º Toda agresión de obra ó de palabra contra cualquiera de los delegados del Gobierno, será considerada como delito atentatorio á la autoridad, y quedará sujeto su autor á los consejos de guerra.

Habana 12 de Febrero de 1869.—Domingo Dulce.

Insertamos íntegro á continuación, como muy importante, el texto del discurso pronunciado por el general Grant, al prestar juramento del cargo de presidente de los Estados Unidos:

«Ciudadanos: Vuestros votos me han elegido presidente. He prestado el juramento prescrito por la Constitución, con entera sinceridad y con el deseo de cumplir de la mejor manera posible con mis nuevos deberes.

Comprendo la responsabilidad de mi puesto, pero la acepto sin temor. El puesto que me ha sido confiado, no lo he solicitado.

Cuando lo crea conveniente, daré á conocer al Congreso mi opinión sobre las grandes cuestiones.

Opondré mi voto para rechazar las medidas á las cuales me he opuesto siempre. Pero todas las leyes serán fielmente observadas, obtengan mi aprobación ó no. Tendré una política que recomendar, pero ninguna que oponer á la voluntad del país.

Las leyes deben imperar sobre todos: lo mismo sobre los que las aprueban, como sobre los contrarios á ellas.

No conozco manera mas eficaz de asegurar la reforma de las leyes nocivas, que su estricta ejecución.

Si suscitárais muchas cuestiones de interés, en el transcurso de los cuatro años próximos venideros, y sería de desear que fueran apreciadas con calma y sin prejuizgarlas, viado el fin á que todos debemos aspirar la felicidad del mayor número. Este fin exige la seguridad para los individuos, para los bienes y para las opiniones políticas y religiosas en todo el país.

Todas las leyes que tiendan á ese fin serán objeto de constantes esfuerzos con respecto al planteamiento de las disposiciones que tiendan á consolidar la unión.

Se ha contraído una gran deuda. Debemos pensar seriamente en liquidarla y en llegar al pago en especies tan pronto como podamos hacerlo, sin atentar á los derechos de los acreedores ni al interés general del país.

Para sacar á salvo el honor nacional, cada dollar de la deuda del gobierno debe ser reembolsado en oro, á menos que no se haya pactado de otra manera en la celebración del contrato.

Creemos que no debe ser negado ni un solo céntimo de la deuda pública. Admitido este principio, contribuirá grandemente á aumentar nuestro crédito, que debe ser el primero del mundo, y que nos permitirá, finalmente, convertir nuestra deuda en bonos y pagar intereses menos crecidos que los que ahora pagamos.

A esto debía añadirse la percepción fiel de los recursos del Estado, la estricta contabilidad del Tesoro para todo dollar recibido, y la economía mas grande posible. ¿Quién duda de la posibilidad de pagar cada dollar con mas facilidad de la que lo pagamos ahora por un hijo inútil?

El comercio languidece y debe ser levantado, y la industria estimulada. Los jóvenes de este país tienen un interés particular en mantener el honor nacional.

Un instante de reflexión sobre nuestra futura influencia preponderante en las naciones debe inspirar al orgullo nacional los medios de pagar la deuda pública. El pago en especies es menos importante que la adopción de estos medios.

Disposiciones legislativas que tengan ese objeto no son necesarias. No es este el momento de aconsejarlas, pero será preciso hacerlo cuando la ley civil sea restablecida enteramente en todo el país, cuando el comercio haya recobrado su actividad habitual.

Yo me esforzaré en hacer ejecutar las leyes de buena fe, con el fin de asegurar la percepción y la repartición exacta de los recursos del impuesto.

Haré todo lo posible para nombrar hombres imbuidos en esta idea.

En lo que concierne á la política extranjera, obraré, respecto á las naciones, como la ley quiere que los individuos obran los unos con relación á los otros. Donde quiera que flote el estandarte americano, protegeré á los ciudadanos que respeten la ley, americanos ó extranjeros, cuando sus derechos se vean amenazados.

Respetaré los derechos de todos los países y pediré que los nuestros sean respetados. Si algunos países olvidaran sus deberes en sus relaciones con nosotros, podremos obligarles á que los respeten.

La política que debemos seguir para con los indios, merece un detenido exámen. Será favorable á toda medida que tienda á civilizarlos, á convertirlos al cristianismo, á hacerlos ciudadanos americanos.

Espero y deseo la adopción de la enmienda de la Constitución en lo que se refiere al sufragio.

Quiero la paz, la indulgencia, la paciencia que todos deben tener los unos para con los otros en todo el país.

Deseo también que todos los ciudadanos hagan heroicos y enérgicos esfuerzos para cimentar nuestra dichosa unión, y ruego á Dios que nos ayude en la realización de este fin.»

El señor ministro de Hacienda ha publicado un decreto, resolviendo que desde 1.º de Abril próximo el precio de la sal que se facilita por la Hacienda pública á los fomentadores de pesca y salazon, fabricantes de escabeches, salazoneros de carnes, ganaderos, fabricantes de conservas alimenticias de todas clases, de queso y manteca al estilo de Flandes, de productos químicos, de fundición de minerales, de barrilla y jabón, de cristal, vidrio, loza, losetas y mosaicos para pavimentos y de guano artificial, sea para todos 10 reales vellón por quintal tomándola en los depósitos y alfolles.

Sobre el precio señalado en el párrafo anterior, satisfarán 2 rs. mas por quintal por gastos de misturación y adulteración la industria pecuaria, los fabricantes de productos químicos, los de fundición de minerales, los de barrilla y jabón, y los de cristal, vidrio, loza y losetas.

La entrega de sal pura ó misturada á las industrias se verificará únicamente en los depósitos y alfolios con estricta sujeción á los que determinan instrucciones vigentes.

La *Gaceta* ha publicado el siguiente decreto:

«Artículo 1.º Se aprueba la propuesta del inspector de telégrafos de la isla de Cuba relativa al personal del ramo y supresión de trece estaciones, fijándose en cuatro el número de jefes de línea, cuatro de estación, 33 telegrafistas primeros, 57 segundos, 31 ordenanzas y 67 celadores montados, quedando por tanto modificado en este sentido el decreto de 27 de Noviembre último.

Art. 2.º Por el gobernador superior civil se facultará al referido inspector para llevar por sí á cabo las economías que se indican en su informe.

Art. 3.º Para el servicio de telégrafos se considerará al expresado funcionario con las mismas facultades y atribuciones que los inspectores de obras públicas.

Art. 4.º Cuando se hallen planteadas todas las reformas de que tratan los artículos anteriores se abrirán nuevas estaciones conforme vaya exigiéndolo el mejor servicio.

Art. 5.º No sufrirá alteración alguna la tarifa; pues si bien el tipo es mas barato que en la Península, en cambio la red telegráfica es mas pequeña.»

## LA SEÑORITA DE LA QUINTINIE.

NOVELA DE JORGE SAND,

traducida por

**DON JOSÉ DE LASA.**

(Continuación.)

Sesta carta.

Lucía á Mr. Moreali en Chambéry.

CASTILLO DE TURDY, viernes á la noche 7 de Junio.

Amigo mio: Vuestra carta, furtivamente remitida por medio de un desconocido, me ha sorprendido y conmovido; ¿pero es por culpa vuestra ó por la mía? Es la primera vez que una carta vuestra no me proporciona una satisfacción sin algo de pena. Encuentro en esta cierto tono de censura y de amargura, y quiero decirlo con la franqueza con la cual me habeis autorizado, expresiones que me hieren, ideas que no conozco.

Veo vuestra constante solicitud para mí, el celo que mostráis por mi salud, el fervor entusiasta de vuestra piedad; pero la delicadeza de vuestra amistad fraternal, la encantadora pureza de vuestro diálogo, parecen haber participado algo de vuestras preocupaciones, de un tinte particular, que me contrasta sin poder decir por qué. Examinó mi conciencia y no la encuentro nada culpable. Me interrogo con temor, y no siento nada desfallecido ni sé, nada desgastadas mis ideas. Me echais en cara una reserva prudente que no es de mi carácter, y que el misterio del cual os rodeáis me hace tener á la fuerza.

No sé fingir, y os confieso que al hablar de la siesta de mi buena tía, no pensaba de ninguna manera en advertiros para que os aprovecharais. Lo que esperaba en ese diálogo; nada desbarazado, que hemos tenido delante de ella, es que pensarais en confiarla el nombre sobre el cual os he conocido hasta hoy. Ese nombre, que tantas veces le he repetido al darla parte de nuestras cartas, le hubiera explicado nuestras relaciones de amistad.

Mi tía ha nacido para guardar un secreto, y yo hubiera vendido el vuestro sin inquietud, si vuestras miradas no hubiesen expresado una desconfianza y un temor particulares. Dejádme decirlo, amigo mio, que si respeto los misterios de nuestros dogmas sagrados, no me gustan mucho aquellos que nada tienen de comun con los intereses de la Iglesia. De seguro, vos os habeis consagrado á una obra de propaganda, cuyo resultado debe ser el que á Dios le plazca; pero ¿qué clase de bien es ese, que no se puede practicar abiertamente? ¿Esas trazas de conspirador son propias de un hombre de vuestro carácter?

En cuanto á mí, no sabría ir mas adelante en esta especie de complicidad. Os suplico os manifestéis tal cual sois á mi tía, pues ya estais en buenas relaciones con ella, y no me pidais engaño á mi abuelo y á mi padre: autorizadme al contrario para que les hable de vos ó á no anunciarles vuestra visita sino despues de enteraros de vuestros planes. Mi padre probablemente no pondrá obstáculo alguno á nuestra amistad: desde hace un año que no le veo, creo que se ha operado en él un cambio extraordinario y que sus antiguas ideas han desaparecido para no volver, como si nunca las hubiera tenido. Eso es una cosa importante, de la cual hablaremos largamente, si es que podemos hablar sin abusar de la confianza de nadie.

Respecto á mi abuelo, será algo mas difícil persuadirle: me ha costado mucho trabajo no hablarle nunca de vuestras cartas; pero su oposición á mis creencias le era tan dolorosa, que he creído deber mió evitar hablarle de todo lo que diera lugar á una discusión. Sin embargo, él tambien ha cambiado y ablandado ante mi cariño y ternura, y aun cuando la empresa es difícil, no renuncio á ella. Decidme que pensais de todos modos en ser recibido en Turdy, é intentaré con valor, pero siempre bajo la condicion de no mentir, haceros acoger bien por todo el mundo.

Tranquilizad mi conciencia en todos estos puntos, y sino llegamos á poderos hablar, os escribiré una larga carta sobre el estado de mi alma y sobre el fondo de mis pensamientos. Vereis en ella, así lo espero, que merezco siempre vuestra estimación, vuestra fraternal y bondadosa afección.

Lucía.

Sétima carta.

M. á la señorita de la Quintinie en el castillo de Turdy.

CHAMBERY, 8 de Junio.

Señorita: Si tuviera una misión secreta, ese secreto no me pertenecería, y no vacilo en decirlo que no tendreis, ni como mujer que piensa bien, ni como cristiana ortodoxa, el derecho de censura y de exámen en los tramites oficiales ó en los secretos que tienden á asegurar el triunfo de la religion y la prosperidad de la Iglesia. No intento hacer una distinción especiosa entre esos dos términos idénticos: eso sería una herejía, de la cual vuestro jóven amigo os habria impregnado. Espero que vos no pensais aun así, y que reconoceréis la necesidad en que podemos estar, en estos tiempos de persecución, de ocultar nuestros actos mas puros y meritorios. Los primeros cristianos

celebraban los misterios divinos en el fondo de las catacumbas de Roma. ¿Eran conspiradores ó traidores?

Pero no tengo misión alguna secreta ni pública: tranquilizaos, un escrúpulo que os honra, despues de todo, os hace vacilar en engañar á vuestros parientes. Si fuera preciso, para el servicio de Dios y de la Iglesia, os absolvería del pecado sin faltar á mi conciencia; no es preciso, sin embargo, y no lo será. Me he adelantado á vuestras confidencias con Mlle. de Turdy. Ahora sabe quién soy, me conocia ya por mis cartas, que habia visto por habérselas enseñado vos. Poseo toda su confianza y hasta su amistad.

En cuanto al general, ya sé tambien que podré confiarme á él. Vuestra tía me ha hecho conocer el feliz cambio que se ha operado en su espíritu, de lo cual dan testimonio sus cartas. Espero serle presentado por ella cuando venga á verla. No nos queda, pues, mas que vuestro abuelo que contentar, á causa de sus prevenciones particulares. Creo que podremos evitar todo contacto con él, y poner así vuestra sinceridad al abrigo de todo sufrimiento.

Me encontráis cambiado, Lucía; y vos, ¿no lo estais? Y por otro lado, ¿podeis decir de mí, que habeis visto jamás que abrigaba la presunción de querer colocar entre vos y Dios una personalidad cualquiera? Habeis creído descubrir en mí alguna luz, y me habeis consultado como se consulta á un hermano mayor, dotado de experiencia y lleno de abnegación. Toda mi sabiduría consistía, estad segura de ello, en una sinceridad de afección que en ninguna parte encontraréis tan entera y pura. Mi tarea era fácil. No habia habido nunca discusión entre nosotros, y jamás me habeis confiado un proyecto de vuestro espíritu, un voto de vuestro corazón, al cual no estuviera yo dispuesto á bendecir y aprobar. ¡Vuestra fe era tan bella, tan inmensa, tan tranquila!

¡Parecía asegurada para siempre, y solamente se debian dar gracias á Dios por haberos hecho tal cual érais.

He debido pareceros optimista y tolerante por naturaleza. No lo soy. ¡Lucía! he sufrido mucho en este mundo para poder creer que se encuentra en él la dicha, y he sondeado muy bien los abismos de mi propia debilidad para creer que hay faltas ligeras en el tribunal de una conciencia verdaderamente cristiana. Pecador entre los pecadores, no me lisonjeo de haber expiado mis propias faltas; y si alguna cosa pudiera dulcificar mi amargo recuerdo, es el espectáculo que me ofrecia la expansión de vuestras virtudes. ¡Ay de mí! ¿Debo renunciar á esa alegría tan santa? ¿Estoy destinado á la horrible prueba de veros abandonar el trato de los ángeles y las vías del bien eterno?

Algunas expresiones de mi última carta han tenido la desgracia de desagradaros. No sé cuáles serían; pero si difieren algo de la noble adhesión que os he consagrado, las retiro y me retracto de ellas. Es preciso perdonarme el que haya llegado á ser un poco áspero en el retiro en donde he pasado estos últimos días, al lado de uno de esos espíritus fuertes que no conocen las contemplaciones, porque se colocan muy por encima de las conveniencias humanas.

Esta lengua italiana, en la cual he tomado la costumbre de escribir y pensar, es tambien mas primitiva que la nuestra en sus manifestaciones. Define mejor los casos de conciencia, economiza menos las susceptibilidades del pudor. Tengo que corregirme y refrenarme, tanto mas, cuanto que por naturaleza, tengo la desgracia de ser un hombre que obedece á sus primeros impulsos; perdonadme, pues, Lucía, no me ofreciais el cáliz que me obligue á perder vuestra amistad y á no poder trabajar mas eficazmente con vos en la obra bendita de vuestra salvación eterna.

Vuestro amigo

M.

Octava carta.

Enrique Valmare á Mr. H. Lemontier, en París.

AIX DE SAVOYA, 8 de Junio de 1861.

Muy señor mio y amigo: Sé que habeis recibido ya nuevas de Emilio desde su vuelta á Lyon, y voy ahora solamente, segun vuestras órdenes, á confirmaros el buen estado de su salud. Quisiera decir otro tanto de su espíritu, al cual sería muy conveniente un poco de calma; pero está aun bastante agitado á despecho de él mismo y de vuestros buenos consejos. No me permitiré haceros sobre esa circunstancia la menor advertencia, siendo como soy un chiquillo. Sin embargo, la sinceridad de que me envanezco, y la afección que os tengo á los dos, me obligan á decirlo que no auguro nada bueno, si ese proyecto de matrimonio se celebra ó no. Desde el momento en que Emilio no quiere transigir con lo que yo llamaré *necesidades del tiempo*, y desde el momento, sobre todo, que le aprobais, esa austeridad de principios, no veo la necesidad de una lucha en la que de seguro será vencido, y cuya duración hará sus recuerdos mucho mas sensibles.

Yo hubiera preferido que esenchase el consejo de vuestro primer impulso, que partiera con vos á París y que se esforzara en olvidar á una persona cuyo mérito es incontestable, pero cuyo carácter me parece inflexible. Esta es el parecer de su amiga la señorita de Marsanne que la conoce bien, y que sería tal vez tambien el vuestro, si juzgarais conveniente el verla y penetrar en su familia.

Emilio me ha dicho que habeis tenido esa intencion al principio; pero que al pensarlo, temisteis animarle demasiado mostrándole. Eso es un círculo vicioso del que preveo no será muy fácil salir.

Permitidme insistir en esta situación, y que os confie un temor de mi conciencia. Ya sabeis todo, Emilio os ha tenido al corriente, y Mad. de Marsanne os ha escrito... No ignorais, pues, que sin quererlo me he encontrado en rivalidad de posición con Emilio á causa de la encantadora Elisa. Creedlo, nunca hubiera dado alas á una inclinación naciente, si Emilio no me hubiera autorizado con sus confidencias y si me hubiera animado á ello. Me ha jurado que vos le permitiais no se casara sin amor, prometéndome además que no sentia amor sino por Lucía.

¿No he sido sobrado jóven, muy niño, yo que me jacto de tener juicio, al tomar ese entusiasmo espontáneo al pie de la letra? Temo haber incurrido en vuestro desagrado, haber sido un mal amigo, y haber, en la mitad de este hermoso paseo matinal de nuestra vida, escogido con apresuramiento el mejor camino, dejando empeñarse á mi aventurero y loco amigo en los abismos! Si soy culpable, egoísta, amonestadme y detenidme. Nada, quizá, hay perdido. Elisa no ha aceptado ningun compromiso para conmigo, lo mismo que yo para con ella. Elisa es aun bastante jóven para que su madre se preocupe mucho en fijar su porvenir.

Emilio puede un dia, quizá bien pronto, renunciar á Lucía y echar de menos á Elisa. En fin, decid una palabra, una sola, y vuelvo á París al momento. Soy tal vez egoísta, tan solo por el primer impulso; pero vos me habeis dicho siempre que en el fondo de mi corazón soy un pobre diablo, y tengo deseos de probaros que no mentís en la primera vez que me poneis á prueba.

El sacrificio me sería un poco duro, lo confieso; mucho mas duro que hace cerca de un mes, cuando Emilio me interrogó por la primera vez; pero no es aun imposible, é imposible ó no, si la delicadeza y la amistad lo exigieran!... Ya sabeis, despues de mi sumisión, que puedo escojer por árbitro sin comprometer la dicha de Mlle. de Marsanne, hasta aquí poco impaciente por fijar su elección.

Hemos pasado todos la tarde en Turdy para celebrarla vuelta de la señorita de la Quintinie á sus penates. No os diré nada de lo que ha pasado entre ella y Emilio, en primer lugar porque creo que en este momento, estoy seguro de ello, está ocupado en escribiros, y despues porque creo que despues de todo nada ha pasado. Todos nos hemos quedado cortados y frios por la presencia de un nuevo personaje, el general la Quintinie, padre de la jóven, un sér verdaderamente fabuloso, y en el cual no puedo pensar sin echarme á reir ahora que estoy solo y enfrente de mi tintero, á despecho de lo grave de mis reflexiones, sobre todo lo que os preocupa. Creo que es una reacción nerviosa contra la gravedad que me ha sido preciso guardar toda la tarde.

Ahora me explico el epíteto de *grave* que un dia, con cierta sonrisa burlona, el viejo Turdy aplicaba á su yerno al hablar de él, á Emilio y á mí. Figúraos al general, un hombre de sesenta y cinco años, un anciano hermoso de 1830, muy acabado por la campaña de Africa, un valiente, un león, pero totalmente incapaz de pensar, y al que notables faltas han relegado definitivamente, segun se dice, á los empleos pacíficos y honoríficos. Este guerrero confiado cree que algunas señales imprudentes de adhesión á los príncipes de Orleans, han puesto trabas á su carrera, y pasa su vida en justificar sus honrados sentimientos, de los cuales bien quisiera hacer un heroísmo político.

Eso es difícil de conciliar con el entusiasmo que proclama para con el gobierno actual; pero he notado con frecuencia y la historia del siglo lo testifica que hay para algunos hombres un código especial de fidelidad militar, sobre todo para las altas graduaciones. Servir á la patria es una hermosa frase, que implica un gran deber, el de defenderla contra los enemigos de fuera, sea cual sea el color de la bandera. Sin duda alguna, Mr. la Quintinie tiene ese principio en el corazón y lo pondría aun voluntariamente en práctica; pero es de esos que adoran á todos los poderes sean cuales sean, y que hacen de hombres que se sientan en los tronos, una galería de ídolos igualmente dignos de ser sentidos; pero igualmente autorizados á arrojarlos los unos á los otros.

De este modo, el general es á la vez legitimista, orleanista y bonapartista, lo cual no le impide tener á veces una palabra de simpatía para el general Cavaignac, á causa de los dias de Junio de 1848. Lo que le fascina es la autoridad y lo que invariablemente llama vigor. Así los príncipes de Orleans tenían vigor: el general Cavaignac tuvo momentos de vigor, y el emperador Napoleon III es un hombre de vigor. En cuanto á los legitimistas, tienen derecho á su consideración á causa del vigor de su principio, que consiste en detener la anarquía de los espíritus, como el soberano de hoy tiene la *vigorosa* misión de reprimir la anarquía de los sucesos.

No sé si los soberanos hacen gran caso de estas admiraciones triviales, ni si les son verdaderamente útiles; pero si sé que el general la Quintinie es el mas grande y fastidioso apologista del poder que he encontrado jamás, y eso imagino que es el lado malo, el espíritu militar excesivo. El feiquismo exagerado de la disciplina debe producir esos tipos excepcionales, lo creo así, de afección ciega hácia todas las causas que triunfan. El general la Quintinie es un modelo de ese género, y para completar la lista de sus creencias variadas y de todas clases, se ha hecho poco devoto, y defiende ya con furor el *poder temporal*. Es preciso decirlo, para excusar ese sabor papista, que si ha hecho quemar mucha pólvora en su vida, no ha inventado el grano mas pequeño.

Le creo dotado de una buena fe perfecta en sus inconsecuencias, y el gran caso que hace de sí mismo, no debe, por otra parte, permitirle interrogarse y volver á pensar sobre cualquier asunto. Esa fe que tiene en su propia infalibilidad se traduce en la tiesura y aplomo de toda su persona. Su cuello está hecho, de fijo, para la majestad del mando.

Corta el pan con una dignidad altanra: engulle su chuleta con un aire feroz; no toca su vaso sino despues de haberle mirado con aire amenazador, y si su queso se permitiera resistirle, le pasaría el sable á través del cuerpo. Su ojo redondo lanza relámpagos sobre los *gañanes* que se permiten tener una opinion cualquiera antes que él haya emitido la suya. Usa con el viejo Turdy un tono breve y arrogante, como el de un cabo que habla á un conscripto. Su voz ronca tiene la pretension de ser atronadora, y los ancianos criados de su suegro adoptan delante de él actitudes de aves atontadas.

Mlle. Lucía no parece, sin embargo, le tema, y el abuelo, á quien no falta malicia, le trata con mucha urbanidad como á un idiota sin que él se aperceba. Podría suceder muy bien que ese maton, al servicio de todas las causas ganadas, fuera en su interior el mas dulce y mejor de los hombres.

Emilio le ha encontrado insoportable; pero ha disimulado bastante, y he admirado el valor que ha tenido no burlándose de él; yo me he abstenido de ello tambien, por el temor de no enredar las cartas: todos nos hemos reído hasta dislocarnos las quijadas.

Este, por ahora, se muestra contemporizador; pero temo que este guerrero, de cortos alcances, no traiga algun nuevo embarazo á la situación. Nos ha dado á entender claramente que era preciso la religion, y que una familia impía no podia prosperar. Emilio, que tiene sangre fria, y que dice esmas religioso que los devotos, le ha respondido con seriedad que era de su parecer: el gran la Quintinie ha parecido quedar lisonjeado por esa adhesión; pero cuidado con el interrogatorio en detalle! Dudo que Emilio sostenga el asalto sin que estalle la bomba.

Responded con dos líneas paternales, al ofrecimiento formal que es el fondo de esta carta absurda, y creedme, sin reserva alguna, vuestro servidor decidido,

ENRIQUE VALMARE.

Carta novena.

Emilio Lemontier á su padre.

AIX 8 de Junio de 1861.

Enrique me ha prometido escribirte esta tarde y hacerte, á la manera que él lo entienda, el retrato de cierto general que, por mi parte, he encontrado mas bien enfadado que divertido. Lo que te importa saber es en qué disposición he encontrado Lucía. ¡Ah, padre mio! Lucía es muy buena, digna de ser adorada; y bien sea un dia yo el mas dichoso ó desgraciado de los hombres, la amo con idolatría. La he encontrado pálida, fatigada, y, sin embargo, mas activa que de costumbre, casi agitada á mi llegada, como si me hubiera aguardado con impaciencia.

Me ha apretado la mano á hurtadillas, al mismo tiempo que abrazaba á Mme. Marsanne y á Elisa, cuyos ondeantes adornos nos ocultaban por un momento á la vista del general, y me pa-

rece que había en ese apretón de manos una ternura real. Me ha presentado en seguida á su padre con un tono confiado y decidido:

—Hé aquí á Mr. Lemontier, del cual os hablaba hace poco. Después me ha interrogado sobre mi enfermedad, sobre mi viaje á Lyon, y sobre tí, con una solicitud no equívoca, y con miradas inquietas y enternecidas, que me han refrescado y reanimado hasta el fondo de mi corazón; pero lo que me ha vuelto loco de felicidad es que ha cantado para mí; sí, para mí solo. Su padre la había suplicado que cantara, y se excusó diciendo estaba un poco enferma. Yo dije que me iba á retirar, y que, sin duda, cantaría para su padre, porque en este momento estábamos solos con él en el salón.

—Canto siempre para mi padre y para mi abuelo, respondió, y jamás para los otros, porque no cultivo otro género de música mas que el religioso, que por lo regular fastidia; pero si me decís que tenéis gusto de escucharme cantaré.

Antes que yo hubiese respondido, el general me ha asestado sobre mí sus ojos gruesos, redondos, y me ha dicho con un tono medio agradable, medio furioso (pues aun no sé leer en su fisonomía heteródita) que era un sér privilegiado, y que bien merecía esa distinción.

—No es una distinción, ha replicado Lucía. Es simple y sencillamente porque es el hombre más sincero que conozco, y sé que si me pide que cante, no lo hace por pura cortesía para reírse luego á mis espensas y detrás de mí, es porque desea vivamente que cante.

He dicho que sí, se ha puesto al piano, anunciando que no cantaría mas que á media voz, y volviéndose hacia mí, añadió: —No es por avaricia, es por no sofocar el ruido de la cascada que impide á los que pasean en el jardín escucharme.

Y como la ayudara á buscar su libro de música, me dijo en voz baja:

—Así que entren, no me digáis que continúe. Cantaré todo lo que os plazca cuando estemos solos con mis padres.

Ha cantado un antiguo aire italiano con una sencillez encantadora, y como cantara á media voz, con una dulzura suave, el general se durmió al décimo compás.

Reprimió una sonrisa, diciéndome con la mirada:

—Ya veis el efecto que ordinariamente hace mi música.

Pero bien ha visto que me impregnaba en ese rocío celeste, en esa melodía adorable, tan adorablemente expresada, y sus ojos se han fijado en los míos con una mirada tranquila con una confianza absoluta. Nunca me había mirado así; ¡qué mirada tan extraña y tan magnífica! Ninguna turbación, ningún espanto, ningún embarazo, propios de un joven. Parece que esa alma de diamante no tiene necesidad de esa especie de vergüenza ingenua y conmovedora que se llama pudor. Se coloca muy por encima de la región de los sentimientos definidos y de las ideas conocidas. Pregunto, observa, quiere saber si es comprendida, y su altiva lealtad parece decir: creeré con el empeño que pongo en buscar, amaré con el poder con que investigo.

Te juro, padre mio, que es preciso ser un hombre honrado hasta la punta de las uñas para sostener su mirada sin espanto.

Ha quedado satisfecha por la respuesta que mis ojos la han dado.

Las señoras de Marsanne volvían á entrar. Se sonrió, cerrando el piano, y mientras que su padre se ocupaba en dispersarse, me dijo en voz baja y con rapidez:

—Venid á menudo.

Al volver á Aix he hablado con la señora de Marsanne. Me ha dicho que Lucía era para ella un gran problema; que parecía amarme realmente, aunque no quisiera convenir en ello con nadie, y con Elisa menos que con nadie.

Elisa parecía estar un poco picada por esa reserva que yo me explico instintivamente. Ni aun á mí Elisa me inspira una confianza absoluta. No tiene ningun resentimiento de despecho tonto, contra mí, y, sin embargo, como es mujer, quizá hubiera preferido rechazar mis asiduidades, que no las desea, antes que á no tener motivo para ello.

Habla sin rebozo de Lucía sobre cualquier asunto; pero como no está en su naturaleza el admirar alguna cosa ó á alguien, se trasluce en sus elogios la falta de naturalidad y oportunidad.

Obra como si obedeciera al espíritu de un papel que hubiera ella misma formado para sí; pero que no sabría desempeñar. Soy quizá injusto, no creas al pié de la letra cuanto te digo; pero es preciso sepas por que no me entrego á abandono alguno con ella, al paso que su madre es la misma de siempre para mí.

Esta me ha dicho que Lucía se había inquietado mucho al saber que estaba enfermo, ó mejor dicho, al saber que he estado enfermo, porque no se le ha dicho nada de mi fiebre sino cuando he estado fuera de peligro. Y después, al saber mi partida, se ha desmayado, y te ha escrito una carta que, después de reflexionarlo bien, no ha querido enviarte: ¿qué es, pues, lo que ha pasado en esta alma misteriosa? ¿Por qué, si me amaba, ha obrado de tal manera, hasta el punto de hacerme desesperar?

Es imposible sospechar en ella la menor perfidia, y jamás mujer alguna ha ignorado como ella las coquetuerías del capricho. Obedecía á una influencia... ¿Se ha desprendido de ella por completo? ¡Ah! ¿Cuánto tarda el momento en que pueda estar solo con su abuelo, en cuya presencia puede ella decir todo lo que piensa!

Puedes estar tranquilo de todo lo que á mí se refiere, y si Enrique te dice que estoy muy agitado, no le creas.

Enrique no sabe cuánto bien hacen los bienhechores consuelos y los vivificadores consejos de un padre como tú.

Tu EMILIO.

#### Décima carta.

Lucía á Mr. Moreali, en Chambéry.

TURDY, 9 de Junio.

Voy á haceros una gran confidencia. Estad seguro de que es tan clara y sincera como una confesión.

No os he escrito mas que una vez este año, y mi carta era mas cartas que las anteriores. No diré nada á mi gusto, confesaré el hecho.

No he visto la necesidad de escribiros mas extensamente, y como soy yo la que tiene necesidad de vos, como vos no podeis nunca tener necesidad de mí, me he creído dispensada de importunaros con mis escritos, sin fin alguno y sin objeto; escritos que no sirven en las relaciones de las gentes mas que para matar el tiempo.

Desde hace un año mis ideas han sufrido una modificación. Creía que eso no duraría, aguardaba para decirlo salir de esta nueva prueba; pero no era una prueba, era una vista nueva: su claridad y su duración me han dado el derecho de creer en ella.

Hace un año, mi abuelo estaba en Lyon, yo en Chambéry al lado de mi tía.

Varia las comunidades instituidas para la educación cristiana de las niñas. Me gustan los niños, ya lo sabeis, y cuando aspiré por tanto tiempo y con tantos deseos al estado religioso, fué siempre bajo la forma de maestra y de madre adoptiva de la infancia, como ese estado aparecía ante mi vista.

Me habeis aconsejado que frecuenté esos establecimientos con el fin de aficionarme cada vez mas y mas á los deberes á los cuales se han consagrado.

Pues bien: ahí precisamente es donde he perdido la afición á esa maternidad superficial que no es la que Dios inspira directamente á la mujer.

En primer lugar esos establecimientos no pueden sostenerse mas que con la ayuda de especulaciones y cálculos cuyo lado material me repugna, y además están mas bien instituidos por el espíritu de partido de fuera, que por el de la caridad de dentro.

La hostilidad declarada, ardiente, el movimiento continuo de esa lucha con el siglo, tiene algo que me espanta y me consterna.

Temo engañarme, he obtenido de mis padres el permiso de viajar y acompañar á las señoras misioneras en su expedición: he hecho con ellas muchos viajes, he visitado una gran parte del centro y Mediodía de la Francia.

Pues bien: he visto verdaderas intrigas que tenían por objeto derribar establecimientos seculares con el fin de matar la concurrencia, para acaparar y monopolizar el beneficio de un comercio, porque eso ha venido á ser un comercio en casi todos los tiempos. El estado religioso se ha convertido generalmente en un oficio para vivir, y el espíritu de corporación no es mas que un espíritu de egoísmo, algo menos estrecho, pero mucho mas desagradable que el egoísmo individual.

No prorumpais en exclamaciones, amigo mio; no sé cómo pasan estas cosas en otras partes; pero hoy, en Francia, las he visto tal cual son, y no sirven para la gloria de Dios. He querido saber si solamente estaba corrompido el ideal de las comunidades.

He sido impuesta en el espíritu de las órdenes y he visto su espíritu de lucro y de dominación sostenido y forzado por un espíritu de conspiración, no diré contra tal ó cual gobierno, pero sí contra toda especie de institución que tenga la libertad por base.

Estoy casi segura hoy día, que sucede lo mismo en la mayor parte de los establecimientos religiosos de los dos sexos, y que esa muchedumbre, compuesta de servidores de Dios, al alcanzar una extensión súbita y al disponer de recursos considerables, se ha entregado al espíritu mercantil y positivo del siglo.

No, Dios no está ahí, y eso debía suceder.

El estado de aislamiento es un estado sublime que debe permanecer excepcional, pobre, y por decirlo así, oculto. Desde el momento en que se apega, que vuelve al proselitismo calculado ó interesado; desde el momento en que se forma con gentes reclutadas con tan escasa elección y tan poco escrupulo, como sino se tratara de servir de ejemplo; desde el momento en que se inmiscua en todos los negocios de este mundo, y forma parte de las corrientes vulgares de sus intrigas pueriles, no es ya el primero, sino el último de los estados, porque trafica con las cosas mas sagradas, la fe y la renuncia del mundo.

Me he alejado, pues, de esos proyectos afligida al principio, y asegurada después poco á poco en mí, porque nada prueba contra Dios, y los falsos profetas no han derribado el arca santa de la verdadera creencia; pero he sufrido bastante para volver piés atrás.

¡Había tenido para mí un atractivo tal dulce el verme ya vivir en una atmósfera de vasta fraternidad religiosa, con la muchedumbre cada vez mas grande de los fieles! ¡La asociación de las ideas, de sentimientos y de actos, constituye, en verdad, el ideal social y divino! Me enorgullecía entonces de pertenecer á la Iglesia romana, á este catolicismo cuyo nombre significa doctrina universal.

Veía ya realizarse el sueño de mi fe; esparcirse entre las masas el espíritu de Dios; amontonarse á millones las limosnas; los monasterios levantados otra vez en todos los puntos de la Francia; las poéticas cartijas volverse á edificar con sus propias ruinas en los parajes vírgenes; los labriegos prosternarse con confianza ante las pintorescas capillas y las cruces benditas; las iglesias llenas por una multitud compacta y ávida de la palabra de Dios, como en los tiempos mas bellos de la fe: veía, en fin, que se llevaba á cabo una grande obra: la union en la plenitud del amor.

Y esas hermosas sociedades de socorros, esa poderosa fraternidad, ese apoyo que el débil estaba siempre seguro de encontrar al invocar el nombre del Cristo, ese sentimiento de confianza que me arrojaba á la vida con la certeza de poder hacer el bien dando toda mi fortuna, mi tiempo, mi inteligencia y mi vida á una Iglesia verdaderamente evangélica. ¡Oh! sí, todo eso era muy bello, y respiraba con toda la fuerza de mis pulmones enfrente de mi ideal.

Era joven, alegre: todo me sonreía en el presente y en el porvenir. No había para mí ninguna sombra, ningun escollo posible en mi vida.

El cielo más puro se cernía sobre mi cabeza, el mundo rodaba irremisiblemente por la pendiente de la verdad. Todos mis semejantes iban á ser dichosos y buenos. ¡No mas angustia, no mas aislamiento para mi pensamiento! El evangelio estaba en pié y la humanidad cristiana era una inmensa cadena de manos amigas, enlazadas las unas á las otras para ayudarse y enlorgarse á la vez en las vías de lo bello y de lo bueno.

Sueño de niño: ¡cuánto te he llorado!

Los tiempos que yo creía cercanos, están aun bastante lejos.

No ha faltado mas que una cosa á este gran impulso religioso, ¡la sinceridad! Carece de ella por completo: por consiguiente, no hay fe, ni caridad real, ni esperanza tranquilizadora, en ese despertar divino.

El bien se ejerce mal, con parcialidad, con cálculo.

La limosna se vende, porque se compra la oración.

Se especula con el bienestar y la seguridad de las existencias.

Se cantan alabanzas á Dios, sin pensar en Dios.

Se permite á unos lo que se prohíbe á otros.

El mal mismo tiene alguna vez á su disposición santuarios para su refugio, y licencias impunes como en la Edad Media.

No digáis que me engaño, que he visto mal, que he comprendido mal, que estoy sometida á influencias funestas. No estoy sometida á ninguna, no he permitido nunca que mi fe se discuta ni aun por mi mismo abuelo, que es mi mejor amigo: no soy un espíritu débil y no me abandono á la impresión de un hecho aislado. No señalo ninguno en particular, y no es ciertamente el país que habito el que me ha surtido de puntos llamativos propios para la observación: es un conjunto de cosas que se me han dejado conocer y apreciar, contando con que me burlaría de la obra general.

No me he entregado á un examen detenido y claro de la personas y de las cosas por minuciosidad frívola y con la mira ulterior de encontrar pretextos para una defección. ¡Oh, no! ¡Dios es testigo!

Mi partido estaba ya tomado, había aceptado de antemano todas las luchas, y hasta pecaba de crueldad para con mi familia, con tal de realizar el voto de mi corazón. Quería ser religiosa, y no deseaba mas que escoger la órden en la cual pudiera ser mas útil á la religión.

¿Qué es lo que he encontrado? Nada que hable á mi fe, á no ser este pobre convento de Carmelitas al cual voy aun algunas veces, y al cual no iré mas, porque he conocido, en mi último examen, que reinaba allí un espíritu estrecho y sombrío, un ascetismo sin calor, un desprecio irritante de la humanidad, una protesta sincera, pero salvaje y estúpida, contra la civilización y contra el porvenir de la sociedad (1).

¡Esto no es lo que vos me habeis enseñado, amigo mio!

¡Me habeis enseñado el vasto y riente horizonte de la fe, con todos los colores de mi sueño!

Ese sueño se ha desvanecido. He debilo entonces reconcentrarme y preguntarme al servicio de qué causa santa y fecunda mi corazón, siempre creyente, y mi imaginación, siempre lógica, iban á consagrarse en adelante.

Hasta aquí mi vida no ha sido igual á la de todo el mundo. Me ha faltado tener una madre, apenas he conocido la mía, y mi tía no podía reemplazarla, era grande la diferencia de edades entre nosotras. Mi padre ha vivido siempre lejos de mí; mi infancia ha trascorrido en medio del mundo antiguo y añejo de Chambéry ó en la austera soledad de este viejo castillo, al lado de un anciano excelente y encantador; pero idéntico en todas sus ideas y poco dispuesto á dirigir y desarrollar mis primeras aspiraciones. No ha habido para mí ni hermanas, ni compañeras de mi edad: en Turdy, nada de religión; en Chambéry, muchas prácticas religiosas, ninguna devoción interior y sentida.

¡Ay de mí! Es preciso reconocer que entre tantas maneras de creer la religión de nuestros tiempos, esa devoción inofensiva y tolerante, ¿es siquiera una de las menos malas?

Sea como sea, carecía de religión alguna, cuando mi tía me hizo enviar á un convento de París, en el cual tuve la dicha de conocerlos.

¿Os acordais de esta niña medio salvaje que cantaba con una voz de clarín en la tribuna del órgano, y que no se cuidaba de nada mas sino de la música, del estudio silencioso y del recreo atronador?

Vos habeis augurado de ella mejor que otros, habeis dicho:

—Es una buena persona, se consagra toda ella á lo que hace.

Os habeis tomado el trabajo de instruirme en la religión, al mismo tiempo que dirigíais mis estudios profanos en el sentido mas amplio posible, en el seno de un convento de mujeres.

Han dicho que tenía memoria y facilidad; vos velais en mí algo de juicio y de órden en las ideas.

Me habeis halagado mucho animándome á servirme de mi lógica natural para comprender á Dios, y de mi corazón tal como estaba dispuesto para amarlo.

Os debo toda la dicha que mi alma de niño podía encontrar en este mundo tan desierto para mí. Me habeis dado el cielo y habeis tolerado todos los impulsos de mi pequeña imaginación, hasta permitirme sonreírme, no creyera en la condenación eterna y en esas torturas materiales del infierno, que me parecían indignas del sentido moral de la fe.

Sobre otros puntos habeis ensanchado para mí el círculo estrecho de cierta ortodoxia feroz; me habeis prometido que mi abuelo no sería juzgado y condenado sin remisión por no haber comprendido á Dios; me habeis autorizado, aun cuando fuera á la hora de la muerte, á no atormentarme inútilmente para hacerle volver á entrar en el seno de la Iglesia; me habeis prohibido aborrecer y despreciar á los disidentes; en fin, me habeis enseñado una religión de amor, de gracia y de bondad, que no me sería posible cambiar por otra, y por lo cual os bendeciré mientras exista.

Vuestras cartas, tan paternales y tan verdaderamente evangélicas, han continuado vuestra obra y mantenido mi corazón en ese esta lo de beatitud hasta el último año pasado. Desde este momento, me ha parecido que cambiábais de sentimiento interior.

Después de haber aplazado durante muchos años el deseo que experimentaba de renunciar al mundo, me habeis incitado vivamente y con una energía repentina, á tomar ese partido. ¿Será que ese venerable padre Onorio, del cual me hablábais con entusiasmo, haya modificado, mejor diré, desnaturalizado vuestra fe!...

No era para vos posible el que mi salvación fuera compatible con mis deberes de familia, y durante algunos momentos, algunos semanas quizá, he trabajado para poder obedeceros, sobreponiéndome un poco á la ternura de mi abuelo y dominándole por el temor de que me incitara á la rebelión.

Amigo mio, me he visto colocada algunas veces en la cúspide del fanatismo, y entonces he tenido algunos accesos de obstinación y de malicia, propios de un niño mimado. En el momento en que principiaba á reprochármele, la desilusion se ha verificado teniendo siempre por mira el espíritu religioso de este tiempo, y hé aquí dónde estaba cuando vuestra llegada me ha sorprendido, cuando vuestra carta me ha conmovido profundamente. ¡Ah, cuán diferente es esta carta de las anteriores, y cuán difícil me es el reconocerlo á través de ese tono indigno, pesoso y lleno de amenazas!

Vuestro estilo mismo ha cambiado como vuestro acento, como vuestro físico, y os he creído lanzado en el torbellino de esos misteriosos negocios que se resuelven siempre por una recolección de dinero, cuyo empleo verdadero no suele ser siempre útil y piadoso.

Perdonadme cuando os digo esto, pero no sé fingir. Os agrada mi franqueza. Es preciso que os agrade y que respondais á mis objeciones con razones, no con amenazas: no creeria en ellas. Acordaos bien de que entre Dios, y entre mí, no he podido distinguir nunca al diablo. Si Dios quiere castigarme, no se servirá nunca del espíritu del mal para volverme al bien, y si no guarda para mí su piedada, si quiere confundirme y anonadarme, me abandonará á mí misma. Eso es bastante para atormentarme, si mi conciencia es culpable: bastante hay con el horror de las tinieblas, si el ojo de Dios no es la antorcha de mi vida.

Por hoy, ya veis todo lo que tengo que deciros. La confidencia de mis sentimientos personales y de mis proyectos es de todo punto inútil si no podemos entendernos respecto del punto de partida, la religión. La mía no ha cambiado en nada en el espacio de seis años que hace ya lleis en mi pensamiento, y no veo nada en lo presente que no pueda combatir solo, si me veo

(1) N. del T.—Aquí el autor hace notar no tiene necesidad de decir que ignora si hay algun convento de esa ó de otra naturaleza en los alrededores de Chambéry.

en un grave peligro. Estad seguro de que he soñado y de que mi idea mas lejana ha sido el encerrarme en las Carmelitas.

#### Undécima carta.

Moreali á la señorita de la Quintinie.

CHAMBERY, 10 de Junio.

Sí, he cambiado, Lucía, he cambiado completamente de espíritu y de voluntad: ¿no os lo había escrito así ya? Había salido del camino de la salvación, he vuelto á entrar en él, y es preciso que os vuelva á conducir también á él, es preciso absolutamente sea así, ó un remordimiento eterno pesará sobre mi alma en este mundo, tal vez un eterno castigo en el otro.

Lucía, estais preparada para lo que tengo que deciros: habeis visto bien, la religion verdadera está perdida. Nadie cree, cada uno la interpreta á su manera, no hay ya ortodoxia. Los católicos se han hecho protestantes sin darse cuenta de ello, muchos se han hecho judíos declamando contra los judíos; menos áspersos en su concupiscencia que esos pretendidos cristianos.

El mal está en todas partes, no conoce ni aun ese encogimiento de la hipocresía de la cual se decía que era un homenaje tributado á la virtud. No, hipócritas no existen sino algunos pobres padres de familia ó algunos pobres sacerdotes que tienen necesidad de la protección del clero ó que temen su censura; pero ese mundo imprudente que se aglomera en los templos, esas mujeres depravadas que asedian el confesonario, esos personajes que se inclinan sonriéndose con desden ante los altares, creedme bien, los conozco mejor que vos, porque soy un hombre práctico y tengo mucha experiencia del mundo desde que nos hemos perdido de vista.

Los lisonjeais suponiendoles hipócritas; ni aun eso son. Son cínicos, hélo ahí todo: no creen en nada, á nada respetan. La religion es un manto, no para ocultar sus vicios, pues no se toman ese trabajo, sino para que cubra su insolente impunidad.

Estais contenta Lucía, y no he abandonado en vuestro parecer. Ahora escuchadme, y vereis si tolero mas que vos las mundanas intrigas; si perdono mas que vos á la mentira.

No sabeis tal vez mi edad, Lucía. No os habeis nunca preguntado si mi rostro era mas joven ó mas viejo que yo. Tengo cincuenta años, y algunos años de mi vida valen el doble. Me habeis conocido melancólico y, sin embargo, tolerante. Vivía en conformidad de espíritu, y cuando ofrecía á Dios el arrepentimiento profundo de mi alma, me decía que él me absolvería de mis pecados, dándome ocasion para sufrir mas aun. Esta ocasion ha llegado: llamado á Roma, he visto á Roma, y faltado poco para que perdiera la fé.

He tenido allí momentos de lucha interior y de disgusto profundo, del cual no he creído conveniente daros parte: pero que me obligó á abrir los ojos respecto de la perversidad de los hombres y la perversión de la fe. Resolví curarme trabajando activamente en curar las llagas de la Iglesia.

Intenté señalar los abusos, ensanchar el círculo de las ideas, poner de acuerdo la razon humana y los dogmas sagrados. Mostré algun talento en esa empresa; creí ser agradable á Dios y á la santa silla. Me sentía con fuerzas para una lucha generosa; con habilidad para la discusion. La sola cosa cierta es que ponía en todo un celo espontáneo, una sinceridad completa. Vos no me encontrábais cambiado, no lo estaba á pesar de mi herida; veía el mal y me sentía con fuerzas suficientes para poder vencerle.

Se me apercibió, se me aseguró obligándome á callar, despues de haberme animado lisonjeándome. Esto pasó á principios del año último pasado.

He vivido cuatro meses en una especie de desesperacion: no os escribí sino despues de haberme sobrepuesto á esta mortal, á esta última prueba. Entonces fué cuando me retiré á un convento de monjes, en el que quise sepultarme para siempre, y en donde encontré á ese pobre capuchino que me reanimó con su fervor austero y sublime.

Lo que me dijo y refirió cien veces, modificando muy poco sus expresiones, puedo deciroslo al escribiros, porque lo he aprendido de memoria:

«La religion está perdida. Todo está por volver á ser empezado. Es preciso reconstituirla sobre una base inquebrantable; la ortodoxia... En materias de religion no hay término medio: ó todo, ó nada.

La disciplina ha llegado á ser para el hombre como una carga; porque el hombre ha caminado en las vías de las prosperidades materiales y no se ha cuidado nada de las cosas de la otra vida.

La muerte del alma, es lo que los hombres del siglo llaman el progreso. Ese progreso destructor ha penetrado en todas partes. Las iglesias de los países frios, han adoptado las estufas, las alfombras, los sofás, antes que todo, la comodidad necesaria para orar á Dios. Los conventos sin magnificencia y sin poesía se construyen con un espíritu de materialismo que subleva. Es preciso estén bien aireados y con bellas vistas: las celdas son ventiladas, cómodas; se preocupan de la salud del cuerpo, no de la del alma.

Todos los reglamentos están relajados: se compran todas las dispensas posibles, se procura la salvacion sin que cueste una gota de sudor. La mortificación está suprimida para las personas consagradas á Dios. En cuanto á las gentes del mundo, se les permite todas las licencias de la vida, todos los sofismas del espíritu. Se discute con ellos, se les hacen concesiones de principios, se deja que su sentimiento político se separe del sentimiento religioso. Se presume de tolerancia diciendo á cada uno: «Creed lo que podais, y lo que no creais, no hagais ostentacion de ello, la absolucion cubrirá todo. Dios es una buena persona: tened deseos de no pecar demasiado, todo se arreglará...»

Ved, pues, cómo la suavidad y la indiferencia han conducido á la Iglesia y al siglo. A la hora en que estamos, quizá no haya cien católicos verdaderos en el mundo.»

Y al pedirle yo remedio para este mal universal, me respondió invariablemente:

Levantar la ortodoxia primitiva, y someterse á ella ciega-

mente. La primera vez que el anciano me habló de esa manera, mi espíritu se reveló. Reclamé en nombre del pasado, del presente y del porvenir, en nombre de las luces de la ciencia, en nombre del progreso de la civilizacion, en nombre de los derechos, de las costumbres, de los sufrimientos y de las necesidades del hombre.

«¿Qué es lo que reclamais? exclamó ardiendo en santa cólera. Veamos, formula tu primera reclamacion. Te desafío á que encuentres una que no consagre el pretendido derecho de la felicidad en este mundo.

Progreso de las ciencias llamadas exactas y de las ciencias naturales, ejercicio de la inteligencia que quiere medir la obra divina, darse cuenta de ella y destruir la noción religiosa por medio del conocimiento de los sucesos de la naturaleza, investigación de las propiedades de los elementos, y de todas las co-

sas creadas para hacerse dueño de todas las fuerzas de la materia, ¿qué es lo que hay al extremo de esos trabajos enormes? La industria, el pan del cuerpo, no otra cosa.

«¿Las ciencias abstractas? ¿La metafísica, el estudio nuevo del alma y la definicion modernizada de la Divinidad? ¡Blasfemias de necios! Estas ciencias no tienen mas objeto que desembarazarse del ojo de Dios; reducir su ley á una fatalidad sin causa y sin fin, y asegurar la impunidad de todos los goces de la vida.

«¿Ciencias filosóficas? ¿Moral, erudicion, investigación de una pretendida sabiduría?... ¡Mentiras sobre mentiras, en vista de un escepticismo egoísta y de una paz helada! ¡Pereza del corazón, conquistada por el vano trabajo del espíritu!

«¿Las artes, las letras? ¿Refinamientos pueriles y corruptores de la inteligencia amante de los placeres profanos, vanidades y locuras! ¡Nada para Dios en todo esto!

Mira la vida del Salvador: ¿ves en ellas las luchas y los triunfos del orgullo? Escuchas su palabra; ¿ves en ella las utilidades de la ciencia, las investigaciones de la discusion, las reticencias de una contemporizacion cualquiera con las ventajas de la vida terrestre? ¿Gobiernan los gustos y las ideas de su tiempo? ¿Se ocupa de las lumberras del siglo? ¿Enseña el medio de ser rico, aplaudido, y de estar tranquilo?

No, acepta todos los desprendimientos; acepta todas las miserias, todas las humillaciones y abre el camino del martirio. Sufre los ultrajes mas grandes, se entrega al último de los suplicios para enseñarnos que la vida de aquí bajo no es nada, y que todo está allí arriba. Su causa triunfa también, porque aun cuando no hubiera sido Dios, con tales doctrinas no podía engañarse, por que esa doctrina se encierra en dos palabras incontestables: amar y sufrir.

«¿Qué cosa tan bella como una creencia que nada discute y que no se deja desmentir! ¿Qué valen todos los sabios, todos los teólogos, todos los doctores de la tierra ante un dogma absoluto que se formula de esa manera? Mira lo que hay en el fondo de ese dogma... ¿Una idea? No, un sentimiento.

Pues bien, yo te lo digo; ha pasado el tiempo de las ideas, no han servido para otra cosa mas que para extraviar al hombre. Es preciso que el reinado del sentimiento vuelva, es preciso que la fe purifique todo; pero eso con la condicion de destruir ese bello edificio humano que se llama la civilizacion. Es preciso formar nuevos cristianos, cristianos primitivos en el seno de esta sociedad corrompida, y para eso es preciso no tergiversar nada, no conceder nada. Es preciso abatir sin piedad su orgullo, su lujo, su saber, sus palacios de industria, sus caminos de hierro, sus armadas, sus ejércitos. Es preciso entrar en la pobreza, en la austeridad, en la contemplacion, en el estoicismo cristiano, y no servir de la tierra sino como de un escalon para subir hasta Dios.

Vé, hijo mio, con las haldas en cinta, toma tu baston y anda, busca por el mundo el pequeño número de verdaderos fieles, y llévales la palabra verdadera. Libérrales de todos los lazos del siglo y de la familia, que son lazos de carne y de sangre. Díles que todo lo que no es de Dios es del diablo, y que no hay grandes entre el bien y el mal. No hay goces permitidos fuera de los goces espirituales.

Es necesario reconstituir la obra de los apóstoles, y si puedes reunir tan solo doce, tan fuertes en la fe como tú, habrás hecho por la religion mas que todo lo que han hecho los concilios desde la venida de Jesus. Serás mas agradable al Señor que todos esos obispos habladores con su retórica de los mandamientos, y mas que todos esos presuntuosos periodistas que se intitulan los defensores de la santa silla. Deja caer lo que está carcomido, y que la misma silla temporal sea reducida á polvo: ¿qué importa, si la voz de la salvacion resuena desde lo alto de la silla espiritual de San Pedro?

Aunque los imperios se desplomen unos sobre otros, y que las naciones se degüellen por asuntos de comercio, ¡no te inquietes por nada de esto! es la cólera de Dios que pasa. Sé de esos que no pueden temerla, porque estais sin pecado; y si un nuevo diluvio destruye la raza rebelde, estarás en el arca que salva el pequeño número de los elegidos. Yo me rio de vuestro nuevo ídolo, de esa bestia del apocalipsis que llamais la humanidad, es decir, la raza humana corrompida y consagrada al culto de la materia.

Jesus ha venido para rescatarla, y ella de nuevo se ha vendido á Satanás. Que Dios la abandone, ya que ella ha abandonado á Dios. Que la lepra de su pecado la devore, ó que el Altísimo descendiese sobre ella los cataclismos y todos los azotes de su cólera. Allí en donde no hay creyentes, no hay verdaderos hombres, y para ellos no tengo mas piedad ni compasion que la que tengo para los lobos devoradores.

Vé, pues, y haz por reunir algunos corderos sin mancha, á fin de que la humanidad espiritual, reasumida en este pequeño grupo, sea como un nuevo Cristo que arroje un grito de libertad hacia el cielo.

He rechazado al principio esa doctrina sublime que me parecia salvaje, y me he dedicado á buscar en la religion un cuerpo de doctrinas que pudiera en dos palabras tan claras como las del padre Onorio, reasumir una verdad opuesta á la suya.

Me he entregado á una serie de trabajos áridos, he releído todos los teólogos, he analizado todas las decisiones de los concilios, he buscado la fuente de todas las creencias discutidas, he repasado mis estudios canónicos, para decirlo así, de cabo á rabo. ¡Ay de mí! Al fin de ese inmenso trabajo no he encontrado mas que la duda, y la letra muerta del Evangelio, troteado por tantas interpretaciones contrarias, no se me ha aparecido mas que como una débil luz vacilante en el fondo de las sombras del santuario. ¡La duda! ¡Horrible suplicio, comparable á el del infierno, para una alma nutrida en la fé!

¡Ah! Lucía, he hecho mi purgatorio en este mundo, y un día, pálido, agotadas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma, mas semejante á un espectro que á mí mismo, he caído á los pies del monge, diciendo:

—Haz de mí lo que quieras, con tal que me vuelvas la facultad de creer.

Y él, sonriéndose por mi debilidad, me ha respondido:

—Al fin te veo rendido. Has bebido el vino del orgullo hasta las heces en la copa de la ciencia. Héte aquí un erudito armado de pies á cabeza por no sé qué tesis de pedantes. Puedes responder á todas las cuestiones con millares de textos diferentes y mostrar á los mas fuertes cuantas bachillerías en pro y en contra se han dicho durante siglos. Te veo también fatigado, quebrantado, y no creyendo en nada. Te era preciso llegar hasta ahí; y ahora no hay nada que escoger fuera de esos dos términos: aceptar todas las contradicciones de las doctrinas para negar á Dios, ó rechazarlas todas para poseerle. Escoge, pues, ¿no eres libre?

He escogido, he sacrificado toda mi vana ciencia, y resueltamente he olvidado toda la argumentacion de discusion acumulada en mi memoria.

He buscado el espíritu del Evangelio, sin cuidarme de los pa-

sajes oscuros ó alterados que han sumergido á los espíritus en tan ardientes discusiones. He reducido á la nada las autoridades mas grandes desde que me ha parecido se extralimitaban en el programa conciso del Salvador. He reconocido que era absolutamente inútil el comprender lo que estaba profundamente sentido.

He depurado el verdadero sentimiento del Cristo, de todo escolasticismo religioso de los siglos posteriores; he encontrado en el seno de este círculo, disminuido cada vez mas, el diamante que el padre Onorio me enseñaba en el fondo del pozo de la verdad. Investigación de la perfeccion; divorcio absoluto con todas las satisfacciones carnales; himeneo absoluto con la vida espiritual; Dios ante todo, antes que el progreso, la civilizacion, la familia, y antes que las afecciones mas santas si es preciso.

No he ido tan lejos como el padre Onorio en un odio á la sociedad originado quizás por el exceso de su entusiasmo. No soy un hombre de destruccion y de cólera; no he aljurado de las ternuras del corazón, y no creo que él hablaría así si las hubiera conocido. No rechazó las bellas artes, que son la poesía de la Iglesia. No considero la civilizacion como un mal absoluto, ni la pérdida de la fe como un hecho realizado.

Veo el remedio, y ha sido ese monje tan sencillo el que me lo ha hecho encontrar. No es tan preciso el afanarse por buscar un gran número de prosélitos vulgares, como el levantar, depurar y reasumir la fe en un número escaso de elegidos. Hay muchos que practican, pocos que creen, y debe reconocerse que, en este siglo de discusion, la fe no es posible mas que á las grandes voluntades y á los sacrificios persistentes. ¡Seamos de estos, Lucía, seamos santos!

Aspiremos á subir á las alturas, abandonemos la lucha con el mundo, prediquemos con el ejemplo; pero para eso sacrificuémoslo todo, no nos reservemos nada. Seamos de Jesucristo en cuerpo y alma, erijámonos santuarios que no reciban el dictado de interesados ó apasionados. ¡Adorémosle en espíritu y en verdad en la region de los desprendimientos supremos!

Pero ¡ay! eso era lo que yo me decía al venir aquí. Esperaba encontraros dispuesta para comprenderme y aprovecharos de todo lo que de luz, de humildad, de fuerza y de dulzura habia ganado mi fe con el trato de un santo. Pero peor ilusionada por un sueño funesto, ¡el amor de un hombre!... ¡Oh, Lucía, parecia, sin embargo, que deblamos encontrarnos en la penosa etapa de ciertas discusiones!

Sin mi noticia, y vos ignorando lo que pasaba por mí, habeis llegado á dudar. Era el momento de salvarnos juntos por un acto de fe, porque yo también habria fundado en estas montañas un santuario sin mancha.

Mi fortuna personal, que se ha aumentado con una herencia considerable, me hubiera permitido no tener que acudir á esas recolecciones de dinero, en las cuales me creiais engolfado, y para las que he dado siempre pruebas de incapacidad notoria. Hubiera obtenido que el padre Honorio viniera á dar el ejemplo de sus grandes virtudes, y yo hubiera sepultado, no lejos de vos, mi vida oscura é inmolada.

¿No lo queréis así? Ese sueño sublime de vuestra vida se ha disipado al soplo de una pasion vulgar. ¡Vuestro corazón está cerrado para Dios, mi voz no llega ya á herir vuestros oídos! ¿Es posible? ¿Es preciso que crea en ello?

No me respondais precipitadamente. Leed las palabras del padre Onorio, volved á leer mi confesion, que es también la vuestra, porque habeis buscado en los hechos la luz que yo he buscado en los libros, y dentro de algunos días, de muchos años, si es preciso, pronunciaréis vuestro fallo. Hasta entonces os veré; pero delante de vuestra familia sin hacer nada para apresurar vuestra resolucion.

Vuestro amigo

M.

#### Duodécima carta.

Emilio Mr. Lemontier, en París.

Aix 12 de Junio 1861.

He hecho hoy conocimiento con un hombre bastante notable, y cuyo nombre ignoro. Habia ido á hacer mi peregrinacion á las *barmettes*, y he subido enseguida por el camino preferido de Juan Jacobo, sobre la altura desde donde se domina á Chambery.

Esa pequeña ciudad de negros tejados laminados de plata, es encantadora en el exterior. Sus antiguos edificios y su marco de montañas, atrevidamente dibujadas, es una de las villas mas pintorescas que he visto. No tiene la importancia y la altivez del Pu-en-Velay, que por monumentos decorativos tiene montañas, y por cerco una inmensa fuente sembrada de monumentos naturales análogos.

Chambery no es el centro, pero sí un detalle de un país menos abierto y mas detallado. No es ese gran cuadro que el ojo abraza con una sola mirada: es un país de retiradas profundas y de deslumbramientos imprevistos.

Las rocas no tienen, como en la region de los cráteres el aspecto de aterradoridad regularidad, propia de las erupciones volcánicas. Aquí los pesados crujidos de las rocas calcáreas han variado la proporcion y la inclinacion de los accidentes hasta el punto que no se podría distinguir la llanura del valle.

Las altas montañas no son picos aislados ó distintos, sino grandes masas agrupadas y enlazadas por terrenos perfectamente practicables.

El Nivolet soporta el peso de comarcas enteras, aldeas, caminos, cultivos, toda una poblacion agrícola que puede vivir y circular como el habitante de las llanuras, y que sin embargo, reposa en una cornisa de rocas puntiagudas, muy elevada sobre el nivel del lago. Un segundo pico de caliza blanca y pelada sostiene una segunda region mas fria y mas verde, aun fértil y habitada, pero menos rica en cereales y menos cultivada. Un tercero y un cuarto terrado ofrecen aun vastos espacios vegetales ó los *chalets* diseminados se pierden entre los montes, y allí el ojo observador distingue los ganados errantes.

Finalmente, una especie de corona mas estrecha y roída se destaca en medio de una blanca mate que á través de las brumas se podría tomar por nieve, si en el horizonte opuesto no se alzarán verdaderas y grandes nieves eternas de una blanca irisada que no puede compararse con nada, pero cuyo aspecto espléndido es arrebatador, mientras las montañas de Chambery son ricas y rientes á pesar de su construccion en gradas que se unen por medio del plano general. Esta monotonía no es mas que aparente. Desde que se estudian esos hermosos accidentes, activa ó blandamente ondulados, recobran la realidad de su variedad encantadora ó sublime, y el estado de esas masas inclinadas llega á dominar á la imaginacion al mismo tiempo que da placer á la vista.

Se desea investigar por qué caminos invisibles, por qué senderos misteriosos de comarcas colocadas á tan gran altura se pueden mutuamente comunicar, y despues de haber buscado todas las formas posibles, se escoje uno de esos oasis, se persuade uno de que es, como parece, inaccesible por todas partes, de que sus caminos sinuosos dibujados en el verdor no

pueden servir mas que á sus habitantes, que el mundo se acaba para ellos en la brusca cortadura de la roca, encima y debajo, de su pequeño mundo, y allí es donde en no sé que sueño de desafección triste y deliciosa quería uno encerrarse con los objetos de su afección.

Abandoné el camino, y subí á través de las mieses á la meseta que domina á Chambéry. Estaba allí, en una de esas vastas regiones cultivadas que forman el primer plano de los grandes peñascos, mas allá de los cuales el Mont Grenier muestra su imponente silueta.

Gané el borde de la cornisa que limitaba mi paseo. El terreno se adelgaza; la Peña viva atraviesa bajo mis pies, y hacia el Sud las montañas verdes y truncadas toman un carácter pastoral, á la vez dulce y triste.

Me volví hacia el Norte, ví el lago y distinguí el castillo de Turdy. Permanecí allí, absorto, por ese sentimiento inmenso del amor que llena la naturaleza humana con una aspiración infinita. Una sombra que se dibujó cerca de mí me arrancó de mi sueño.

Me volví, y ví á un hombre que me parece haber visto ya, pero que no sabría decir dónde ni cuándo. Quizá se asemeja á alguno del que no me acuerdo bien. Es un personaje de aspecto y de fisonomía graves, entre cuarenta y cincuenta años, una hermosa figura pálida, inteligente y fatigada, con acento un poco extranjero, la voz sonora. Me preguntaba con mucha cortesía el nombre de las principales montañas y la distancia del punto donde estábamos. Se lo dije, bastante mal, excusándome en calidad de extranjero en el país; pero como su figura y sus maneras me disponían favorablemente, no hice lo posible por abreviar mis contestaciones como se hace cuando se quiere romper la conversación.

Me preguntó si había visto la cascada de Jacobo, á donde él pensaba ir, y me ofreció conducirme en un coche que había dejado cerca de las Charmettes. Acepté. Hicimos, pues, juntos este paseo. Ya ves, y no sabría decir cómo, que el conocimiento estaba ya hecho.

Intentaré resumir el diálogo que á través de algunas desviaciones inevitables hemos tenido en el coche, porque ese diálogo me ha dejado en presa á muchas reflexiones personales á las que necesito asista tu reflexión.

Toda la conversación ha versado sobre el amor, y eso ha sucedido así á propósito de Juan Jacobo y de Mad. Wareus: después nuestras ideas se han alejado, separado de pronto de esos dos tipos para generalizarse poco mas ó menos así:

*El.*— Vos consagrais al amor, bien lo veo, una parte inmensa de la vida humana. Tened cuidado de no engañaros y de juzgar con la efervescencia de vuestra edad. El amor no es mas que un acto, quizá solamente un corto prólogo, en la existencia de un hombre verdaderamente tal.

*Yo.*— Me pareceis ser un hombre muy formal: ¿podriais, para la instrucción del niño al que haceis el honor de hablar, responder á una pregunta directa y personal?

*El.*— Veamos la pregunta.

*Yo.*— ¿Habeis amado?

*El.*— Mi respuesta nada os diría, porque no comprendo el amor como vos, y mi experiencia no supliría á la que os falta. No nos extraviemos en los hechos personales, siempre variados y prontos á cambiar. Sostengámonos en la alta region de los principios. El amor debe ser para un alma elevada una cuestion de vida ó muerte, como hasta aquí me ha parecido que querais entenderlo.

*Yo.*— Yo digo que sí, ¿y vos, que no?

*El.*— Ciertamente, digo que no! Nuestra alma es la abstracción que nuestros órganos manifiestan y deben humildemente servir. Esta abstracción vive ella misma de abstracciones superiores, las busca, aspira á ellas, las contempla y se apodera de ellas. De estas recibe un alimento intelectual, y por medio de ellas se forma, se desarrolla y llega á existir en su plenitud. El culto de estas abstracciones llega á ser su necesidad, su vida, su pasión, su mérito y su fin. ¿Me concedis esto?

*Yo.*— Perfectamente, si nos entendemos sobre la palabra abstracción.

*El.*— Digamos las ideas, las virtudes, creencias, si así lo querais.

*Yo.*— Digamos la fe, si querais.... Es el resumen de todas las concepciones del espíritu, y á ella es á la que se refieren todas las nobles aspiraciones.

*El.*— ¿La fe en Dios?

*Yo.*— ¿Parece que os sorprendeis al verme invocar á Dios en una discusión de este genero?

*El.*— Sí, estoy sorprendido agradablemente. Pues bien: si creis en Dios, lo cual nunca me hubiera atrevido á preguntaros, decidme si es que podeis colocar en el número de las abstracciones que á él se refieren y que desarrollan su culto en nuestras almas, el amor que una criatura humana os inspira. Comprendo la caridad, la justicia, la generosidad, la ciencia de las cosas sagradas, la renuncia de las cosas vanas, el trabajo, la humildad, el sacrificio: todo eso conduce al solo fin verdadero de la vida; agrada á Dios; pero no comprendo los deseos carnales elevados por la imaginación al estado de entusiasmo y de delirio, presentándose ante Dios como con méritos de los cuales alguna vez pueda pedirnos cuenta.

*Yo.*— Permittedme que os diga me conducis de repente á las regiones del idealismo cristiano. Consiento en seguirlos y en no creerme indigno de comprenderlos; pero os chocará que os diga que delante de Dios, que me ha hecho hombre, mi primer deber es de ser hombre. Mi fin principal, mi fin único, exclusivo si querais, ¿debe ser el de agradarle? ¿Seal! Acepto el ideal mas sublime que os plazca indicarme, y encuentro una alegría inmensa en este impulso impreso á mi alma. No os pido perdón para la debilidad humana, no invoco las miserias de mi condicion. Tendré la ardiente ambición que me suscitais de poder *agradar* como decís, yo que soy un átomo, al espíritu que dirige los destinos del infinito. Pues bien, caballero; os juro que creo obedecerle de la manera mas inteligente y mas santa amando con toda mi alma á la mujer que me dé por compañera en la tarea sagrada de dar hijos al mundo.

*El.* (después de un largo silencio).— Si amais á esa mujer con todas las fuerzas de vuestro sér, ¿qué quedará para Dios?

*Yo.*— ¡Todo! Esas mismas fuerzas, renovadas, reanimadas y centuplicadas por el amor, volverán á subir hacia Dios, como la llama del altar encendida por él. El amor es un milagro, no deja sin fuerzas sino á aquellos que hacen de él dos partes, una para el alma que no tienen, otra para los sentidos que creen tener, y de los que regularmente carecen, porque el papel que juegan los sentidos en los animales es mas rabioso, sufrimiento mas bien que gozo, es decir, felicidad. La palabra *placer* es aquí un contra sentido. No creais que haya placer ó no haya gozos, á menos que asemejéis el amor á todos los demás apetitos materiales. Y, sin embargo, el hombre, siempre ávido de refinamientos, aguja y busca con afán esos apetitos. Depura y sazona el alimento de su cuerpo.

Coloca su sueño al abrigo del frío, del calor, y de lo que

pueda incomodarle: sus ojos se separan de lo que le ofende, y así en todas las funciones de su existencia. ¡Qué! El amor solo permanecería en estado bruto, y la mas divina, la mas providencial de nuestras aspiraciones no sería ennoblecida por el esfuerzo de nuestra razon y por los enagenamientos de nuestro pensamiento? No, yo no admito, no admitiré jamás la separación del espíritu y de la materia en un acto de la vida en el que Dios interviene tan milagrosamente. De todo lo que el hombre ha abusado, es ciertamente el amor lo que mas ha pervertido y desconocido, porque ha hecho de él la fuente de todos los males y de todos los delirios y esto, permitidme que os lo diga, es la otra fuente del cristianismo mal entendido.

*El.*— El cristianismo no condena sino el exceso de las pasiones; les autoriza y les vivifica en lo que tienen de legítimo y de respetable. Tal es su espíritu y su letra. No es, pues, vender ni la letra ni el espíritu el imponer una barrera á esas aspiraciones demasiado ardientes de los sentidos que quieren enganarse á sí mismo ofreciéndose á Dios como divinos. Nada de lo que no es Dios solo, es divino en el hombre; y no podeis ofrecerle como un incienso digno de él, ninguna de las satisfacciones á vuestro ser material.

*Yo.*— Entonces vos, ¿rompeis resueltamente desde esta vida el lazo que une el alma á la vitalidad? ¿No admitis mas pasiones que las espirituales y así como no podeis amar el alma de la mujer sin amar tambien su cuerpo, la rechazais de vuestro corazón, la proscríbais en cuerpo y alma del santuario de vuestras afecciones?

*El.*— No obro así: no me he acostumbrado como vos á respetar esa indisolubilidad pretendida del espíritu y la materia. Mi pensamiento separa fácilmente esos dos términos que vos confundís bajo el nombre de *sér*.

Puedo amar el alma de una mujer y despreciar lo que vos llamais la *mujer* en vuestra lengua filosófica ó fisiológica. Puede convenir á mi edad, á mi situación, á mis principios, ó á mis instintos serios el vivir sin mujer, y, sin embargo, consagrar una parte de mi vida á la dicha y al honor de una mujer. Ya ves que no destierro á las mujeres, ni del santuario de mis afecciones, ni del dominio de mi respeto.

*Yo.*— Haceis el retrato de la amistad; pero proscríbais el amor, lo repito. El amor es uno, y toda union quiere la unidad.

*El.*— ¿Veo bien que no me engañais sobre la naturaleza de ese amor que á tan grande altura colocais. No es mas que el resultado de vuestra juventud. Ignoro si estais casado; pero me atrevo á decir que vuestra compañera, presente ó futura, cesará de inspiraros amor si una enfermedad, cualquiera debilidad, una vejez prematura, rompe el lazo material de vuestra union.

*Yo.*— Os juro que no será así. Ese lazo material, en el estado de recuerdo ó de esperanza, no habrá perdido nada de su fuerza ni de su dignidad; y si deben atravesar la juventud de dos esposos tales accidentes, bastante les pesará no haberse jurado eterno amor, y sentirlo ante Dios. Ese gran entusiasmo que asemejais á una especie de idolatría, será su consuelo y su compensación. Dios bendecirá esta ternura, haciéndola pura como la entendeis, y la dicha que hubiera reinado á un divorcio voluntario entre el alma y el cuerpo, le concederá aun el alma, que acepta y prosigue su misión.

Interrumpió nuestra conversación el ruido de la cascada. Mi desconocido me había escuchado con una frecuente sonrisa de incredulidad considerada.

Le dejé y descendí por debajo del puente, para ver la segunda caída. Temía haber mostrado una obstinación indiscreta y estaba un poco confuso por haber expresado los ardores de mi alma á un transeunte que me habia, por decirlo así, recogido en su camino.

Me preguntaba por qué capricho de la casualidad me habia sentido arrastrado á hablar con tanto fuego de mis preocupaciones personales. Resolví abandonarle sin decirle quién era y sin preguntarle tampoco quién era él.

Esto me pareció una mútua reparación de nuestro mútuo abandono, demasiado repentino y de seguro irreflexivo.

Subí hacia donde estaba para despedirme de él.

Le encontré tan absorto que debí aguardar que hubiera salido de su sueño; pero no pude menos, de paso que miraba las grandes valerianas salvajes que brotan en esos peñascos, de examinarle á hurtadillas.

Encontré en su perfil enérgico una expresion de tristeza, mejor diré de dolor, que me interesó. Este hombre es desgraciado: nuestra conversación habia reavivado alguna laga incurable de un corazón roto ó atormentado.

La nobleza de su actitud me chocó tambien. Nada habia en él de un hombre ordinario, y sentí una gran curiosidad de saber con qué eminente personaje acababa de discutir con tanto atrevimiento y calor. Lo hubiera tal vez sabido, preguntando al cochero de su carruaje de alquiler; pero no quise cometer esa indiscreción.

Me alejé de él, que parecia haberme olvidado completamente, pero sin perderle de vista. Me era preciso saludarle y darle las gracias al abandonarle. Tenia los ojos fijos en la pequeña cascada, y parecia seguir con el pensamiento los rápidos giros de sus remolinos.

¿Quién sabe si como Rousseau, lanzando en otro tiempo, en ese mismo lugar quizá, piedras á un árbol para conocer su suerte en la otra vida, ese cristiano austero y descarriado no preguntaba á las hojas y á los menudos pedazos de la yerba arrastrados por su corriente el misterio de su destino?

Al fin se levantó, me vió á alguna distancia, y vino hacia mí ofreciéndome volverme á conducir á Chambéry. Reusé, y creí que sentía dejarle solo.

Le saludé con deferencia, y se quitó del todo su sombrero para devolverme mi adiós. La belleza de su frente muy descubierta, luciendo al sol, me causó un estremecimiento que no me explico...

Acabo de interrumpir mi carta en presencia de una emocion inconcebible. Al escribirte confiadote ese hecho cuya importancia reconozco por su recuerdo, he encontrado en mi memoria la figura de este desconocido.

Él es el que estaba en el coche de Mlle. de Turdy cuando Lucía salió de las Carmelitas, el día en que experimenté tanta pena, cólera y envidia. Ese día, volví á entrar en Aix con fiebre, y la fiebre habia borrado la imagen de ese hombre de mi cerebro hasta el punto de que esta mañana, durante dos horas de conversación con él, no le he reconocido.

¡Pero es él! Y su acento es italiano... ¡Pero qué! Eso es un sueño de mi imaginación enferma. El hombre del lago, cuyas acciones no pude ver, creo es el mismo que el del coche, aunque no of su voz.

¿Por qué esa obstinación en persuadirme de que es el mismo hombre?

Y lo que ahora creo; es decir que el hombre de la cascada, es el mismo que tiene consistencia?

Padre mio tú me has prohibido que sea celoso; me has dicho que era un ultraje inferido á la persona amada; no habia hablado á Lucía de ese desconocido... y... no quiero creer que

si hubiera entre ella y él alguna relacion que pudiera interesarme, no me lo hubiera dicho ella misma.

No me ha dicho nada, nada existe entre los dos. ¿No es verdad?

¡Estoy loco cuando no debo estarlo!

Te abrazo y voy á procurar dormir tranquilo; pero sin embargo, no sé qué semejanza singular hay entre las ideas de este hombre y las que Lucía ha expresado un día delante de mí.

Ella me preguntaba si se podría amar á Dios con toda el alma, al mismo tiempo que á un objeto terrestre...

Sí, Lucía abundaba en esas ideas, en esas ideas que creo falsas, crueles para la humanidad, antireligiosas, por consiguiente; pero las creencias de Lucía han debido modificarse, ¡ya que ella me manifiesta una afección tan verdadera, ya que me deja esperar!

¿Cuánto tarda en llegar el día de mañana! Quiero verla, que se explique... No soy celoso... pero...

Mas ¿por qué no lo he de ser? No, padre mio, ellos no la ultrajan.

Sé muy bien que Lucía es pura como el sol, y no es de su conducta de la que yo sospecharé porque el día en que esto llegara á sucederme, creo que no la amaria.

Lo que me está permitiéndome desear es su entera confianza; de tener esa la influencia que otro espíritu distinto del mio podría tener sobre el suyo; pero ¡ay!

Hasta aquí esta influencia extraña para mí, y contraria á la que pretende ejercer, la ha recibido de todas partes y yo soy un intruso en el santuario de su inteligencia...

¿Por qué cree en mí?

¿Por qué me ama?

Me ha dicho que vuelva á menudo, ha cantado para mí, me ha apretado la mano como á un hermano.... No, Lucía no se burla de mí....

Y despues, ese hombre del que temo, ese hombre del que mis celos hacen un enemigo, ¿quién sabe si le he comprendido bien?

¿Quién sabe si diferente de mí por su pensamiento y sus instintos, no es superior á mí por su corazón y su virtud?

Me has dicho en Lyon una palabra de la que me acuerdo: «Que las vestiduras no te impiden estudiar y apreciar al hombre que cubren.»

Y este hombre, debo reconocer que no tiene nada de vulgar y que me ha sido simpático hoy, á despecho de todo.

Emilio.

FIN DE LA SEGUNDA CARTA.

TERCERA PARTE.

Carta decimatercia.

Mr. Lemontier á Enrique Valmare, en Aix de Saboya.

PARÍS, 10 de Junio de 1861.

Mi querido niño: Te doy las gracias por haberme escrito y hablado de mi Emilio. Halaga á tu antiguo amigo. Dime todo lo que pienses de él, de ella y aun de mí. Regámame tambien, mi gran escéptico, acúsame de imprudencia. No me corregiré; pero quizá te corregiré de la manía de dudar: ¿quién sabe?

Sí, Emilio sufre y sufrirá quizá no consiguiendo nada para su amor, como tú temes; pero lo que de dicha perderá, lo ganará para su *salvación*, como dicen los católicos.

Aceptemos la palabra: salvar la inteligencia y el corazón á través de las pruebas de esta vida no es una empresa tan pequeña, que sea preciso sacrificarla al reposo y á la prudencia.

Emilio debe luchar, lo quiere, me ha persuadido de ello.

He sentido en él una fuerza que ya veía despuntar y que buscaba la ocasion de ejercitarse: estamos en este mundo para buscar en él con valor lo bello y la verdadera dicha. Es una conquista que quiere soldados heróicos; pero al ser soldado, se puede quedar herido.

Tú tambien eres soldado, y valiente, mi querido Enrique, porque por un escrúpulo del corazón, me ofreces el renunciar á Elisa, que su madre te concede. Aprecio ese movimiento generoso, y te doy las gracias amándote mas, pero te vuelvo la libertad que me ofreces. Es á la grave Lucía á la que amamos; ama la encantadora Elisa y hazla feliz.

Tienes la discreción de no volverme á hablar de tu ensayo literario, y yo, que lo que he guardado con cuidado en mi gaveta, le he leído con atención. Voy á *abismarte*, te lo advierto, y, sin embargo, aprecio sus buenas cualidades, que son numerosas. Me has escogido por árbitro y te respondo,

— Sí, tú serás, eres ya un literato, Tienes la forma, sabes escribir.

— ¿Es bastante eso? No lo creo. Tienes con que vivir, escribe si quieres para tí solo y para mí, en el espacio de diez años. Tienes talento, ¿pero quién no lo tiene hoy día? Todos los jóvenes franceses saben hacer un libro, como todos los jóvenes italianos saben cantar una estrofa, como todos los jóvenes alemanes del tiempo de Werther, saben tocar la flauta. ¡Ah, cuánto echo de menos á esa flauta alemana! ¡Era tan cándida!

Vuestros libros juveniles lo son menos, niños terribles, que no creéis en nada... ¡Si hubierais tomado al menos el partido de negar alguna cosa! Negar, es creer en algo contrario; pero no manifestais opinion alguna contraria á la de los ancianos. Escribís por escribir, no importa el que á la manera que un abogado lo es para defender cualquiera causa, no importa cual. Es fácil, sin embargo, cuando se tiene el talento que teneis casi todos, ponerle al servicio de una idea falsa ó verdadera; pero llegais á la arena literaria con un secreto desden para el lector; es, segun vos, frívolo ó escéptico; teneis parecerle pedante. ¡A qué formaros un fondo de creencias con un número mayor ó menor de nociones verdaderamente tales para un público que no quiere ser instruido?

¡Grande error! El público, ingrato ó justo, es siempre mas formal de lo que pensais. Es menos sensible á la frase y al estilo que á la revelacion de una conciencia cualquiera. Tu ensayo tiene las cualidades y los defectos de tu tiempo y de tu edad. Ante todo es *postor*; y tú, que haces la guerra con tanto ahínco á esa palabra, estás penetrado de su espíritu de los pies á la cabeza.

La gran *puesta* del momento, es tener estilo y espíritu, gusto y originalidad á propósito de todo. Hace treinta años *ponía* el hombre, harto y disgustado de todo, desesperado por consiguiente. Era falso casi siempre, pero siempre lógico: si todo se ha acabado, acabemos nosotros mismos. ¡Hoy se desdena y se insulta á todo lo que hace vida grave y significativa, se confiesa uno impotente para comprenderla y ensayarla, y se rien de ella! No hay de qué reirse, yo te lo aseguro.

(Se continuará.)

MADRID: 1869.

Imprenta de LA AMERICA á cargo de José Cayetano Conde, calle de Floridablanca, núm. 3.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial a los convalecientes, a los niños débiles, a las mujeres delicadas, et a las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union Medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>o</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## LOS MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifóidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

### ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades escrófulas, Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificación, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, abscesos, gota, marasmo, cántaros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, dispepsia, sarna dejenada, reumatismo, hipocóndria, hidropesía, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Escuela de Farmacia de Paris. **LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTREE GUYOT** Medalla de Plata 1860. Unico medicamento adoptado por todos los hospitales de Francia, de Bélgica y de España para la mejor preparacion instantánea y de dosis exacta del AGUA DE BREA. (Dos cucharadas grandes de licor para un litro de agua, ó una cucharadita por vaso.) El modificador mas poderoso de las mucosas del estómago, de los bronquios y de la vejiga. Exijase la firma del inventor. Depósitos en Paris: Guyot, farmacéutico, 17, calle des Francs-Bourgeois (Marais); en La Habana, Sarra y C<sup>o</sup>; — en Malanzas, Genouilhac; — en Santiago-de-Cuba, Julio Trenard; — en Porto-Rico, Teillard; — Monclavo; — en Lima, Hague y Castignoli; — Dupeyron; — Massias.

Medalla a la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris. **NO MAS CANAS MELANOGENA** TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE aimé DE RUAN. Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior a todas las usadas hasta el día de hoy. Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales pintadores y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

### IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGISIER.

Los irrigadores que llevan la estampa DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espereadas en el comercio. Precio: 14 a 32 fr. segun el tamaño

**DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.**

### BRAGUERO CON MODERADOR

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

**PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.**

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera a su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo. Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Braqueros y Suspensorios.

### PILULES DEHAUT

PILDORAS DEHAUT — Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precision digna de atencion, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. — Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, segun la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan segun sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentacion, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. — Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instruccion. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

### PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT la sola aconsejada por el D<sup>o</sup> CORVISART médico del Emperador Napoleon III y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Eructos Opresion Pituitas Gases Jaqueca Diarreas y los vomitos de las mujeres embarazadas. PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ<sup>o</sup>, 24 RUE DES LOMBARDS. DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

### NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA, MERCERIAS ÚTILES DE ESCRITORIO en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile, admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remite. Nota. La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquerria, Valparaiso (Chile.)

### PASTA Y JARABE DE NAFFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de Paris, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Romadizos, Grippe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta. **RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER** Unico alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas as enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica a los niños y a las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifóidea. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en Paris. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

### PASTA Y JARABE DE BERTHE

CON CODÉINA Preconizados por todos los médicos contra los Resfriados, la Gripa y todas las Irritaciones de Pecho. AVISO Falsificaciones vituperables escitadas por el buen éxito del Jarabe y de la Pasta de Berthe, nos obligan a recordar que estos productos tan justamente renombrados no se entregan sino en cajas y frascos que llevan la firma de la Farmacéutico, premiado de los hospitales Para la Esportacion, la venta no se efectua sino en frascos. En La Habana, Sarra y C<sup>o</sup>.

### SEVE VITALE CAPILLAIRE

CON LA AVIA VITAL Y LA POMADA VITAL ni salen canas ni se cae el pelo y desaparecen el paño y las comezones del cutis. Frasco, 9 francos. **AGUA SALAMICA**, especial contra la caída del pelo, frasco, 9 francos. Contra la jaqueca, ardores y toda clase de granos, y para dar al rostro brillo, frescura y belleza se empleará siempre con éxito el **AGUA DEL CELESTE IMPERIO**, que sirve para el tocador y los baños. Frascos, 5 y 3 francos. Depósito central en PARIS, casa de GARGAULT, boulevard Sébastopol, núm. 106.

### DIGESTIONES DIFICILES DOLORES DE ESTOMAGO

Su curacion es cierta, merced al vino de CHASSAING, con pepsina y diastasa: su gusto es muy agradable. Paris, 2, avenue Victoria. Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

